corderito

Yunez Chaib



AGUILAR

Yunez Chaib

Corderito

AGUILAR

A los padres y madres que hacen lo imposible...
especialmente a los míos

Cómo podría explicar, sin ver salir el sol,
qué denso sale.

Destrozares,
ROBE INIESTA

1

12 de septiembre de 2005

Deben de ser las ocho y dos minutos de la mañana. Una mezcla de gritos, de gallos en la voz, de barullo adolescente… se corta en seco tras el portazo.

Una profesora entra en clase y echa una mirada que sobrevuela nuestras cabezas. Mantiene contacto visual con algunos alumnos. Apoya su maletín en la mesa.

—Bienvenidos a la Educación Secundaria Obligatoria. Me llamo Aina Campaner. Este curso voy a ser vuestra tutora. Llevo veintisiete años dando clase a chicos y chicas como vosotros. Ya no sois niños. Os saldrán granos, odiaréis a vuestros padres, oleréis mal.

Aprovecha el comentario para abrir la ventana de par en par. Intentando que no se note, me paso la mano por debajo de la camiseta y me acaricio el sudor del sobaco con dos dedos. Espero unos segundos y me los llevo a la nariz. Quiero saber si huelo mal.

—Si estudiáis y tenéis un buen comportamiento, nos llevaremos bien.

Del maletín saca un archivador.

—Si decidís tener un mal comportamiento, un día me recordaréis como la peor profesora de vuestra vida.

Esto último lo dice fijándose en el niño que está a mi derecha. La tensión generada en ese choque de miradas nos transmite a todos los demás una información: este año la cosa va en serio. Aina Campaner abre el archivador y saca un folio.

—Vamos a pasar lista.

Va leyendo uno a uno los nombres mientras rastrea el aula.

—Aguirre García, Miquel.

—Presente.

—Bermejo Méndez, Lucía.

—Presente.

—Esos apellidos, esa frente ancha… Eres hermana de Gonzalo, ¿a que sí?

—Sí.

Lucía Bermejo dirige su mirada a las baldosas, como pidiendo perdón por los crímenes de un antepasado.

—Bustamante Amengual, David.

—Presente.

—Delgado Ramis, Antoni.

—Yo. Prefiero Toni.

La profesora rectifica su nombre en la hoja y, cuando se dispone a continuar, se queda encallada en la lista. En sus ojos vemos que ha dado con un nombre raro. Sé que es el mío. Sé que ahí pone «El Berkali, Abderrahim» y sé que ella no sabe cómo decirlo. Mi nombre le supone un obstáculo. Me busca con la mirada y me encuentra a la primera. Sabe que soy yo. No hay ningún otro niño aquí con cara de llamarse Abderrahim El Berkali. La energía acumulada en lo que llevamos de clase empieza a resquebrajarse y oigo cómo algunos

tratan de aguantarse la risa. Sé que para ellos este es uno de los mejores momentos del año.

La profesora insiste en leerlo, por lo que entrecierra los ojos, aprieta la vista.

—¿El Berkley, Abderr?

La clase explota de risa antes de que acabe. Hacía tiempo que no decían mi nombre tan mal. Levanto la mano.

—Presente.

—¿Cómo se dice?

—El Berkali, se dice como se escribe.

—Ajá. ¿Y cuál es tu nombre, El Berkali o Abderrahim?

Más risas. No entiendo por qué de repente tiene esa duda, si el formato es el mismo que en los otros: primero el apellido, luego una coma y después el nombre. Creo que me pregunta para ganar tiempo.

—Se dice Abderrahim, pero me llaman Abde.

—Muy bien. Y Abderrahim ¿qué significa?

Levanto los hombros y me dice que este nombre nunca lo había oído. Que había oído otros, pero este no.

—He estado en Marruecos tres veces. ¿De qué parte eres tú?

—Yo de aquí.

Aunque no pretendía que mi respuesta fuera un chiste, la clase se lo ha tomado como tal. Mis compañeros han convertido mi respuesta en una burla a la autoridad. Aina Campaner responde a las risas con un gesto serio que fulmina el cachondeo.

—García García, María Isabel.

—Presente.

—García Durán, Manuel.

No entiendo por qué se ríen de mi nombre y no de que todo el mundo se apellide García. Como si fueran nietos del mismo abuelo, nietos de un viejo gastado que a sus ciento cuatro años sigue fecundando García tras García sin parar.

Y es que encima David se apellida Bustamante. En un mundo justo nos reiríamos de él, pero este mundo no es justo, es injusto. Y he visto cómo David se reía de mí con la cara de alguien que sabe que sería el siguiente. Le sirvo como escudo. Él sabe que le sirvo como escudo y que si no fuera por mí le lloverían carcajadas.

Aina Campaner termina de pasar lista y yo he roto a sudar de los nervios. Me llevo los dedos al sobaco y, ahora sí, oficialmente huelo a mierda podrida.

Suena el timbre, es la hora del patio. Una masa humana formada por unos ochenta niños que intentan correr y adelantarse obstruye las escaleras exteriores. Los de 1.º y 2.º de la ESO estamos en la primera planta; los de 3.º y 4.º, en la segunda planta.

Voy bajando con mi bolsa del almuerzo e inevitablemente escucho la conversación de los tres que van delante de mí. Son de 2.º de la ESO. Son gente del año que viene.

«Ayer fue el 11-S, mi padre dice que esta semana hay que tener mucho cuidado con los moros. A mi madre una vez le robaron. Yo prefiero que me roben a que me maten. Mi padre conoce a un señor que estuvo en el avión de las Torres Gemelas y se salvó. Eso es imposible, murieron todos. No es verdad, creo que este saltó en paracaídas. El amigo de tu padre era uno de los terroristas. ¿El amigo de tu padre es moro? Mi padre no tiene amigos moros.

Entonces por qué te llamas Fátima. Fátima es un nombre cristiano, ellos nos lo robaron. Ah, ¿sí? ¿Cómo sabemos que dices la verdad? Pues porque el 13 de mayo es Santa Fátima. Pero no hay un San Moha porque los moros no tienen santo. ¿Te imaginas no tener santo? No, qué horror. El 11-M también fueron ellos. Ah, ¿sí? Sí, del mismo grupo de terroristas. Al Qaeta, creo que son. Mi abuelo dice que Bin Laden es el líder de los moros y que nos van a invadir. Mi hermano dice que se guarda la dinamita en la barba, por eso nunca lo pillan. Mi abuela no sale de casa los días 11 de cada mes. Tu abuela es una exagerada».

Llegamos al final de la escalera y ya me pierdo el resto de la conversación. Busco un lugar tranquilo. Lo encuentro en uno de los laterales del patio. Me siento a comer mi bocadillo de queso.

El patio de mayores es otra cosa, no tiene nada que ver con el de primaria. Este es mucho más grande: una superficie rectangular en la que caben bien todos los alumnos de la ESO. En este patio hay clanes, hay mafias, hay tortas.

De vez en cuando, dos chavales que han tenido un encontronazo quedan para pegarse a la salida. Quedar para pegarse era algo que no ocurría en primaria. Si tenían que pegarse, lo hacían ahí mismo, de inmediato. Ahora se citan «a las dos fuera», y eso me parece mucho más perverso. En las horas que pasan entre que se confirma la pelea y que hay que pegarse, los contrincantes se dedican a formar equipo por si necesitan refuerzos.

Escuché que si entras al baño te obligan a fumar, así que he decidido que no mearé en el centro en todo lo que me queda de instituto.

Desde aquí puedo ver a varios compañeros de mi clase. Algunos juegan con una lata al clásico juego de que uno la patea intentando golpear a otro, y el que la tiene cuando suena el timbre se lleva unas buenas collejas.

Algunas niñas juegan a sentarse y a hablar.

En una de las cuatro esquinas del patio se juntan el grupo de marroquíes. Estudian en cursos diferentes; es el único grupo intergeneracional del patio. Algunos son recién llegados y otros vinieron a este país hace tres o cuatro años. No hablan los mismos idiomas porque vienen de zonas distintas del norte de África. Es decir, no se conocían de antes, pero se juntan para no estar solos, igual que se juntarían un gallego y un murciano de encontrarse tirados en Japón.

A veces hago contacto visual con ellos y saltan chispas. Sé que hablarán de por qué no voy con ellos. Sé que me verán como un traidor o un renegado. O peor: un pijo. No pensarían eso de mí si supieran que mi bocadillo es de queso havarti. Los pijos no comen queso havarti porque es el más barato del supermercado.

Suena el timbre y a David Bustamante le cae una lluvia de collejas.

Son las dos y cuarenta y cinco minutos de la tarde.

Masticando unos macarrones con nata que sé que me van a sentar mal. Mi madre los hace una vez a la semana y siempre me sientan mal. A lo mejor soy alérgico a la lactosa. O alérgico a los macarrones. A lo mejor el tenedor es muy viejo y está oxidado y me voy a morir si sigo usándolo.

Llevo comiendo con este tenedor toda mi vida. Él me ha visto crecer. De hecho, él me ha hecho crecer. Le tengo cariño. Este tenedor me ha podido meter en la boca cincuenta y seis mil macarrones con nata, fácilmente. Este tenedor me va a terminar de matar algún día.

Mi padre está medio tumbado en el sofá escuchando el telediario. Tiene un brazo reposando sobre la barriga, y usa el otro como apoyo para la nuca.

«Ayer se cumplieron cuatro años del atentado de Al Qaeda…».

—Qué hijos de puta. Abdu, qué tal el instituto.

—Bien.

«Cuando los terroristas suicidas secuestraron un avión de…».

—A estos cabrones Dios les va a castigar. ¿El instituto bien? Tienes que estudiar.

Mi padre me llama Abdu. Es un diminutivo cariñoso de Abderrahim al que jamás ha llegado nadie que no sea de mi familia.

«El mayor atentado de nuestra era, a manos de la organización terrorista…».

—Abdu, bájale, bájale el volumen. Me ponen enfermo estas noticias. Por culpa de esos cabrones hay racismo.

Cojo el mando, que estaba muy cerca de mi padre, y bajo el volumen.

—Bueno, papá, seguro que ya había racismo antes.

—Pero ahora hay más. El día menos pensado nos volvemos a Marruecos.

—Pero en Marruecos también hay racismo.

—Sí, pero no contra nosotros.

Se hace gracia a él mismo, se parte de risa y arranca a toser. Al instante se pone serio, se levanta y, girando la cabeza hacia donde intuye que estoy, me dice:

—Tienes que estudiar y ganarte la vida, que tú no vas a tener la herencia de los niños de tu clase.

—Ya.

Sigo comiendo macarrones con mi tenedor antiguo.

—Todas sus familias tienen casas, son familias de dinero. Y si no tienen dinero, al menos tienen su casa.

Mi padre palpa con las manos al aire hasta dar con la pared y cuando encuentra la puerta se va caminando al balcón para fumarse un cigarro. Me termino el último macarrón del plato y ya noto el dolor de estómago.

Me pregunto si mi padre habrá fumado más cigarros que yo macarrones habré comido. Espero que no, aunque todo apunta a que sí.

Cenando una tortilla de patatas con mi tenedor. Mi madre tumbada en el sofá viendo una telenovela.

«Nacho, ¿tú eres mi papá?».

«Frijolito… yo no soy tu papá, pero estoy aquí para cuidarte».

—¡Qué bonito!

Mi madre se emociona muy fácil con las telenovelas venezolanas. En realidad se emociona muy fácil con todo. Una vez escuchamos a un gato callejero llorando y se puso a llorar con él. Salimos con un cuenco de agua y pan, y descubrimos que el ruido venía de una

persiana a la que le faltaba aceite. Mi madre había estado acompañando a una persiana en su llanto.

—¿Qué tal el primer día de colegio?

—Bien. Papá ha dicho otra vez lo de volver a Marruecos.

«Yo te amo, pero jamás podremos estar juntos… mi familia jamás te aceptaría».

Mi madre grita de dolor, no por lo que le acabo de decir yo, sino por un desamor venezolano. Al instante pierde el gesto de dolor y sin mirarme me dice:

—Tu padre solo habla tonterías. Ya nos hemos acostumbrado a estar aquí.

«Pero mamichula, a mí me gustaría tener un papá como los demás niños de la escuela».

—Qué pena de niño. Abde, como mucho nos iríamos cuando acabes los estudios o cuando me jubile.

Suena la canción de la telenovela porque ya ha terminado el capítulo.

«Amarte así es una confusión, lástima el corazón, derrama mis sentimientos…».

Son las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde.

Ya estamos listos para dormir. A partir de una hora, en esta casa hay un silencio que solo se rompe por las conversaciones sueltas de mis padres en su cama. Las oigo bastante nítidas porque mi habitación está pegada a la suya. No les hago caso porque estoy jugando a la Game Boy por debajo de la sábana.

Mi Charizard acaba de fulminar a su Weepinbell y eso me ha hecho ganar una medalla de gimnasio. Suelto un «¡VAMOS!», de euforia. Mi padre me grita desde su habitación.

—¡Ponte a dormir, que estás cansado!

Sinceramente, no estoy cansado. Hace años ya que a esta hora no tengo sueño. Pero siempre nos vamos a dormir pronto porque esta casa cierra a las 20.30 horas. A veces me meto en la cama cuando mis compañeros de clase empiezan sus entrenos de judo, básquet o atletismo. Ha habido días de verano que me he metido en la cama y todavía era de día.

Llevo tantas horas dormidas estos años que siento que podría estar tres meses seguidos sin dormir y funcionaría perfectamente. Incluso podría pasarme el próximo año durmiendo tres horas al día y estaría saciado. Duermo tanto que a veces me canso de soñar y dentro del sueño me duermo y sueño otras cosas.

Creo que en la tele estarán poniendo un capítulo de *Los Serrano*, pero como no lo estoy viendo mañana no podré comentarlo con nadie en clase.

2

19 de septiembre de 2005

Estaba soñando cuando escuché la voz robótica.

—Son las seis y treinta y cinco minutos de la mañana.

Es el reloj de mi padre. Si le das a un botón te dice la hora. Si aprietas otro botón activa una alarma y si pulsas el tercero se ilumina la pantalla, aunque este nunca lo usa.

Todavía dormido, la voz robótica se reconstruye en mis pesadillas y se convierte en un androide que viene a por mí. Unos toques de mi madre en la pierna me despiertan y me salvan del androide.

—Vamos, Abde.

Me grita con dulzura a la vez que sale corriendo hacia la cocina porque la cafetera está silbando. Me quedo sentado en la cama y, todavía con los ojos cerrados, me pregunto de nuevo si será esto lo que ve mi padre, que ahora mismo se encuentra también sentado en la cocina esperando a que mi madre le sirva el café.

Camino el medio pasillo que hay hasta llegar al baño. Me echo al hombro una toalla del montón de toallas que hay en el mueble frente a la puerta y entro a ducharme.

Cuando me tiro champú directamente del bote a la cabeza, pego un grito por lo fría que está el agua que alguien ha metido dentro de

un bote que hace tiempo se quedó sin champú, pero al que todavía podíamos sacarle un poco más de jugo.

—Son las siete y diez minutos de la mañana.

Sigo viendo el *Club Disney* mientras desayuno. Me cuesta aceptar que ya no soy un niño cuando los que salen en este programa son mucho mayores que yo.

Uno de ellos es un chico negro, pero no parece que lo sea. Sabemos que es negro por su color de piel, pero hay algo raro. Como que se comporta como si no lo fuera. Hay algo en su forma de hablar, en cómo se miran, en que no parece preocupado… no sé qué es, pero hay algo ahí que le hace blanco.

Mientras mi madre y yo nos alejamos de casa, oigo el reloj de mi padre indicando que son las siete y treinta minutos de la mañana. Él se queda en el portal con un cigarro en la boca.

Hasta el curso pasado mi madre siempre me acompañaba al colegio. Este verano, antes de que empezaran las clases, negocié ir y volver solo. Las condiciones pactadas fueron que siempre iría por las mismas calles y que no me pararía a hablar con nadie. Aun así, un lunes al mes salimos juntos porque a ella le pilla de camino al trabajo.

Va dos pasos por delante de mí. Cada paso suyo son dos míos y cuando consigo pillarla y ponerme a su altura enseguida me deja atrás. Siempre tiene prisa. Mi madre tiene unos bíceps grandes y duros. Se ha puesto fuerte limpiando casas de viejas y de viejos.

No entendemos lo mismo por «viejo». Para mí, viejos son mis padres; para ellos, viejos son los viejos. Incluso hay otra categoría

que yo todavía no logro distinguir: los ancianos. La diferencia entre viejos y ancianos creo que es que los ancianos ya han vivido.

Ella no es como las madres de mis compañeros; algunas van siempre elegantes, en vaqueros. Mi madre siempre va con ropa de limpiar. Las demás van a yoga y tienen las uñas rojas. Estoy seguro de que mi madre podría con ellas en una pelea a puños.

—Hoy me toca la Encarni hasta las diez, después a la Coloma y por la tarde al Paco.

—¿A Paco el Viudo o Paco Avellanas?

A cada uno de ellos le pusimos un mote para saber siempre de quién estamos hablando. Paco el Viudo se quedó viudo y a Paco Avellanas lo llamamos así porque un día nos regaló un cubo hasta arriba de avellanas.

—Al Viudo. El pobre el otro día se puso a llorar mirando fotos y me senté a llorar con él.

Cuanto más cerca estoy del instituto, más vergüenza me da ir con ella. Aunque lo peligroso no es tanto que me acompañe, sino que viniera a buscarme. Ya no hay nadie a quien pasen a buscar, salvo que sea para llevarlos al fútbol. Eso no es humillante porque los padres solo ejercen de puente entre el instituto y la extraescolar. Una vieja nos grita desde un balcón.

—¡Samira!

—¡Encarni, ya he llegado!

Samira, o como la llamo yo, mamá, saca un manojo de unas veinte llaves, escoge una y la mete en el cerrojo. Acierta a la primera. Mi madre tiene que ser la persona con más confianza depositada en ella de todo el barrio. Se despide de mí desde dentro, ya cerrando la puerta.

—¡Hasta luego, Abde!

—¿Qué comeremos hoy?

—Macarrones.

La vieja y yo nos quedamos mirándonos, ella desde el balcón y yo desde la calle como si fuéramos una especie de Romeo y Julieta con las edades muy desfasadas.

—Cómo estás, querido. ¿Vas al cole?

—Sí.

—Hay que estudiar para tener un futuro. ¡Al cole!

Levanta el brazo como dándome permiso para que siga mi camino y señala la dirección al instituto, la dirección a un futuro en el que ella no estará.

Me imagino el reloj de mi padre diciendo que son las siete y cincuenta y nueve minutos de la mañana. Sé que estamos en esa hora porque en el último minuto es cuando más niños llegan a clase.

Muchos vienen en coche y traen las mejillas rojas y calientes. Cuelgan legañas que podrían venderse al peso. Caras cada vez más dormidas, hinchadas. Los hay que se despiertan a las 7.40, no comprendo cómo lo hacen. Imagino que eligen entre desayunar o ducharse.

Una vez conté los pasos que hay de mi casa al instituto y me salían 1.281. Claro, si vienes en coche, los pasos se reducen considerablemente. Me pregunto quién de aquí es el que llega en menos pasos. ¿Habrá quien ni siquiera haya tocado el suelo?

Suena el timbre. Ya son las ocho en punto y entra Aina Campaner abanicándose la nariz con la mano. Por su cara de asco te das

cuenta de que hay más de uno que ha elegido desayunar en lugar de ducharse.

Con una señal ordena a un alumno que abra la ventana y este se levanta de la silla con apenas energía, como si los pantalones le pesaran treinta kilos. Tiene unas marcas repugnantes de baba seca en la comisura de los labios.

Justo entonces entra Toni Delgado con una camiseta marca El Niño, se sienta en el pupitre de atrás a mi derecha. El cabrón, de su cama al pupitre, no llegará ni a los cincuenta pasos.

Su padre llega con un deportivo y una música muy alta y extraña en la que nadie canta y que siempre suena igual, que más que música parece un martillo golpeándote por dentro. Y, al contrario que los demás padres, este arranca el coche en el momento justo en el que su hijo sale del vehículo, sin esperar a que el niño haya entrado al patio. Sin comprobar que se pone a salvo.

Toni Delgado se gira hacia mí a la vez que yo hacia él, y hacemos un contacto visual forzado. Levantando las cejas dos veces, me dice:

—Me he despertado a las siete cincuenta.

Me guiña el ojo y se le queda pegado por una legaña.

Antes de girar la esquina ya escucho a mi padre hablando con alguien en el portal. La gente le habla fuerte porque él les habla fuerte. Es como si al faltarle un sentido buscara reforzar la comunicación alzando la voz.

Al girar la esquina reconozco a Bartolomé. Es uno de los mejores amigos de mi padre. Bartolomé trabaja con caballos. No sé cómo se llama su oficio, puede que sea caballista.

Atiende en una pequeña tienda; ahí vende sillas para sentarse encima del caballo y esas cosas. También se dedica a cambiar las herraduras de todos los caballos de la ciudad. No sé cuántos habrá por aquí, pero los suficientes como para que Bartolomé no parezca un tipo con problemas de dinero.

Siempre va vestido de trabajo y no llama la atención, pero un día que lo vimos muy elegante (venía de un funeral) oí que se referían a él como un hombre atractivo.

Sé que él y mi padre son amigos porque solo hablan tonterías. Cada varios días se escapa unos minutos de la tienda para fumar con mi padre.

—Y me dio una coz tan fuerte, Mohamed, que estuve una semana en la cama con la pierna hinchada.

Oigo a mi padre reírse. Bartolomé me ve llegar.

—Ya está aquí tu niño. A ver si le compras un caballo, que viene con la lengua fuera.

Saludo a mi padre pegándome a él de una forma que no llega a ser un abrazo, y me da su clásico toque en la espalda. Bartolomé me revuelve el pelo y me pregunta si algún día voy a trabajar para él. Mi padre le dice que no, si acaso «el niño será tu jefe». Se ríen los dos. Bartolomé se va, y sin girarse para despedirse con la mirada dice:

—¡Hasta pronto!

Mi padre conoce a mucha gente. No le caben más contactos en la agenda del teléfono, así que me hace apuntarle los nuevos en una libreta que lleva siempre en el bolsillo.

Subiendo las escaleras le escucho encenderse un cigarro y me acuerdo de esa vez en la que a los nueve años me mandó a comprarle una cajetilla al bar.

Tuve que ponerme de puntillas para ir metiendo las cinco monedas de cincuenta céntimos en la rendija, y entonces apreté al Marlboro. Cogí la cajetilla con toda la mano, y alguien me agarró con fuerza por el hombro girándome hacia él. Era un policía local. Pensé que iría a la cárcel por eso y me quedé bloqueado.

—¿Tú eres el hijo del Moha?

—Sí.

Me pidió la cajetilla y se la di. La abrió, se llevó un cigarro a la boca y otro al bolsillo.

—Tu padre me debe uno.

Me volvió a poner la cajetilla en la mano y me mandó a correr.

3

26 de septiembre de 2005

A la tercera semana el nuevo curso es un curso más. Los exámenes se acercan y ya he mordisqueado todos mis lápices.

Intento mantener la atención en la profesora, pero el tema de los determinantes posesivos es tan aburrido que, aunque yo no quiera, se me va girando la cabeza hacia la ventana. Lucho contra eso.

De vez en cuando, Aina Campaner nos echa miradas furtivas para controlar si estamos escuchando. Hay que estar atentos porque te puede caer una pregunta relámpago, y si no estás presente, ella busca tu nombre en una lista y anota algo. Eso no lo había visto antes. No sabemos qué es lo que escribe. He oído que el hermano mayor de Lucía Bermejo fue expulsado cuando llegó a diez anotaciones. En lo que llevamos de curso yo llevo dos. Pienso mucho en eso.

Aprovecho para mirar por la ventana ahora que Aina está escribiendo en la pizarra la P de DETERMINANTES POSESIVOS.

Hace un tiempo agradable. El sol brilla fuerte y suenan los grillos. Cuando el patio está abarrotado no se los oye; me pregunto si entonces los grillos seguirán cantando o simplemente paran porque

no hay nadie escuchando. Me imagino a Aina siendo un gran grillo y me dan ganas de dibujar uno con su cara en el pupitre.

De pronto noto como un impacto en la nuca.

Me examino la zona con los dedos y toco una bola compacta y pegajosa. La cojo y es lo que me temía: me han escupido una bolita de papel chupada.

Por la fuerza del golpe, sé que ha sido disparada usando el cuerpo de un boli BIC como cerbatana.

Sujetar la bolita y tener la nuca mojada me está dando un asco de categoría. Quiero gritar de rabia, pero esta es una de esas guerras que se deben pelear en silencio.

Me giro en busca de sospechosos.

Miquel Aguirre. Podría ser él, ya que nunca hemos sido amigos, pero está escribiendo lo que la profesora ha puesto en la pizarra, así que descartado.

Lucía Bermejo. Relación neutral. Está dibujando en la esquina de la página, demasiado distraída para haber sido ella.

Toni Delgado. Por ahora no hay relación porque viene de otro colegio. Pero le cazo una mirada risueña. Ha tenido que ser él.

Vuelvo al frente. Arranco un trozo de mis apuntes, hago una bola y me la poso en la lengua. Desmonto un bolígrafo y me doy la vuelta apuntando a la cara de Toni Delgado. Soplo tan fuerte que se la clavo en todo el cuello. Se asusta, se toca, me vuelve a mirar y veo el asco en sus ojos. Puedo entender un «¡¿qué haces?!». Muy rabiosamente empieza a desmontar un bolígrafo. Por su reacción, está claro que no era él. Miquel Aguirre se empieza a reír y veo que el bolígrafo con el que fingía escribir antes es solo cuerpo, no lleva tinta.

Esquivo un disparo de Toni Delgado, que busca venganza. Ahora tengo dos frentes abiertos. Me llevo otro proyectil a la boca y de pronto me impacta algo peor.

—¿Cuál es el determinante en esta frase, Abde?

Una pregunta relámpago me hiela la sangre. Miro a la pizarra y leo «Nuestra pasión por el deporte es muy grande». Sé que el determinante es «Nuestra». Pero no puedo hablar porque dentro de mi boca hay una bola de papel cada vez más húmeda, a punto de disolverse. No me queda otra opción que tragármela.

—Nuestra.

Aunque diría que he acertado, la profesora me busca en la lista y anota de nuevo. Llevo tres. Miquel Aguirre y Toni Delgado quedan impunes.

Se empiezan a definir los grupos de amigos en el patio. Se van ocupando todos los territorios. Tengo la suerte de estar cómodo sentado en un sitio que no quiere nadie.

Veo cómo Miquel Aguirre y Toni Delgado se alejan del grupo en busca de una lata con la que jugar. Hasta hoy no se juntaban, pero ahora se llevan bien porque me tienen a mí en común. Un día dentro de muchos años serán amigos de la infancia y no se acordarán de por qué.

Doy un mordisco a mi bocadillo de queso que hoy me sabe a tinta y a determinante posesivo.

Lavando el plato y el tenedor de mi comida de hoy. Mi padre, en el balcón fumándose un cigarro.

No le temo a que, queriéndolo tirar al suelo, el cigarro caiga sobre una planta, la encienda y el balcón entero se prenda fuego y muramos todos. No tengo ese miedo porque mi padre se apaga los cigarros en la mano. Son las tres y cuarenta y dos minutos de la tarde. Tiene un callo en la palma de la mano izquierda, bajo el meñique, en el que se habrá apagado unos cien mil cigarros. Cuando lo acompaño al banco, al bar, o a algún otro sitio, vamos de la mano y me entretengo apretando su callo. Él ni se entera.

—Abdu, coge mi teléfono y marca: seis seis dos…

Sin cerrar el grifo salgo corriendo a por su teléfono; 662 662 mi padre ha empezado a dictar y tengo que memorizar los números que llevamos 6629 6629 6629. Se sabe todos los números de sus amigos de memoria 66293 66293 66293. Me seco las manos en los pantalones y marco 662938… No hace falta que me lo termine de dictar porque a estas alturas sé cómo acaba. Es el número de Llorenç, un empresario de la construcción. Le doy al botón de llamar. Choco el teléfono contra su palma, y la mano reacciona como una planta carnívora ante una mosca. Se lleva el teléfono a la oreja y se aleja caminando por el pasillo.

—¡Llorenç! Aquí estamos, hombre… Me alegro… Escucha…

Apoya los codos en la cajonera alta donde guardamos las toallas. Con una mano sujeta el teléfono y con la otra se rasca la oreja libre.

—Mira, te quería comentar. Esta mañana ha venido un chico…

Todas las semanas nos toca el timbre un chico, un hombre o incluso a veces un señor al que le han llegado rumores de que mi padre te encuentra trabajo. Te hace unas preguntas y luego llama a

su amigo de la construcción, a su amigo de la carpintería, a su amiga la de los campos, etcétera.

—… recién llegado con ganas de trabajar… Sí… está espabilado. Bueno, muchas gracias, Llorenç… A las siete estará ahí… A ver si nos tomamos un café con leche… Venga, hasta luego… Hasta luego.

Aprieta varios botones equivocados antes que el de colgar.

—¿Está colgado?

Siempre me lo pregunta con discreción mostrando el teléfono al aire.

—Sí.

—Márcame este.

Me entrega un trozo de papel arrancado de la esquina de un periódico con un número anotado a lápiz.

—Hola… Te cuento. Tú sabías hacer cemento, ¿a que sí?… Mañana a las siete.

De este idioma que está hablando solo soy capaz de entender el número 7, nada más. El amazigh es el idioma de mi familia, pero yo no lo hablo, así que se puede decir que no hablo mi idioma.

Un día Bartolomé le dijo a mi padre que era «el rey de los moros» y estuvieron riéndose un largo rato. A mí me hizo gracia y me molestó y me siguió haciendo gracia, pero algo me molestó.

Mi padre se prejubiló por problemas en el corazón. No sé mucho del tema, solo sé que se prejubiló por problemas en el corazón. Un día él y mi madre hablaban de ello pensando que yo estaba dormido y esa noche me costó conciliar el sueño. No sé si sigue teniendo problemas en el corazón, pero se le ve bien. Tiene la espalda muy recta, eso sí.

Ahora todo su tiempo lo emplea en buscar trabajo a los recién llegados. Alguna vez le han querido dar dinero, pero nunca lo acepta y yo no sé por qué no lo acepta porque nos vendría bien. También dedica tiempo a hacerme compañía, pero a lo que más tiempo dedica es a fumar.

Mi padre tiene tantos amigos que si hiciera una fiesta de cumpleaños se le repetirían muchos regalos. Mi madre siempre le regala una caja de tabaco de las grandes. Un año contribuí económicamente y me sentí culpable.

Son las siete y ocho minutos de la tarde. Mi madre llega a casa y suelta veinticuatro euros en la mesa. Es el resultado de tres horas de trabajo. Ella gana dinero todos los días, mi padre una vez al mes. El de mi padre se va todo a los gastos de la casa y el de mi madre a los gastos del día a día.

4

3 de octubre de 2005

Ayer me desperté con anginas y no fui a clase. Ya me encuentro mejor, pero he fingido seguir enfermo para disfrutar un día más de mi libertad. Mi madre me lleva con ella al trabajo para que no me quede solo en casa.

Mientras ella limpia de aquí para allá, yo pillo sitio en el salón y hago todo lo posible por no incordiarla ni a ella ni a Paco.

Comparto espacio con él en la planta baja. Mi madre está fregando el primer piso; por lo general le lleva menos tiempo ese que el bajo, porque ahí se hace menos vida. Nos vemos dos o tres veces al año, así que me permito la confianza de llamarle Paco. Pero me preocupa porque, cada vez que digo su nombre, en mi cabeza resuena «el Viudo», y no quiero que se me escape delante de él.

Siempre viste la misma chaqueta de lana. Le huele el aliento a vino y está muy solo. Mi madre dice que desde que se murió su esposa la casa le queda grande.

Estoy a gusto aquí sentado en esta silla de otra época, jugando a la Game Boy. La tengo sin volumen para no molestarlo. Él ahí, en su butaca. Y a su lado, una butaca vacía en la que vivió y murió su

mujer. Dice que en ella no se ha sentado nadie desde que Montserrat se fue al otro barrio.

Paco se va al baño y tengo la tentación de mecerme. Podría hacerlo muy fácilmente porque suele tardar un largo rato en volver. Le cuesta mear. Su pis cae flojo, como el chorrear de una manta mojada.

No me dejo llevar por la tentación de mecerme por respeto a los espíritus. Paco vuelve.

—¿Qué tal el colegio?

—Bien. ¿Y tú?

—Cuando yo iba al colegio el profesor nos pegaba. ¿A ti te pegan?

—No, no, te preguntaba qué tal. ¿Qué tal tú?

—Cada día peor. ¿Qué haces aquí? ¿Tienes la gripe aviar?

—No, ¿y tú?

—Yo tampoco. ¿Me vas a devolver todas las preguntas que te haga?

Toso tímidamente, no por la gripe aviar, sino por los nervios. De todas formas, me tapo la boca.

—Niño, ¿tú le tienes miedo a la muerte?

Es la primera vez que alguien me hace esta pregunta, la primera vez que me la hago. Noto un peso sobre mi pecho y una oleada de calor rápida que me hace sudar. Hasta ahora no sabía que le tenía tanto miedo a la muerte.

—Sí.

Se me queda mirando y me pienso si devolverle la pregunta o no. No sé si es una trampa, pero quisiera saber si él le tiene miedo o no.

—¿Y a ti?

Responde como si llevara tiempo esperando esa pregunta.

—Yo le tenía miedo a la muerte hasta que se llevó a mi esposa. Desde entonces no le tengo miedo, le tengo rabia.

Se le va la mirada a un gran retrato de su esposa que cuelga de la pared. Y como no sé qué se responde a algo así, solo me queda la herramienta social de asentir lentamente con cara de pena mirando al suelo.

—Niño, ¿tú sabías que los hombres se mueren antes que las mujeres?

—No.

—Estadísticamente sí. Yo tenía que morirme antes. Para la mía estaba preparado, para la suya no.

—Ya.

Desvía los ojos hacia la butaca sagrada y se pone a relatar el momento.

—Ahí fue que dejó de mecerse. Le dije desde la cocina «¿te traigo algo?»; le grité. Nosotros siempre nos gritábamos. Bueno, no nos gritábamos, hablábamos fuerte. La cogía de las caderas y le decía «te quiero» gritándole a la cara, a reproche. Me daba menos vergüenza así que decirlo en bajito, como en las películas americanas. Ella sí que me lo decía en bajito. No me respondió, y cuando llegué con la bandeja ya la vi que no estaba presente. Se me cayó la bandeja, o la tiré, no me acuerdo. Le dije «te quiero» muchas veces por si le llegaba alguno y se lo podía llevar con ella.

Paco se pone triste y yo asiento lentamente con cara de pena mirando al suelo. Todo lo que viene ahora ya no es nuevo. A partir de aquí me lo sé todo. Siempre que arranca una conversación, por muy lejos que esté de la muerte de su mujer, acaba enlazando ambos temas con mayor o menor astucia.

—En el tanatorio… tendrías que haberla visto. ¿Fuiste?

—No.

—Había tanta gente y yo solo pensaba en decírselo a ella, «mira cuánta gente, cariño», pero, claro, ahí ya qué le vas a decir.

—Ya.

—A veces pienso en el mío, en dejar una lista negra. Hay más de un desgraciado que no te habla en años y va y aparece cuando ya estás muerto.

—Yo voy a ir al tuyo.

—Sí.

Salgo a la calle. Mi madre está limpiando unas ventanas del primer piso. A veces saca más de medio cuerpo para llegar a las esquinas. No le temo a que, queriendo dejar el cristal reluciente, tropiece y caiga de un primer piso y se quede en silla de ruedas o se mate dejándome sin madre. No tengo ese miedo porque mi madre es muy habilidosa y conoce los límites de su cuerpo.

—¡Mira, mira!

Ahora, en el balcón, ha pasado una pierna por delante de la barandilla y se ha sentado en la barra. Mi madre quiere llamar mi atención, pero yo pienso que está jugando con fuego.

—Para ya, por favor.

Por favor que pare, yo no quiero tenerle rabia a la muerte.

—Mira a tu madre, soy supermana.

Suspiro de alivio cuando vuelve al lado seguro. Oigo a Paco arrastrando una silla de plástico y lo ayudo a sacarla fuera. Se sienta al fresco.

—Mira el día que hace. Hace sol, tengo la casa limpia…

—Cantan los pájaros y todo.

—Y, aun así, es el peor día de mi vida, cada día lo es. Cada día peor.

¿Cuándo será el peor día de mi vida? ¿Ya pasó? Espero que sí. Podría haber sido el día aquel de la cabalgata de Reyes, que me perdí entre la multitud y no encontraba a mi madre. Fue un muy mal día, tiene que ser ese. Ella baja por las escaleras. La miro y me alegra saber que está aquí cerca y que no estoy perdido. Los peores días ya pasaron.

—Paco, a ver lo que le cuentas al niño.

—Cosas de hombres.

Son las tres y quince minutos de la tarde. Yo estoy acabando de comer y mi padre escucha las noticias. Veo cómo se echa la mano al bolsillo y saca la cajetilla de tabaco.

—Papá.

—Qué.

—¿Tú sabías que los hombres se mueren antes que las mujeres?

Serán las tres o las cuatro de la madrugada. Teniendo una pesadilla. La fiebre y el encuentro con Paco el Viudo me obligan a soñar que se muere mi padre. Los hombres se mueren antes. Mi padre no está. Estamos solos mi madre y yo y no tenemos dinero. Echo de menos a mi padre. Yo le regalé unos ceniceros de arcilla, soy culpable. Él empezó a fumar a mi edad. Ha fumado cien mil cigarros. Tiene problemas en el corazón. Se ha muerto. Mi madre grita.

Me despiertan sus ronquidos. Tengo el cuerpo bañado en sudor. Todo está oscuro, no veo nada. No sé si tengo los ojos abiertos o cerrados. Intento imaginarme cómo es lo de estar muerto, pero no puedo. ¿Será doloroso? ¿Habrá alguien esperando? Me da tanto miedo pensarlo que me abrazo a un cojín.

5

17 de octubre de 2005

Hace semanas que miro hacia otro lado. Que no miro hacia la esquina de los marroquíes. Las miradas que hemos cruzado han sido cada vez más violentas. Al principio eran solo de reconocimiento, pero el otro día uno de ellos levantó el mentón como diciéndome «qué te pasa».

Me distraigo viendo cómo mis compañeros de clase juegan a la lata.

Por un momento noto una presencia, una alteración en el orden natural del patio, y miro hacia allá. Se están acercando hacia mí, son tres. Van a llevar a cabo una toma de contacto. Tarde o temprano esto iba a pasar. Mastico y mastico mi bocadillo de queso, pero se me ha cerrado el estómago y no puedo tragar.

El cabecilla se planta frente a mí, y como el sol viene desde ahí mismo, tengo que entrecerrar los ojos. Soy una persona completamente indefensa, puede hacer lo que quiera conmigo.

—¿Y tú qué?

Me lo pregunta en su idioma y no lo termino de entender, así que opto por levantar los hombros.

Es un chico delgado, de piel morena, con la cabeza rapada, la cara afilada y mirada de líder. Si fuera español, sería el popular, de los primeros en tener novia. No me importaría tener su cara. Nunca nadie se ha metido con él porque los que buscan pelea quieren víctimas, no enemigos.

—¿Cómo te llamas?

Esa pregunta sí que la he entendido. Gracias a Dios que conozco las frases suficientes como para no quedar como un tonto.

—Abde.

Sonrío en busca de complicidad, en busca de buen rollo, así como le sonreiría una gacela a un león.

—¿Abde?

Se ríen al oír mi nombre pronunciado en castellano. Les ha sonado ridículo, por lo que he fracasado. Solo me queda confiar en parecerles tan débil como para que no les valga la pena meterse conmigo.

—¿De dónde eres?

—De aquí.

—Con esa cara tú no eres de aquí.

No sé qué me ha dicho, pero solo con el tono me ha metido miedo.

Voy a levantar los hombros, pero antes de que pueda mover un solo músculo, me arranca el bocadillo sin usar mucha fuerza. Separa las rebanadas y mira lo que hay dentro. Le da un mordisco y, a su orden, se vuelven a la esquina. Uno de los secuaces se gira y me dice algo que parece más una maldición que una amenaza.

Los de mi clase juegan a la lata, el día sigue bien para todos ellos. Al poco rato suena el timbre y me cuesta sacar fuerzas para

levantarme.

Una vez en clase, veo que ha vuelto a pasar lo de las invitaciones.

Lucía Bermejo subió al aula unos minutos antes de que terminara el patio y dejó una invitación a su cumpleaños encima de todos los pupitres menos del mío. Siempre ha sido así. Al principio, en primaria, se invitaban entre ellos a escondidas para que yo no me diera cuenta; había un pudor.

Pero hubo una vez, en segundo, que David Bustamante me invitó al suyo y mi padre no me dejó ir por si me daban bocadillos de cerdo (así se refiere mi padre a esos bocadillos, como si pusieran a un animal entero entre dos rebanadas).

Pienso mucho en qué cerca estuve de la amistad y en que dejé escapar una oportunidad porque no supe enfrentarme a mi padre. A David le dije que no podía ir porque ese día estaba de viaje. Una excusa tan barata que el vínculo que podríamos haber tenido se fue a la basura.

Y aunque creo que ahora tendría la madurez suficiente como para negociar con mi padre, ya nunca más se me ha vuelto a invitar con la excusa de que igualmente *nosotros* no vamos a *sus* fiestas. De esta forma no se sienten culpables.

El incidente con los marroquíes y lo de las invitaciones han anulado toda la autoestima que tenía guardada para hoy. Que para comer haya macarrones con nata no ayuda a que la jornada mejore. Había

oído que la vida adulta a veces se hace cuesta arriba y entiendo que hoy es uno de esos días.

Mi padre está sentado en el sofá con el brazo estirado al aire mientras mi madre agarra su mano y le corta las uñas. Cada varias semanas mi madre le corta las uñas.

Sus uñas son gruesas y duras, cada una de ellas parece componerse de decenas de uñas presionadas una sobre la otra. Algunas saltan por los aires. Una vez, mi madre cogió una al vuelo como si fuera un ninja. Se quedó congelada con el brazo extendido, sujetando la uña con dos dedos. Se giró hacia mí para ver si lo había visto, y yo lo había visto. Fue un contacto visual potente.

Mis padres están conversando en su idioma. Hay gente que me mira con pena cuando descubren que yo no lo hablo. Realmente piensan que es cosa mía, que se me ha olvidado, o que yo mismo he borrado conscientemente una lengua entera de mi memoria. Yo también les digo que me da pena, aunque pienso que me da igual porque no es algo que haya perdido yo.

—Me han llamado del instituto esta mañana.

—¿Y qué te han dicho?

—Quieren una reunión la semana que viene.

Sospecho que estén hablando de mí porque están haciendo como que no, pero lo único que he entendido es que ha ocurrido algo *esta mañana*.

—Dicen que por ahora no ha aprobado ni un examen.

—¿Ni uno?

—Ni uno.

—¿El niño no trabaja o qué?

—No sé, yo lo veo ahí sentado que a veces dibuja, a veces mira el libro.

La uña del pulgar sale volando lejos de la órbita de mi madre, que la da por perdida y sigue cortando las de la otra mano.

—¿Qué día te han dicho?

—El lunes.

—¿Voy contigo?

—No importa.

Por ahora, la información que tengo es que mi padre hace preguntas y ella las responde. Y que algo pasará el lunes.

Hay quien diría que a lo mejor están hablando de problemas adultos y que no me quieren hacer partícipe de ellos para protegerme de las tragedias. Pero esta mañana ya me han robado la comida y me han no invitado a una fiesta, así que ya me han hecho todo el daño que se puede hacer.

Me llevo el tenedor a la boca con un par de macarrones y algo se me clava en la lengua. No es una textura que te esperes en un plato de pasta, así que la separo con los dedos y mis ojos confirman que es una uña de dedo pulgar, larga y gruesa como una espina de salmón y con un fuerte gusto de tabaco. Me ha dado un asco tremendo.

6

24 de octubre de 2005

Un ronquido suyo muy potente me despertó primero a mí y luego a él. A mi marido le vibra el pecho de lo fuerte que ronca. Hay veces que hace temblar toda su parte de la cama. Algunos días se despierta de su propio ronquido y me acusa a mí de estar roncando; hoy es uno de esos días. Todavía desde el sueño, me reprocha:

—Ya me has despertado.

Oigo cómo palpa con su mano en la mesita de noche hasta encontrar el reloj: son las seis y veinticuatro minutos de la mañana. Me incorporo y camino descalza hasta la cocina. El suelo está frío, así que doy pasos rápidos para estar el menor tiempo posible con los pies en las baldosas.

Me lavo la cara y me la seco con el delantal que cuelga del respaldo de la silla. Organizo mentalmente el día: hoy me toca limpiarle la casa a Encarni, hablar con la profesora de Abde e ir al supermercado. Me lo fijo como un mantra: Encarni, profesora, supermercado, Encarni, profesora, supermercado.

Me quedo unos minutos empanada mirando las plantas del balcón y a un cenicero que está vacío porque se los apaga en la mano. Oigo cómo se acerca por el pasillo y vuelvo a la realidad. Se sienta en la

silla en silencio y lleva a cabo todo un surtido de ruidos de garganta, ruidos matinales de fumador.

Preparo una cafetera de tres cafés; uno para mí y dos para él. Uno se lo toma ahora y otro al mediodía. La coloco en uno de los fogones y el ruido de los metales lo hace reaccionar. Me golpea suave en la cadera con un mechero, lo cojo y prendo el fuego.

—¿Hoy quién toca?

—A la Encarni.

Y automáticamente pienso: profesora, supermercado.

—Y hoy es la reunión, ¿no?

—Sí.

Son las seis y cuarenta y ocho minutos de la mañana, el café empieza a salir y cierro la tapa para que no salpique.

—Despierta al niño.

La cafetera está a punto y debería quedarme aquí un minuto más para apagar el fuego, pero sé que puedo ir y volver en menos tiempo. Salgo corriendo, entro en su habitación y le zarandeo la pierna.

—Venga, arriba.

De entre las sábanas asoma una cara tostada. Aunque esté aquí al lado, me mira como desde muy lejos. Enciendo la luz y se retuerce. La consola a su lado en el cojín. El instinto, o más bien la costumbre, me lleva a recoger y a ordenar rápidamente unos zapatos y salgo corriendo a por la cafetera.

Camino al trabajo con un niño que va más dormido que avergonzado. Suele tardar dos o tres calles en espabilarse, entonces

es cuando peor lo pasa.

—¿Te llevo la mochila?

—No. Bueno, sí, hasta la esquina.

Me echo al hombro una mochila llena de unos libros que por lo visto no le interesan mucho.

—¿Qué tal el cole?

—Ya no es cole, es instituto.

—Es más difícil, ¿no?

—Sí.

Ahí deja de mirar al suelo y desvía los ojos a las farolas. De toda la vida, esa ha sido su manera de escapar de las conversaciones. Eso lo sé de él porque se lo he visto hacer muchas veces. Conozco las cosas que hace, pero sé poco de las cosas que piensa. Hace meses que no sabemos qué se cuece ahí dentro.

Cuando la gente dice que te conoce como si te hubieran parido, yo siempre pienso que para conocer a alguien no hay que parirlo, hay que escucharlo, y este niño, por día, soltará entre cien y doscientas palabras.

No es uno de esos niños que dicen todo lo que se les pasa por la cabeza. No es como la nieta de Encarni, que no para de hablar y hablar, y se me acerca y me pregunta unas cosas que no sé responder.

—El otro día la nieta de la Encarni va y me pregunta que si las babosas son caracoles sin concha, o que si son babosas.

—¿Qué?

—Que si las babosas son caracoles sin concha, o que si son babosas.

—¿Que si las babosas son babosas?

—Sí, o caracoles sin concha.

—Pienso que son babosas. Si no, se llamarían «caracoles sin concha», no babosas.

—¿Cómo?

—Si fueran caracoles sin concha, los científicos los llamarían así: «Esto es un caracol sin concha», y «esto es un caracol con concha».

Ya está espabilado. A lo lejos veo una silueta encorvada en el balcón.

—Ahí está la Encarni, mira cómo se asoma.

Encarni nos saluda. Desde ahí me dice que ya baja a abrirme. Yo me propongo encontrar antes la llave de su casa en mi manojo. Llegamos a la puerta y el niño se me queda pegado como esperando permiso para que lo libere.

—Cuando se muera ella y se mueran todas tus viejas, ¿te vas a quedar sin trabajo?

—No.

—¿Por qué no?

—Tengo una lista de espera.

Encarni se ayuda a bajar con la barandilla. Hace tiempo que dejó de luchar por tener una espalda recta. Su fragilidad me recuerda tanto a la de mi madre que cuando me abraza pienso en ella.

—Podríamos limpiar la primera planta, ¿no crees?

Habla en plural porque siempre me echa una mano con las tareas y de paso me cuenta su vida. Es de esas personas que no solo me pagan por limpiar, también por la compañía.

—¿Y por qué no me has esperado arriba?

—Hija, tengo la cabeza en el otro barrio.

Estamos en el balcón. Yo, repasando una a una las barandillas de arriba abajo. Ella, limpiando el pasamanos con un trapo. Cuando lleva un rato acariciándolo, se sienta en el borde de la cama.

—¿Sabes que fui la primera mujer en conducir moto aquí en el pueblo?

—Ah, ¿sí?

Sí que lo sé, pero lo cuenta con tanta ilusión que no me molesta volver a escucharla. Mientras reescribe esta historia en mi cabeza, yo aprovecho y pienso en mis cosas. Y los hombres me miraban con un asco y yo no hacía caso porque iba con mi moto a todos lados. Cuando pasaba por el mercado, las verduleras decían mira por ahí va la Encarni, profesora, supermercado, Encarni, profesora, supermercado. Y yo no paraba, me gustaba tanto el aire fresco en la cara, iba con mi moto de arriba abajo, de un lado a otro. Me miraban con asco y deseo también, yo nunca paraba.

Te hacen esperar en una sala de reuniones y te ofrecen un vaso de agua. Les digo que no hace falta, siempre llevo una botella en el bolso. Oigo unos zapatos de tacón acercándose. Se abre la puerta y entra una profesora con un maletín. Cuando sonríe, muestra tanto los dientes de arriba como los de abajo.

Me pongo de pie para recibirla. Se queda parada en la puerta, observándome confusa, como si la cita no fuera conmigo.

—¿Con quién tienes la cita?

—Con la profesora de Abde.

—Perdona, ¿de quién?

—Abderrahim El Berkali, soy su madre.

—Ah, sí. Disculpa, es que no te ubicaba.

Gesticula con las manos frente a su cara y me confiesa que se esperaba de mí que vistiera un pañuelo. Nos sentamos una frente a la otra.

—Samira, qué nombre más bonito.

Me enseña algunos exámenes: un 4, un 3 y medio, un 5.

—Como verás, Abde es un niño que no atiende mucho en clase. Se queda mirando por la ventana, a veces parece dormido.

—Que no tiene muchos amigos, que aún estamos a tiempo de enderezarlo, que todavía quedan casi dos meses para que termine el primer trimestre, que ha visto casos peores, que no se junta con los demás.

—¿Y que no está aprobando nada?

—Casi nada.

Termino de lavar las patatas para hacer una tortilla y me seco las manos en el delantal.

—No, y espera. Es que nada más llegar me dice: ¿y por qué no vas con pañuelo? Como diciendo esas son vuestras costumbres. Y yo casi le digo: ¿y tú por qué no vas borracha? Si os pasáis todo el día con la cerveza y con el vino.

Mi marido tiene que parar de fumar para reírse y me consuelo pensando que si reír alarga la vida y fumar la acorta, la suya tiene que estar en un equilibrio.

7

7 de noviembre de 2005

Mi madre me despierta zarandeándome por encima de la manta y se va corriendo. Me esfuerzo en retener lo que estaba soñando, pero se me olvida. Me enfado porque parecía un sueño agradable.

Saco la mano, pulso el interruptor y la bombilla no se enciende. Le doy otra vez y otra. Nada. No hay luz. Esto es algo que nos pasa dos o tres veces al año, que nos cortan la luz. Para mí no es ningún drama porque siempre ha sido así.

Le doy de nuevo para dejar el interruptor en apagado. Si lo dejara en encendido, en caso de que volviera la luz al mediodía (que lo dudo, siempre tarda varios días), se quedaría encendida durante horas, la factura sería elevada, no podríamos pagarla y otra vez nos cortarían la luz.

Mis padres priorizan que en casa no nos falte lo básico: comida, agua y tabaco. Lo siguiente es mi educación, luego el alquiler y lo último que se paga son las facturas de la luz.

Salgo de la cama y me envuelvo con la manta para no coger frío tan de golpe.

Si mi madre no hubiera colocado unas cuantas velas por el pasillo, ahora estaría todo a oscuras y en días como hoy mi madre y yo

jugaríamos con las normas de mi padre.

Las velas dan un color naranja a las paredes que me hace creer que voy caminando por una cueva. Son las seis y cuarenta y tres minutos de la mañana y lo único que funciona aquí hoy es el reloj que habla.

Mi padre está tomando un café. Mi madre está lavando unos platos con agua fría. Ahora que llego, vamos a tener la conversación que tenemos siempre que nos cortan la luz.

—Voy a ducharme.

—Hace frío, mejor por la tarde.

—¿Quieres que te caliente agua en una olla?

—No, me ducho rápido.

Ellos me recomiendan no ducharme. Hay días que no me ducho porque con unos disparos de colonia aguanto hasta la tarde. Pero hoy necesito pasarme por agua porque esta noche he sudado y uno no puede permitirse oler mal.

Dejo la manta en la cama para mentalizarme. Aunque no sea la primera vez que lo haga, una ducha fría siempre parece que sea la primera. El agua fría rasca, asusta y te pone en tu sitio. Sé que nadie en mi clase va a tener un inicio de día tan agresivo como el mío.

Escojo la ropa de hoy, que tiene que ser distinta a la que me puse ayer y anteayer para que nadie piense que voy dos días seguidos con la misma ropa. Combino lo que puedo con lo que tengo.

Me pongo una toalla al hombro y llevo una de las velas al baño porque con las paredes naranjas parece que hace calor.

Ya desnudo y con la mandíbula temblando. No sé a cuántos grados estamos y no sé si existe la fiebre inversa, pero si existe, yo

la estoy teniendo. Piso la ducha y el suelo húmedo y helado me da escalofríos.

Abro el grifo y llevo la manecilla al máximo de temperatura por si acaso Endesa tiene algo de compasión en estos días de otoño. El agua sale igual de fría a como saldría con la manecilla al otro lado. Dirijo el chorro a la pared y las gotas que me rebotan se sienten como agujas.

Me ametrallo los pies y voy subiendo, esquivo la ingle y paso directamente a la nuca. Me alivia pensar que nunca una colleja me dolerá tanto. El peor dolor de mi vida ya lo he sentido. El agua me baja por la espalda y me hace encorvarme. Con la barriga no me atrevo, demasiado sensible. Me mojo el pelo y tengo la cabeza tan fría y abro tanto los ojos que me noto más presente que nunca.

Entro a clase con la cara más fresca que nadie. Ya casi no se habla de lo guay que fue el cumpleaños de Lucía Bermejo. Eso me alegra. No es que me pusiera triste no ir, pero estaban todos tan contentos que como yo era el menos contento, me sentía triste.

Se ve que Miquel Aguirre o Toni Delgado mezclaron las aceitunas rellenas de anchoa con las aceitunas con hueso. La abuela de Lucía Bermejo iba confiada a comerse una aceituna rellena de anchoa y el hueso le descolocó la prótesis dental. Fue el mejor momento de la tarde.

Se ve también que luego hubo fiesta de pijamas y los que se quedaron jugaron a ese juego de darse besos, decir verdades o retarse a algo. Pienso que lo mejor para mí ha sido no haber ido

porque yo no tengo pijama; de pijama uso ropa vieja, mi pijama como tal no existe.

Aina Campaner se pasea repartiendo exámenes corregidos y va diciendo algo de que hay que ponerse las pilas. De todos modos, la época de las comuniones fue mucho más agresiva. Esas sí que eran buenas fiestas. Se ve que les daban dinero y hasta había castillos hinchables. Menos mal que solo la hacen una vez en la vida. No sé si podría soportar todos los años lo de no ir a las comuniones. Aina Campaner advierte que se va acercando el fin del trimestre y que no hay que confiarse. Y teniendo en cuenta nuestra política familiar de asistencia a cumpleaños, ni quise plantearle a mi padre lo de las comuniones porque no estoy loco. Aina Campaner deja un 3,7 sobre mi pupitre. Hay dibujada una cara enfadada cerca de la nota. Es que exactamente esta es la misma cara que hubiera puesto mi padre con lo de las comuniones, menos mal que no me invitaron.

Caminando a casa con el estómago medio vacío y la mochila llena de libros. Libros que hacen viajes de ida y de vuelta y que a veces ni salen de la mochila. Regreso a casa por rutas en las que es más difícil encontrarme a mi madre limpiando algún balcón.

Ya me había acostumbrado a que vinieran los marroquíes un día a la semana. Lo llevaba bien, me había adaptado. De hecho, me empezaba a comer el bocadillo en las escaleras y así, para cuando llegaban, ya casi me lo había terminado.

Sí que me llamó la atención que últimamente se empezara a coquetear con la violencia física. La violencia no física la llevo bien.

Pero la verdad es que estas semanas ha habido algún empujón que no me ha hecho gracia.

Hoy se ha superado el límite. Cuando sonó el timbre, el líder aprovechó el barullo para cogerme del cuello del jersey y hablarme muy de cerca. Volví a no entender lo que me estaba diciendo. Empiezo a pensar que eso mismo es lo que les molesta.

Uso el mechero de mi padre para encender las velas que se han ido apagando. Me deja en las manos una peste a tabaco que no me gusta, pero que no puedo parar de oler.

—¿Qué tal el instituto?

—Bien.

—¿Te han dado alguna nota?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Bien, no sé.

Le acerco el mechero a las manos. Me llevo los dedos a la nariz y los huelo.

—¿Cuándo vuelve la luz?

—No lo sé. Más o menos dentro de dos o tres días, como siempre.

Me tiro un rato mirándolo a la cara mientras está tumbado.

—¿Cuántos años tienes?

—¿Yo? Cuarenta y ocho o cuarenta y nueve. ¿Por qué?

—Por saber.

Él no lo sabe, pero al hacerse oscuro las paredes ya empiezan a verse naranjas. De pronto, mi padre se incorpora y se queda escuchando.

—Ahí llega tu madre.

Pasa un rato hasta que oigo a mi madre subiendo las escaleras corriendo. Abre la puerta y saluda con alegría. No es que traiga buenas noticias, es que ella siempre llega así de enérgica. Ella misma y su llegada son las buenas noticias. Deja un dinero en la mesa y le da un paquete de tabaco a mi padre.

—Pregúntale tú, a mí no me ha dicho nada.

Él le dice algo que no entiendo y entonces mi madre se dirige a mí.

—¿Qué tal el instituto?

—Bien.

—¿Te han dado alguna nota?

—Sí.

—¿Qué has sacado?

—Un tres con siete.

El dato cayó como una ducha de agua fría. Quise ponerme a hacer los deberes a la luz de las velas, a ver si así me ganaba de nuevo su cariño. Pero no sabía muy bien qué deberes tenía que hacer.

Cenamos a la luz de las velas y cuando me fui a dormir escuché que hablaban en la cama. Busqué la Game Boy para desahogarme, pero no estaba en su sitio.

Me tumbo y me tapo y por costumbre aprieto el interruptor de la lamparita. Me acuerdo de que no hay luz, así que lo pulso de nuevo. Entre el cansancio y lo de mis padres y que no encontré la Game Boy, no estuve atento y ahora no sé si la luz está en encendido o en apagado.

8

19 de noviembre de 2005

El sábado ha empezado bien; hace sol y en lo que llevamos de mañana no he discutido con mis padres. Estas últimas semanas hemos chocado cada tres días, aunque hoy hace cuatro de la última y confío en que ya hemos pillado velocidad de crucero.

Lo malo es que desde que no tengo la Game Boy solo me queda jugar con la pelota. No me divierte tanto, pero tampoco me deja los nervios de la consola. Recuerdo una noche en verano que jugué hasta las tres de la mañana y luego no pude dormir porque sentía que me latía la cara.

Así que aquí estoy, frente al portal, chutando la pelota cuesta arriba. No necesito a nadie para jugar porque vivimos en una cuesta. La gravedad es mi amiga, la pendiente me devuelve el balón.

Mi padre está echando humo por la nariz. Me alivia cuando es por tabaco y no por mí. Cuando fuma, se le van los nervios que le vienen por no estar fumando. El otro día, discutiendo, fantaseé con quitarle el cigarro de la boca. No lo hice porque no estoy loco, pero lo pensé, así que un poco loco sí que estoy.

Bartolomé está sentado en el escalón del portal sujetando un periódico. Como cada sábado, van comentando las noticias.

—Atiende, Mohamed: «España supera los cuarenta y cuatro millones de personas», qué te parece.

—¿Antes cuántos éramos?

—Al menos cuarenta y tres.

—¿Y en el mundo entero cuántos somos?

—No tengo ni idea, miles de millones. Cinco mil millones o por ahí. La mitad chinos y la otra mitad indios.

—No me salen las cuentas.

Dejo de chutar la pelota porque necesito saber cuántos ceros hay en cinco mil millones. Por mucho que me estruje el cerebro, no logro llegar a una conclusión porque las matemáticas no son lo mío.

—Mucha gente, Moha. No cabemos todos.

Le meto un patadón a la pelota que tengo que salir corriendo detrás de ella antes de que llegue a la otra calle y la atropelle un coche. Son las 10 y 43 de la mañana y no podría soportar un fin de semana sin Game Boy ni sin pelota. Corro, pero no tanto como me está exigiendo el balón. No voy a llegar, así que empiezo a desesperarme. Me falta el aire y le echo la culpa a mi padre porque mis pulmones vienen de los suyos. La frente me rompe a sudar. Mientras los niños están en fútbol yo estoy en la cama y por supuesto que eso pasa factura. Noto pinchazos en el pecho y cuando estoy a punto de rendirme percibo la silueta de mi madre girando la esquina. Lleva una garrafa en cada mano y, aun así, le mete un patadón a la pelota que me obliga a saltar para cogerla al vuelo.

—Como Ronaldinho.

Lo dice admirándose a sí misma. Me siento en la pelota para recuperar energías. Respiro fuerte. Ella llega hasta el portal y los tres hablan alto y al mismo tiempo, que es algo que hacen mucho los

adultos. Es como si fueran capaces de escuchar mientras hablan, cosa que a mí no me ocurre todavía. Si entran palabras, no pueden salir palabras. Bartolomé le ofrece ayuda para llevar las garrafas y mi madre le vacila levantándolas como si fueran pesas de gimnasio. Se va escaleras arriba.

—«Terroristas suicidas matan a ochenta fieles en dos mezquitas de Irak».

—Ayer, sí.

—El terrorismo qué, Mohamed, cuándo se va a terminar eso.

—Dicen que en febrero.

—Ah, ¿sí?

—Sí, en febrero se acaba el terrorismo ya. Lo han dicho en la tele.

—¿Qué dices?

—Y el racismo en marzo.

No sé de qué se ríen porque tampoco tengo un sentido del humor adulto. Los miro para ver si pillo algo, ya que me gustaría reírme yo también, y entonces Bartolomé me caza con la mirada.

—¿Y tú qué tal el cole?

Por cómo lo dice se nota que mi padre y él han estado hablando de mí a mis espaldas.

—Bien.

Mi padre echa humo al aire; lo miro y en su cara veo seriedad. Vuelvo a jugar con la pelota para no levantar más sospechas.

—No me repitas curso que te vienes conmigo a limpiar mierdas de caballos.

Bartolomé señala a mi padre con la cabeza en un gesto que solo él y yo hemos visto, como si intentara decirme algo sin que se entere. Finjo una risa para quitarle hierro, pero no logro que me

salga natural y acaba saliendo de mi boca un ruido ridículo que no significa nada. Ha sido suficiente como para cortar la conversación. Mi padre se apaga el cigarro en la palma de la mano. La ceniza cae al suelo.

Terminándome la ensalada de tomate, cebolla y atún. Demasiada cebolla para mi gusto, pero el tomate está rico, así que me conformo. El atún me tiene rayado porque hace unos días descubrí que no sé qué forma tiene en la vida real. Solo lo conozco en su forma en lata y ya soy demasiado mayor como para preguntárselo a alguien. Supongo que es una duda con la que aprenderé a vivir.

Los peces no me interesan, no son bonitos. Me repugnan bastante los peces. Están siempre mojados y me da asco el movimiento de su boca al respirar, me desespera que no paren de mover así la boca en toda su vida. Encima huelen mal, no siento pena por ellos. Sé que no soy un monstruo porque hay animales por los que sí siento pena.

Desde el año pasado, los corderos sí que me dan pena. Desde la última fiesta del cordero.

Hasta entonces, para mí siempre había sido una fiesta interesante. Vienen amigos de mis padres a casa, me dan algo de dinero, me pongo ropa nueva, la comida está muy rica y no voy a clase. La casa se llena de familia, jaleo y música (así es como me imagino que tiene que ser la Nochebuena). Todos se alegran de verme, me preguntan cosas y me dan conversación. Mis padres están felices y me abrazan por la mañana. La casa es una alegría.

Unos amigos de mi padre llegan con un cordero y lo suben a la azotea. Sé que van a convertirlo en comida, pero están todos tan

alegres que no parece que sea algo malo. Subo y acaricio su lana, le rasco el vientre. Aunque nunca le pongo nombre para no encariñarme, el tiempo que paso con él ya es suficiente como para que me ponga triste que lo vayan a matar. En el momento del sacrificio siempre hago como que voy al baño y así me evito el mal rato. Pero el año pasado no conseguí escaparme.

Estaba yo contando hasta ocho en inglés para hacerme el chulo con una amiga de mi madre y, sin darme cuenta, el ritual había comenzado. Se hizo el silencio y unos amigos de mi padre se acercaron al animal. Uno lo agarró por la cabeza, otro le sujetaba las patas. El de la cabeza rezó algo que no entendí y con un cuchillo afilado le hizo un tajo en el cuello. Empezó a salir sangre y más sangre. Mi garganta creció y ocupó todas las paredes de mi cuello y no me entraba el aire. Su sangre iba llenando un cubo. Sentí presión en los ojos. El cordero gritaba en su idioma de cordero. Primero desesperado, luego lamentos débiles y poco a poco fue aceptando su destino. Se murió mirándome. Mis ojos fueron lo último que vio el cordero sin nombre. Yo me quedé a vivir en su retina y él en mi memoria.

Otra vez se me ha ido el hambre. No sé qué hora es porque mi padre se ha quedado dormido. El tío ronca hasta en la siesta, es increíble lo de este hombre. Ronca tan fuerte que seguro que lo escuchan desde la calle.

Mientras mi madre ve una telenovela, yo llevo un rato escribiendo el número cinco mil millones y calculando cuántos ceros tiene. Vale, esto es muchísima gente en el mundo.

Hasta hoy no me había planteado la posibilidad de repetir curso. Si lo pienso un rato, siento el mismo hormigueo en los brazos que cuando bebo mucha Coca-Cola. Me da miedo estar con niños más pequeños porque cuando se ríen de ti es más humillante.

En el mundo hay cinco mil millones de personas y yo no soy ni de los inteligentes ni de los que tienen dinero. Si nos pusieran en fila a todos, yo estaría de los últimos. Bueno, estaría antes la pobre gente de África, pero después inmediatamente yo. Mis padres quedarían lejísimos, millones de personas por delante. Ella es fuerte y sabe hacer cosas y él tiene amigos y piensa rápido. Yo soy flojo, no sé hacer cosas, no tengo amigos y no sé ni cómo son los atunes.

—Mamá.

—Qué.

—¿Somos africanos?

—Y con orgullo.

Joder.

9

5 de diciembre de 2005

Hace ya unos minutos que sonó el timbre y bajaron todos.

Me quedo en clase porque la profesora Aina Campaner quiere hablar conmigo. Me da miedo imaginarme a solas con ella, pero prefiero esto que bajar al patio y quedarme sin bocadillo.

Me apoyo en la ventana y disfruto de unas vistas de águila. Desde aquí veo a mis compañeros jugando a la lata y también a los marroquíes en su esquina. Parecen hormigas, sí, unas hormigas que sin duda pueden conmigo, que tienen el poder de paralizarme y echarse mi comida a la espalda. Me escondo detrás de la cortina para que no me vean.

Desde aquí también veo el sitio en el que me siento yo. No hay nadie. Es como estar ante una realidad alternativa en la que yo nunca nací. O en la que no voy a este instituto y voy a otro. O en la que mis padres nunca tuvieron que dejar su tierra para venir a la mía.

Llega Aina Campaner con una bolsa de galletas y tomates pequeños. Sospecho que son tomates cherris, los he visto alguna vez en el supermercado. Nunca los he probado porque son más caros que los tomates normales.

—Abde, ¿qué tal estás?

—Bien.

—Quería hablar contigo porque estoy algo preocupada por tu rendimiento.

—Ya.

—He estado revisando tus notas de otros años. Nunca te había ido tan flojo.

—No.

Se sienta en una silla de alumno y hace un gesto con la mano proponiéndome que tome asiento yo también.

—En lo que llevamos de curso hemos hecho doce exámenes. ¿Tienes idea de cuántos has aprobado?

—Cuatro o cinco.

—No, dos.

—Mierda.

No he podido evitar decir la palabrota. No he pensado antes de hablar. Es como si la palabra hubiera aprovechado para escaparse cuando salía el aire de mis pulmones.

—Cuida tu vocabulario.

—Perdón.

—Abde, tienes que ponerte las pilas.

—Ya.

—A estas alturas ya no puedes salvar el trimestre.

—Ya.

—De diez asignaturas, seguramente vayas a suspender ocho.

—Joder.

—Cuida tu vocabulario.

—Sí.

Miro al suelo, a la mesa, a alguna mochila. Intento mirar a cosas que estén por debajo.

—Tendrás que ponerte las pilas y compensarlo en el segundo trimestre.

—Ya.

—Porque si sigues así, podrías repetir curso.

Ha esperado a que mis ojos miraran a los suyos para decir las últimas tres palabras. Entiendo que son las importantes y que todo lo anterior venía preparando ese mensaje.

—¿Qué tal todo en casa?

—Bien.

—¿Tienes algún tipo de problema o conflicto en casa?

—¿Problema?

—Sí, o si tienes alguna preocupación en tu casa.

—No.

—Algo que cuando pasa dices «ay, es que así no se puede hacer la tarea».

—No.

Esta tiene que ser la parte informal de la conversación, porque ella ha abierto su bolsa de tomates y se los empieza a comer.

—¿No? ¿Seguro?

—Bueno, a veces se va la luz y si es de noche ya no veo la tarea. Pero mi madre saca unas velas y algo apañamos.

—¿Hay cortes de luz en tu casa?

—Sí, las facturas son lo último que se paga.

—¿Hay meses que no se paga la luz?

—Sí, porque lo primero es mi educación, después la comida, después el tabaco y después la luz.

—¿Qué tabaco?

—A mi padre le gusta fumar mucho. Se apaga los cigarros aquí, tiene un callo y todo.

Le señalo orgulloso la palma de la mano.

—¿Qué traes de almuerzo?

—Bocadillo de queso.

—Buen provecho.

—Igualmente.

Se pone de pie y levanta la silla para colocarla en el pupitre.

—Bueno, para lo que queda de patio no hace falta que bajes.

—Vale.

—Ponte a ello, todavía puedes pasar de curso.

—Vale.

Agarra sus tomates cherris y se va. Vuelvo a mirar por la ventana y observo ahora a los de 6.º de primaria. Son niños todavía. No tengo por qué temerlos. Un grupito de cuatro o cinco jugando al pillapilla. Corren y ríen con una inocencia que ya no tengo. De pronto suena el timbre y el que la lleva recibe una tremenda lluvia de collejas que desde aquí arriba se ve mortal.

Todavía no es invierno, pero ya hace frío de invierno.

Me gusta volver a casa caminando porque así veo las decoraciones navideñas en los balcones. No me atraen en plan religioso, en casa somos musulmanes. Pero reconozco que es fácil creer en algo cuando te lo venden con villancicos y todas las calles brillan.

De pequeño sí que llegué a creer en la Navidad. Mi padre se dio cuenta y un día me sentó en el sofá y me dijo: «Abdu, Papá Noel no

existe. Es un invento de los cristianos, nosotros somos musulmanes».

Yo le dije que sí que existe porque muchos niños reciben regalos. Entonces me confirmó lo que ahora ya sabemos, que Papá Noel son sus padres y sus madres. Yo tenía seis años y no supe qué decir en ese momento. Pero a los pocos días senté a mi padre en el sofá y le dije que, si Papá Noel eran los padres, por qué mis padres no me habían hecho regalos.

—Para que no quisieras ser cristiano.

—Quiero mis regalos.

—Ya te damos regalos el día de la Pascua.

—Me da igual. Quiero un regalo ahora porque todos los niños tienen regalos y yo quiero jugar con algo nuevo.

Fuimos a la tienda esa misma tarde y vi a un montón de padres comprando regalos para sus hijos. Mi padre tenía razón. Yo era el único niño ahí. Elegí un triciclo verde con los pedales naranjas que iba rapidísimo.

Recuerdo que el dependiente les dijo a mis padres: «¿Lo envolvemos?». Y les guiñó el ojo. Mi padre, que no vio el guiño, le respondió muy contundente: «No. Mi hijo sabe la verdad». Se oyeron murmullos en la cola. Había padres que me miraban y que cuando yo los miraba dejaban de mirarme.

Salí de la tienda conduciendo mi triciclo. El aire frío me hacía daño en la cara, pero me daba igual. Me sentía afortunado, pues tenía mi regalo antes que nadie. Al día siguiente fui a clase y quise ayudar a todos mis compañeros. Les dije que sus padres eran Papá Noel y que, si hacían lo mismo que yo, tendrían sus regalos antes.

Ninguno se lo tomó como una ayuda. A algunos los confundí, a otros los enfadé, y en general a todos los puse tristes. Pasaron semanas sin que nadie me hablara.

El último día antes de las vacaciones ocurrió algo que lo cambió todo. El profesor estaba escribiendo en la pizarra y paró de hacerlo cuando se oyeron jaleos en la clase de al lado.

Estuvieron quince minutos gritando, celebrando.

Entonces un niño señaló a la puerta y dijo: «¡Es Papá Noel!». Estaba ahí, al otro lado de la puerta. Había venido a vernos el mismísimo Papá Noel, se había pasado a saludar. Si él existía y, por tanto, mi padre no tenía razón, eso quería decir que toda mi familia y yo estábamos muertos. Que mis antepasados se equivocaron eligiendo religión y que ahora íbamos a ir todos al infierno.

Cuando llegué a casa le dije a mi padre que Papá Noel sí que existía. Que yo lo había visto con mis propios ojos y que él no lo había visto porque era ciego y que por su culpa íbamos a morir. Se lo tomó a risa. Con los años entendí que Papá Noel no existe y que aquel que vino a la escuela no era más que un farsante. En clase de religión a veces hablan de la segunda venida de Cristo, pero yo ya tengo claro que, si algún día aparece Cristo al otro lado de la puerta, seguramente sea un profesor disfrazado.

Llegando a casa, mi madre me saluda alegre desde el portal. Mi padre gira la cabeza más o menos hacia la dirección en la que me encuentro. No voy a decirles nada porque todavía no es algo seguro que vaya a suspender ocho asignaturas de diez.

10

19 de diciembre de 2005

De fondo se repite sin parar la melodía de una máquina tragaperras y unas manos que aprietan con ansia los botones de plástico. Ruido de monedas chocando con metal. Muchas voces se mezclan en el mercado de aquí enfrente: media calabaza para un puré, por favor; buenos días por la mañana, Encarni; qué pena lo de Paco, tan joven; de un infarto, sí; te los dejo a 2,40 euros mi reina; escucha, de chirimoyas ya no es tiempo, ¿no?

El aire fresco que me da en la cara se calienta con el humo que sale de mi boca. Una taza de porcelana aterriza en la mesa de aluminio.

—Marchando el cortado.

—Gracias, Manolo.

Está tan caliente que al beberlo me arde en la garganta. Gente caminando de aquí para allá, pasos que se acercan por un oído y se alejan por el otro, una cucharilla removiendo una taza, dos periódicos hojeándose y voces que llegan de dentro del bar: vaya señor gol el de Eto'o anoche; a ver, contra el Cádiz, qué quieres que te diga…

Se acerca a mí una silla que alguien arrastra contra la acera. No hace un esfuerzo en levantarla, o puede que la arrastre precisamente para que yo lo escuche.

—Felices fiestas, Mohamed.

—Hombre, Ferrer, igualmente.

—El sábado ya es Nochebuena, ¿vais a cenar en familia o qué?

—Qué va, nosotros no lo celebramos.

Ferrer tiene el tono de voz alto y contundente. Una voz que sale con la potencia de tres pulmones. Así es como hablan los agentes de la autoridad. Siempre que nos cruzamos le hago la misma pregunta:

—¿Qué tal todo por comisaría?

—Un jaleo de locos, como siempre. Faltan policías y sobran ladrones.

—Ya.

El vocerío del bar suena cada vez más fuerte, así que tengo que acercar la oreja hacia él para entender todo lo que dice.

—Tú, Mohamed, ¿cuánto llevas jubilado?

—Unos cuantos años.

—Todavía estás en edad de trabajar, ¿no?

—Sí, pero tuve unos problemas de corazón. Además de la incapacidad.

—Ya.

Puede que él no se haya dado cuenta, pero ha bajado el volumen y habla más flojo.

—A ver, es que te quería comentar un tema que llevamos pensando un tiempo.

—Dime.

—De vez en cuando a comisaría llegan chavales marroquíes, argelinos…

—¿Llegan ellos?

—Bueno, es un decir. Los pillan robando unos melocotones, llevando marihuana encima, ya sabes.

—Yo no sé nada.

Me llegan los ladridos de dos perros que se han encontrado a dos calles de aquí. Intento no distraerme.

—Muchas veces, los chavales no hablan el idioma. Para esos casos, en los juzgados de instrucción cuentan con un traductor oficial, pero, claro, la mayoría de las veces estas cosas no llegan a juicio.

—Ya.

—Además, que el tipo vive medio lejos y hay días que le mareamos por dos tonterías.

—Pero es su trabajo, ¿no?

—Sí, es el único en esto y se aprovecha. Y creemos que, bueno, que nos iría bien de vez en cuando poder contar contigo.

—Hombre, tendré que pensarlo.

—Tú piénsatelo.

Con unos gestos rápidos, coge, abre, cierra y deja mi cajetilla de vuelta sobre la mesa.

—Pensaba que sobraban ladrones.

—Me debías uno, estamos en paz.

La silla vuelve hacia su mesa, esta vez sin arrastrar.

—Ferrer.

—Dime.

—Marihuana se dice *kif* y melocotones *juj*.

—Dale una vuelta.

El café se ha templado y dejo de tomarlo porque si no arde no me entra. Cuando uno se acostumbra al dolor, las cosas que no duelen saben a poco. A quien le gusta el picante cada vez quiere más picante, y el que ve películas de miedo cada vez necesita más sustos para sentir algo.

En mi caso, yo no me fui acostumbrando poco a poco a un terror cada vez mayor. Desde el principio ya me ardía al tragar. Nunca he visto películas de miedo, pero he vivido unas cuantas. Y en lugar de rezarle a Dios para que me aflojara el cinturón, mi forma de rebelarme fue siempre elegir los caminos más difíciles, la incertidumbre. Demostrar que nunca le temí a nada, porque solo los que ven tienen miedo a la oscuridad.

Se me aparece la voz de Bartolomé.

—Qué, Mohamed, ¿te acompaño a tu casa?

Consulto la hora en mi reloj. Son las once y treinta y dos de la mañana.

—Sí, vámonos.

Ya de pie, busco en mi bolsillo una moneda de un euro y la dejo sobre la mesa. Bartolomé me agarra del brazo. Su mano está caliente, huele a cuero y a sudor. Antes de irnos, se dirige a los borrachos del bar.

—Y vosotros, haced algo por una vez y vigiladme la tienda mientras no estoy.

Desde la barra gritan lo de siempre:

—Ahí llega el perro lazarillo.

—¡Cómprate un bastón, Moja!

Para qué quiero bastón si no estoy cojo.

Un villancico en la radio de algún vecino invade mi cabeza y no me deja pensar. Una cultura que no es la mía se cuela en mis pensamientos. Me lo sé de memoria. Llevo tantos años lejos de casa que no quiero ni imaginarme qué recuerdos habré perdido para guardar el de los peces en el río. Yo, que casi no recuerdo cómo son los peces y lo único que conozco de ellos es su olor, el sabor y el tacto, me he acostumbrado a todo en esta vida menos a perder la costumbre.

Oigo cómo suben por las escaleras ella y el niño. Hay disgusto en una voz y miedo en la otra: «Verás cuando se entere tu padre». «Pero después de comer, por favor». Al entrar por la puerta esconden los tonos, fingen, me doy cuenta. Ella se da cuenta de que me doy cuenta.

Una vez que mi hijo ya ha comido, mi mujer me lanza una información frente a él: el niño tiene que decirnos algo. Entonces abre la cremallera de su mochila, remueve libros y papeles y se acerca poco a poco a mí. Me entrega un papel que intuyo son las notas. Él mismo se encarga de leerlo. Le tiembla la voz anunciando que le ha ido mal en ocho asignaturas. Enseguida le respondo.

—¿Qué? Pero cómo que ocho.

—Mi niño, ¿qué te ha pasado?

Ella elige preocuparse desde la compasión, yo desde la rabia.

—Tú quieres repetir curso o qué.

—Pero Abde, una o dos es lo normal. ¿Por qué tantas ahora?

—Yo es que no sé ni qué hacemos aquí ya. Ya está, después del verano volvemos a Marruecos.

—*No le digas eso.*

—*Si no es así, no estudia.*

No responde. No se mueve. No sé dónde está, lo cual me pone más nervioso todavía.

—Hijo mío, ¿tienes algún problema en el instituto?

—No sabes hablar o qué.

Este último grito me hace sentir un pinchazo en el pulmón derecho. Con la mano en el costado, le digo:

—Ya está, te has quedado sin tu regalo de Navidad.

Y por primera vez en lo que llevamos de mal rato, decide gritar encorajado desde el lado contrario del salón al que me estaba dirigiendo yo.

—Qué regalo, si seguro que no me habéis comprado nada.

El niño sale corriendo por el pasillo y se encierra en su habitación. Ella va detrás. Yo me quedo aquí de contrapeso.

El ruido de la calle, del barrio, se cuela a través de la persiana, a través de la ventana, y entra y rebota en las paredes del cuarto rellenando el silencio.

—*No ha hablado en todo el día.*

—*El pobre está triste.*

—*¿Por lo del regalo?*

—*No, por lo de volver a Marruecos.*

—*Eso lo dije para asustarlo, nada más.*

—*Pues se ha asustado.*

Todavía me dura el último café del día, así que me incorporo en la cama.

—Yo no sé a quién ha salido el niño este.

—A ti, tiene tus nervios.

—Bueno, se ha puesto a correr igual que tú.

—Tiene tu cara.

Su mano áspera me acaricia la mejilla. Su voz se va apagando y le saco conversación para que no se duerma.

—Una vez me dijo que los hombres se mueren antes que las mujeres.

—Lo habrá visto en la tele.

—Por cierto, hoy se ha muerto Paco.

—¿El de las avellanas?

—Sí, qué pena.

Son las nueve y dieciocho minutos de la noche. Me quito el reloj y lo dejo en la mesita. Al estirar el brazo noto una molestia en el costado y me llevo la mano a esa zona.

—Te tocas mucho ahí. ¿Te molesta?

—Un poco, es de subir las escaleras.

—Tendríamos que volver al médico.

—Ah, que no te dije lo de Ferrer esta mañana.

—¿El policía?

—Sí.

—¿También se ha muerto?

Esto último, que no tiene sentido, lo dice ya casi dormida. Me quedo esperando a que su respiración sea más profunda para entonces salir a fumar el primer cigarro de la noche.

11

25 de diciembre de 2005

No sé si es Nochebuena o Navidad, siempre confundo estas fechas. Lo único que tengo claro es que no lo celebramos. No es que mis padres me tengan prohibido cantar villancicos, de hecho el de la burra rin rin hasta me parece una buena canción, podría sonar el resto del año sin problema. Solo que aquí no hacemos cenas ni comidas especiales.

Cuando salgo a la calle, aprovecho para respirar lo que puedo de espíritu navideño: las luces, los árboles, las decoraciones… porque en casa huele a un domingo normal y corriente.

Es raro saber que, menos tú, todo el mundo está cenando en familia y comiendo en familia y poniéndose borrachos en familia. Lucía Bermejo contó en clase que a ella le gusta cuando sus padres se ponen borrachos en Navidad porque vuelven a tratarla como lo hacían hace tres años.

Sé que en estas fechas no todo es bueno. En la tele dijeron que en las cenas de Navidad se discute mucho. Esta semana en casa hemos discutido mucho debido a mis notas. Eso me alegra porque, si discutimos, quiere decir que algo de Navidad estamos celebrando.

Mi padre se ha dormido sobre el mando de la tele y al moverse ha subido el volumen tan de golpe que se ha despertado sobresaltado.

En el telediario comentan que el precio del marisco está por las nubes. El otro día dijeron que te puedes morir si comes mucho marisco. No lo dijeron del todo así, dijeron que si comes demasiado marisco te puedes enfermar de la gota. Me alegra que ni mis padres ni yo estemos bajo el peligro de la gota. Entiendo que la gota será una gota de marisco que se te mete en las venas y te llega al corazón, aunque me gusta imaginarme una gran gota cayendo del cielo sobre mí. Me gusta imaginarme a Dios mandando una gran gota de agua, o de su propio sudor, sobre todo aquel que cometa el pecado de comer mucho marisco. Esto sería algo que Dios haría. A veces se comporta como un buen demonio.

—Papá.

—Dime.

—¿El año que viene podemos poner un árbol?

—¿Estás mal de la cabeza? Eso es cosa de cristianos.

—¿Los árboles son cristianos?

—No. Pero meter un árbol en casa por estas fechas sí.

—¿Y si lo ponemos en junio?

—Tampoco. Nosotros somos musulmanes veinticuatro siete.

—Vale.

—Los musulmanes no metemos árboles en casa.

—Vale.

Creo que no es muy inteligente por parte de nuestro Dios desear que no metamos árboles en casa. Eso significa que él estaría reconociendo no ser el único dios, que hay otro que se quedó con los árboles sin que él pudiera hacer nada, que hemos perdido. La

verdad es que en estas fechas me jode estar en el equipo de los perdedores.

12

31 de diciembre de 2005

Estoy muy contento de poder meter uvas en la cesta de la compra.

Hace unos días negocié con mi padre la celebración de Nochevieja. En años anteriores esta era una noche muy triste para mí. Me imaginaba (y escuchaba) a todas las familias cenando y bailando y poniéndose borrachos. A medianoche explotaban fuegos artificiales y gritos de alegría. La gente ya estaba en el nuevo año disfrutando y nosotros seguíamos en el pasado.

Otras veces yo ya había intentado celebrarlo a escondidas. Un año guardé doce uvas bajo mi almohada y cuando sonaron las campanadas de la iglesia me las fui comiendo una a una. Pero al terminarlas no sentí que hubiera cambiado de año. Me di cuenta de que necesitaba saltar con alguien, soplar un matasuegras, ponerme una peluca.

Lo de celebrar las uvas ha sido un terreno que no me ha costado ganar. Le dije a mi padre que el año se terminaba para todos por igual. Él me dijo que los musulmanes estamos en otro año. Entonces le pregunté que en qué año estábamos y no supo responderme. Gané.

Sospecho que él no sabe tanto de religión como me hace creer.

Mi madre mete unas aceitunas en la cesta y yo una bolsa plateada de accesorios divertidos.

Me gusta hacer la compra juntos. Suelo respetar el carro y no añado nada que no podamos permitirnos a nivel económico. Mi madre incluye unos cacahuetes bañados en chocolate, yo un sucedáneo de Coca-Cola. Pasamos por el pasillo del alcohol y fantaseo con poner a mis padres borrachos sin que se den cuenta, para ver si es verdad que así te quieren igual que te querían hace tres años.

Me quedo mirando orgulloso la mesa que acabo de preparar. Platos varios con patatas fritas, frutos secos y una manzana cortada; tres vasos de sucedáneo, tres con agua y otros tres con doce uvas cada uno. Coloco el cotillón sobre la mesa y guardo el matasuegras en mi bolsillo, listo para las doce. En la tele hay un programa en el que salen famosos bailando. Mi padre aprieta el botón del reloj y este le dice que son las ocho y veinticuatro de la tarde.

—Ya queda menos.

Me hace gracia, porque se toma las últimas horas del año con actitud burocrática. Lucha por no respirar ni un gramo del espíritu navideño que hoy se ha colado en casa. Me encargo de llevarle un cuenco con cacahuetes para mantenerlo distraído.

Mi madre se lo toma de una forma más alegre. Se ha llevado la radio a la cocina y ha puesto un casete que mezcla canciones de Bertín Osborne con canciones de Said Mariouari, un artista marroquí que la hace bailar. Desde aquí se oye el crepitar del aceite friendo la tortilla.

Son las diez y cuarenta y nueve minutos de la noche. Momentos críticos; mis padres hace dos horas que tendrían que estar durmiendo y se les nota. Mi madre está tumbada en el sofá peleando contra el sueño. Está a punto de perder.

Mi padre, que permanece sentado, sin él saberlo, se ha quedado con los ojos clavados en una araña del techo. La araña observa a mi padre en un duelo de miradas. Les llevo vasos de refresco para que se espabilen. Obligo a mi madre a incorporarse.

—Vamos, solo queda una hora de año.

—¿Podemos tomar las uvas ahora?

—No.

Son las once y cincuenta y siete minutos de la noche. Ha llegado el momento de subir el volumen de la tele y repartir el cotillón. Mi madre se pone unas gafas de fiesta y una nariz de payaso. A mi padre le coloco una peluca verde que si viera cómo le queda entendería lo divertida que es esta noche. Le pego unas sopladas cortas al matasuegras para comprobar que está operativo.

Mi padre se pone en pie. Hace rato que me pidió su vaso de uvas y me acabo de dar cuenta de que se ha comido unas cuantas a escondidas. Su estrategia consiste en agachar la cabeza un poco y llevarse la mano a la boca como para rascarse, y ahí se las come. No me molesta. Ramón García y Anne Igartiburu nos explican cómo tomarlas correctamente. Los miro sonriendo como esperando de ellos una mirada de aprobación.

—Venga, que ya queda poco.

Corro al baño a mear. La última meada del año me sale oscura de la cantidad de Coca-Cola que he tomado. Me miro al espejo y ya se me había olvidado que llevo un collar hawaiano en el cuello. La cara que tengo hoy es la que me gustaría que saliera en la orla escolar.

—Abde, ven, corre. ¡Ya empieza!

Ya están sonando los cuartos y como a mi padre no le quedan uvas, mi madre le pone unas cuantas en el vaso.

«Y ahora, las campanadas».

Ramón García da paso a las campanadas. Con las tres primeras consigo llevar un ritmo de a uva por campanada, pero a partir de la sexta se me empiezan a acumular en los mofletes. Mi madre se las termina todas en la octava y empieza a celebrarlo como si fuera la primera persona en 2006. Me da risa que se lo haya tomado como una competición. Echa una serpentina al aire que no acaba de desenrollarse y cae seca contra el suelo, pero ella lo festeja igual.

«Feliz 2006, muchas felicidades a todos».

Ramón y Anne se abrazan, y nosotros, imitándoles, nos abrazamos los tres. La euforia de la tele traspasa al salón y los fuegos artificiales de la calle nos empujan a saltar y desearnos un feliz año nuevo. Le meto un soplido al matasuegras que asusta a mi padre. Saco el repertorio de comentarios graciosos que estoy seguro de que ellos nunca han escuchado.

—Ay, Dios mío, no me ducho desde el año pasado.

Mis padres se mean pensando que soy así de ingenioso. Mi madre me abraza y me besa en la mejilla y mi padre se tiene que agarrar el costado de la risa. Nos deseamos un feliz año nuevo otra vez. Mis padres están apoyados el uno en el otro del cansancio, están borrachos de sueño.

—Bueno, yo voy al balcón, que no fumo desde el año pasado.

Abre la puerta y el ruido de los fuegos artificiales se intensifica. Enseguida la cierra para que no entre el frío. Lo veo ahí, a través del cristal, fundido en el cielo brillante. Mi padre se convierte en una silueta, forma un paisaje, una postal, algo divino. El reflejo de las luces del salón en el vidrio lo convierten en semitransparente, como si a ratos desapareciera.

Mi madre se ha quedado dormida con la nariz de payaso puesta.

Yo empiezo el año sintiendo que me quieren como hace tres años.

13

Julio de 2022

La ola de calor no me deja seguir durmiendo. Son las siete y cuarenta y tres y ya estoy envuelto en una capa de sudor fina y pegajosa.

Doy un primer sorbo a mi café americano. Es americano porque ni a mí ni a mi compañera de piso nos queda leche. Permanezco con la mirada perdida en el móvil, que está apoyado en la taza que ha dejado Agustina en la mesa antes de irse a trabajar.

La vibración de una videollamada tumba el teléfono de espaldas. Un plano muy cercano de la cara de mi madre ocupa toda la pantalla.

—Qué pasa, mamá, ¿todo bien?

—*Mbruk Eid!*

Nada más escuchar esas palabras cierro los ojos y me doy cuenta de que, un año más, he olvidado que hoy es día de la Pascua. Intento disimularlo.

—*Mbruk Eid!* Justo ahora quería llamaros.

De fondo oigo a varios niños corriendo como salvajes. La comunicación se nos hace difícil por el barullo. Mi madre va de un lado a otro buscando el rincón con menos jaleo mientras me cuenta

toda la gente que irá hoy a verlos. El día de la Pascua pasan por casa una veintena de personas: primos, vecinos, amigos de la familia, etcétera.

—Te echamos de menos, lo estamos pasando muy bien aquí.

Acerca su té de hierbabuena a la cámara y respondo con mi café aguado.

—No he podido ir. Se me ha ido acumulando trabajo y cuando lo miré, los vuelos estaban muy caros.

—Siempre la misma excusa. Pero bueno, no te preocupes que yo te congelo un poco de cordero para cuando vengas.

Mi madre sigue hasta el balcón esquivando niños y le pasa el móvil a mi padre, que lo sujeta con la delicadeza del que agarra una piedra. Se lo pega a la cara dándome su clásico plano de oreja izquierda. De vez en cuando, la pantalla se tiñe de humo.

—*Mbruk Eid*.

—*Mbruk Eid,* Abdu.

—¿Qué tal ese cigarro?

—Pues aquí estamos, fumando el último del día.

El descaro que le pone me supera y no puedo evitar que me haga gracia. Él intenta reírse conmigo, pero la tos impide sus carcajadas.

—Tienes que fumar menos.

—Sí, sí. Yo estoy bien. Tú tranquilo, que hoy es fiesta, que ha venido toda la jarca a vernos.

Un niño corriendo sin rumbo y completamente fuera de toda órbita se choca con mi padre y él aprovecha para pasarle el teléfono.

—Toma, te paso con tu primo.

Se manifiesta en pantalla la cara de un niño que no sé quién es, pero no es mi primo. Agarra el móvil con las dos manos y se apunta

a la nariz desde abajo, enseñándome sus mocos en alta definición.

—¿Tú eres el madrileño?

—Sí, primo, encantado. ¿Cuántos años tienes?

—Cuatro.

Me enseña cuatro dedos para reforzar su respuesta, y como no puede sujetar el teléfono con una sola mano, se le cae al suelo boca abajo. Mi pantalla se vuelve negra. Los pasos del niño huyendo del crimen se mezclan con las voces de las que ahora podrían ser siete u ocho personas.

Alzo el tono de voz para ver si alguien me escucha.

—¿Hola? ¿Mamá?

De entre todas las voces ahora se distinguen también los balidos de un cordero. Cuando ya hace un rato que nadie me atiende, cuelgo la llamada.

De lunes a viernes y durante ocho horas al día comparto escritorio con un obsesionado de la música techno.

El ritmo repetitivo de los bombos atraviesa sus auriculares y me lleva a unos niveles altísimos de angustia. Lo bueno es que esa angustia me ancla al presente y evita que caiga en la automatización.

Me paso ocho horas picando piedra en documentos de Excel a cambio de un sueldo mediocre y de trabajar en una oficina con techos altos, futbolín y un medio menú gratis que va rotando cada dos semanas.

Vivo rodeado de gente blanca con apellidos compuestos que dedican su vida al marketing digital, a esquiar todos los inviernos y a

competir inconscientemente por ver quién es la persona más blanca de su departamento.

Mira que el listón está alto, pero siempre hay una compañera dispuesta a volver con trenzas de un voluntariado en África, con la galería llena de fotos con niños negros y un tatuaje en las costillas de una palabra que en otra cultura significa «recibes la alegría que transmites».

—Buen provecho. ¡Y feliz Pascua musulmana!

—Gracias, buen provecho a ti también.

—Es que lo he visto en Instagram. Sigo a una influencer marroquí, adoro vuestra cultura.

Me da tanto reparo tener que comenzar ahora la clásica conversación sobre lo que es y lo que no es mi cultura, que asiento sin más. Me ofrece la mano y se presenta.

—Soy Estela.

Se sienta frente a mí y saca un táper de su tote bag.

—Es cuscús, lo he hecho yo misma. Te daría para que pruebes, pero le he metido unos torreznos de mi madre. Cocina fusión.

Me guiña el ojo en busca de complicidad.

Antes de ponerse a comer, se recoge las trenzas con un coletero y admito que hablar con una blanca prácticamente disfrazada de negra supone un reto para mi compostura.

—Llevo unas semanas en el departamento de contenidos, estoy muy motivada. Me gusta que el ambiente sea tan diverso.

Sé que cuando dice «ambiente diverso» lo hace para remarcar mi única presencia, que se diluye entre todos los trabajadores de ocho apellidos castellanos en la suerte de homeopatía racial sobre la que

se fundamenta esta consultora de marketing digital. Termino de comer y me levanto para volver a mi escritorio.

—Bueno, sigo currando. Encantado.

—¡Igualmente! *Salam aleikum*.

Una vergüenza muy ajena se apodera de todos mis sentidos y esas palabras se me repiten en bucle hasta que termina mi jornada.

A pesar de convivir en un entresuelo de cuarenta metros cuadrados, Agustina y yo tenemos un acuerdo no escrito para conseguir una sensación de intimidad. Son dinámicas que surgieron durante el confinamiento.

A partir de cierta hora, si uno de los dos quiere ver la tele en el salón, lo hace con auriculares puestos para no perturbar la tranquilidad del otro. Los días como hoy en los que se pone una película de miedo, pienso que casi es peor escuchar sus gritos fuera de contexto.

Su dieta es sencilla, pues se alimenta principalmente de fideos instantáneos y de bocadillos de atún con lechuga y mayonesa. Los primeros días del mes, después de haber cobrado, se pone caprichosa y pide sushi a domicilio. Un grito de Agustina me hace soltar de golpe el plato que estaba lavando. Hay días que el fregadero no se traga el agua y tienes que ir sacándola con un vaso, echarla a un cubo y luego tirarla por el váter.

Tenemos pocas cosas en común. Lo único que nos une es que los dos invertimos gran parte del sueldo en un piso que se cae a trozos. La orientación de la vivienda hace que tengamos solo ocho minutos

de sol directo al día. Ahí donde llega el sol, Agustina ha colocado un aloe vera.

Voy al salón a por el tenedor que ella ha usado para los fideos y lo dejo lavado. Es de los pocos tenedores que tenemos aquí y mañana podría ser necesario para uno de nosotros.

Mi colchón puede que sea una de las superficies más incómodas en todo el territorio europeo. Las ocho horas de una mala postura en el trabajo se ven complementadas con no más de seis horas tumbado en un colchón de 100 × 190 centímetros al que le pongo dos sábanas bajeras para alejarme de las manchas de orina de distintas épocas y antiguos inquilinos que habitaron este hogar.

Todas las noches, el camión de la basura pasa a escasos metros de mi ventana y los cristales son tan finos que no me protegen del ruido ni de los olores. Si ya me era complicado conciliar el sueño, este último grito de Agustina me ha obligado a taparme la cabeza con un cojín durante un largo rato.

Hace años que no disfruto de dormir.

No me doy cuenta y vuelven a ser las siete y cuarenta y tres de la mañana. Lo primero que veo al abrir los ojos es otra vez la pantalla de mi móvil. Tengo una llamada perdida de mi madre de ayer por la tarde y todavía no se la he devuelto. La última vez que hablamos fue por la Pascua y de eso hace ya dos o tres semanas.

Me siento en la cama y escucho cómo Agustina se termina de vestir. Me quedo unos minutos mirando una chancla y cuando ella se bebe el café de un sorbo y pega el portazo, salgo para arrancar otro día más.

Hay días que voy en automático, que no tomo conciencia de mí mismo hasta que me hace efecto el café. Luego hay días que tomo conciencia de mí mismo en la ducha, con el primer chorro de agua. Y hay días en los que solo me espabilo cuando un señor en el metro me planta su sobaco a tres centímetros de la cara. El olor es tan intenso que deberían incluirlo en la tabla periódica. Hago un esfuerzo por pensar en olores agradables, pero soy incapaz de recordar ninguno. Los olores de mi día a día o son desagradables o son irrelevantes.

El olor a ropa limpia de la oficina no se debe a que la gente lleve ropa limpia, que también. Es porque hay ambientadores automáticos estratégicamente colocados cargados de ese aroma. No sé cómo lo hacen, pero los científicos han logrado aislar el olor a «ropa limpia» de la propia ropa limpia.

Mi compañero de escritorio pone en pausa el vídeo «7 horas de techno — hardstyle — música de rave 2019».

—Abderrahim, ¿tú cómo terminarías este correo?

Le echo un vistazo a su pantalla.

—Es que estoy dudando. No sé si despedir el correo mandándole un saludo o dándole un abrazo.

—¿Cómo se ha despedido él?

—Con un abrazo.

—Devuélveselo.

Se queda un rato pensando.

—Mejor le doy un cordial saludo.

Se pone de nuevo los auriculares. Los bombos me acompañan durante varias horas. Dedico el 90 por ciento de mi energía mental a ordenar información en documentos de Excel.

Hoy para comer tenemos un triste cacho de salmón con un vasito de arroz. Un plato minimalista que, si lo viera, pondría triste a mi abuela. Hace tantos años que murió y hacía tantos meses que no me venía a la mente que me avergüenza que la haya traído de vuelta un pedazo de salmón precocinado.

—¡Abderra! ¿Cómo estás?

—Bien.

La chica más blanca de la oficina lleva semanas intentando establecer un vínculo amistoso conmigo. Yo hago todo lo posible para sabotearlo. Se sienta frente a mí y me fijo en que rara vez repite tote bag. De ella saca un táper de garbanzos.

—Hoy toca cocido madrileño.

—Te gustan mucho las tote bags, ¿no?

Creo que es una de las frases más lamentables que he dicho en mi vida. Se las ingenia para enseñarme en su móvil un tatuaje en árabe que se va a hacer pronto.

—Mira.

Me quedo mirando unas letras que no comprendo y asiento diciéndole que está muy bonito.

—Sabes qué significa, ¿no?

—No entiendo el árabe.

—Qué me dices.

—Mi familia no es árabe, es de origen amazigh, unas tribus del norte de África.

Las palabras «tribus» y «África» despiertan un interés en ella que trato de desactivar a la cuarta pregunta que me hace.

—Pero tampoco entiendo mucho el amazigh, yo me he criado en Mallorca.

—Qué lindo el Mediterráneo.

Las siguientes horas de trabajo son tan aburridas que me sientan como si estuviera echando paladas de tierra sobre mi niño interior.

La banda sonora de lo que me queda de día se compone por voces de fondo en la oficina, voces de fondo en el metro, una lavadora centrifugando y las risas de mi compañera de piso viendo un reality show cuya gracia es que los participantes son parejas que se ponen los cuernos.

Encuentro una postura para dormir que no me resulta dolorosa. Agustina expande el tendedero y deja su ropa secándose toda la noche. El olor a ropa limpia me recuerda a la oficina y algo me dice que hoy tendré una pesadilla.

14

Agosto de 2022

Encajo los gritos de Agustina como una alarma más de mi teléfono. Lo primero que hago es buscar el móvil con los ojos cerrados y para cuando los abro, el brillo al máximo de la pantalla me ciega y me obliga a seguir durmiendo un rato más. Creo haber visto una llamada perdida de mi madre.

Los gritos vienen acompañados de golpes de escoba al suelo. La plaga de cucarachas continúa activa en el edificio.

Al principio, a mí también me daban impresión las cucarachas. Ahora convivo con ellas, igual que lo hago con mis pensamientos intrusivos; habitamos el mismo espacio y las ignoro hasta que aparece una tan grande que no me queda otra que escapar al trabajo.

Me siento al borde de la cama mientras mi compañera sigue gritando y golpeando de pánico.

—Muérete ya.

Estas son las primeras palabras que entran hoy por mis oídos.

De pronto, una celebración: Agustina ha ganado. Agustina pasa victoriosa por el arco del triunfo y lo festeja con más golpes de escoba al suelo.

Un chorro constante de aire acondicionado me pega directo en la nuca. Estas semanas hay tan poca gente en la oficina que se nota en el ambiente, está menos cargado.

Los auriculares apoyados en la mesa transmiten un ligero temblor que se reproduce en mi vaso de agua.

Mi compañero regresa y se los cuelga en el cuello; le persigue un olor fuerte a cigarro. Siempre suelta la última calada ya en la oficina, es como un pequeño acto de rebeldía.

—Qué calor hace, menos mal que tenemos aire.

—Menos mal.

Le respondo eso, pero en realidad el aire acondicionado no me sienta bien. En casa de mis padres nunca tuvimos y mi cuerpo no está acostumbrado a ello. Me seca la garganta, me seca la boca y me seca los labios. Si duermo con aire puesto, me despierto deshidratado y con la sensación de haberme tragado una cuchilla.

De las únicas cosas buenas que tiene vivir en un entresuelo que se cae a pedazos es que no tenemos ni aire ni calefacción.

Se pone a jugar con un bolígrafo entre los dedos. Está aburrido y con ganas hablar.

—¿Tú no te vas de vacaciones?

—No creo. ¿Y tú?

—Qué va. Yo me las pillo en septiembre-octubre. En agosto disfruto de estar en la oficina porque no hay nadie.

—Sí, casi todos se van de viaje en verano.

—Esto está lleno de nepobabies.

—¿De qué?

Ya conocía esa palabra, pero le lanzo la pregunta porque quiero saber de qué manera define él a nuestros compañeros de trabajo.

—Pues eso, hijos de ricos, chavales de familias relevantes. Si la mitad aquí son unos enchufados.

—Ya.

—No sé a ti, pero a mí me cabrea, me da odio de clase. Mi padre se reventó a trabajar subiéndose a postes eléctricos y mi madre fregando escaleras para que yo pudiera estudiar y llegar hasta aquí. Gracias a ellos he terminado rodeado de la gente más asquerosa de nuestro siglo.

—A ver, en nuestro siglo hay gente mucho más asquerosa.

—Tienes razón. Pero ¿tú te has parado a observar a tus compañeros de oficina?

Saca el teléfono de su riñonera, abre Instagram y busca el perfil de un usuario llamado Estela-Moments. Pone a reproducir el último vídeo publicado, cuya descripción es: «Redescubriendo Perú, conectando con la tierra». Estela está sentada en una gran roca musgosa en lo que parece ser el interior de un bosque. En la edición del vídeo ha añadido la melodía de una flauta de pan. La descripción sigue: «Estoy en el mejor momento de mi vida. Estoy donde quiero estar. Estoy en paz y alineada con la naturaleza. La gente es tan maravillosa, el ser humano es maravilloso. Estoy viviendo un subidón de amor, es que potencialmente podría hacer el amor con todos los seres de la tierra. Me podría enamorar de todas las personas».

A mi compañero le resulta tan bochornoso que bloquea el teléfono y lo tira sobre la mesa.

—Joder.

Las siguientes ocho horas de oficina y los cuarenta y cinco minutos de transporte público me absorben tanta energía que al

llegar a casa solo puedo mirar vídeos en el móvil hasta que se me hace de noche.

Abro una lata de atún sobre dos rebanadas de pan y estrujo un bote varias veces hasta que escupe algo de mayonesa. Corto una manzana y la coloco junto al sándwich en una fiambrera. En agosto va tan poca gente a la oficina que no les sale a cuenta contratar el servicio de menús. Son los días que peor me alimento.

Sobre la mesa, Agustina me ha dejado una nota con un número de teléfono: «Llamar fumigadores». Me lo guardo en el bolsillo y salgo para el trabajo.

Cuatro horas después de teclear, enviar correos y entrar compulsivamente a Twitter, me tomo mi descanso para comer. La fiambrera se ha removido tanto que hay trozos de manzana bañados en atún y mayonesa.

Mi comida es tan escasa que, como me sobra tiempo del descanso, aprovecho para llamar a los fumigadores. Ahí sigue un día después la llamada perdida de mi madre. Los fumigadores me dicen que hasta dentro de dos semanas no tienen hueco, así que lo dejo reservado. La persona que me atiende me pide que le describa las cucarachas.

—Pues hay algunas grandes, otras más pequeñas.

—¿Son de color café con leche o color café solo?

—Más tirando a café con leche.

—¿Desde cuándo están?

—De mediados de junio, hará dos meses más o menos.

—¿Y has visto que alguna eche a volar?

—Creo que no.

—Porque si son voladoras el coste del servicio aumenta.

—A lo mejor habrá alguna voladora, no sé. Creo que no.

Mi compañero trabaja con el techno a todo volumen mientras yo convierto datos numéricos en gráficos durante unas cuantas horas más.

Vuelvo a casa en hora punta, muy apretado entre la gente. El contraste entre el frío de la oficina y el calor del metro no me sienta bien.

Desde que tenemos cucarachas, Agustina pasa menos tiempo aquí. Hay días que duerme en casa de una chica que conoció a través de una aplicación de citas. La otra noche las escuché entrar y creo que nos quería presentar, pero me hice el dormido porque me daba reparo conocer a alguien teniendo la poca energía que tengo por las noches.

Para poder dormir me pongo un vídeo de tres horas en el que un albañil construye una casa de barro desde cero.

Me despierta una videollamada de mi madre y decido atenderla. Dejo el móvil apoyado en el cojín y aprovecho para estirarme.

—Al fin te veo la cara.

—Buenos días, mamá, ¿qué tal? ¿Qué haces?

—Nada, aquí. Fregando el salón de Vicenta. Dile algo a mi hijo, Vicenta.

En la pantalla aparece la cara arrugada de Vicenta, una señora mayor a la que mi madre va a limpiarle la casa dos veces al mes. Apoya el teléfono en un mueble y mientras ella escurre la fregona, Vicenta se balancea en una mecedora.

—¿Vas a venir? Ya casi termina el verano y no has venido.

—No puedo, ahora en temporada alta volar a Mallorca sale muy caro. Pero para octubre yo creo que sí que podré.

—Míralo con tiempo y saca ya los billetes, que no te vemos desde las Navidades.

—Sí, sí. En octubre-noviembre voy seguro.

—Y llama a tu padre cuando puedas.

—Sí.

Vicenta enciende la televisión y la pone a un volumen que impide la videollamada.

—Bueno, yo sigo trabajando. Un beso. Vicenta, dile adiós a mi hijo.

—Que Dios te bendiga.

Lo dice gritando al aire. Mi madre sujeta el móvil en diagonal, lo que deforma por completo la cara de Vicenta.

—Gracias, igualmente.

Pone cara de incomprensión, no me ha escuchado. Se gira hacia mi madre para que se lo aclare. Mi madre se lo grita muy de cerca.

—Dice que gracias.

A medida que termina agosto, se van incorporando los compañeros y compañeras de oficina que han estado por el mundo. Pieles más morenas, sonrisas abrillantadas y las pilas cargadas. Disfruto de ver cómo le arde la mirada a mi compañero de mesa con cada nueva incorporación.

—Mira a ese, Fermín. Ha estado en Santorini y se ha ido de buceo por islas griegas.

—Tienes que parar de cotillear las redes de la gente que odias.

—Ni una ojera tiene. Yo tengo ojeras hasta en el ano.

Llego al comedor y Estela me hace señas desde lejos para que me siente con ella.

—¡Abderra! Aquí.

Es la única persona que me llama así. En el fondo, me enternece que haya dado con una versión distinta de mi nombre. Se ha afeitado el lateral izquierdo de la cabeza y trae la piel extremadamente bronceada. Está masticando algo muy fuerte en el moflete izquierdo.

—Son hojas de coca, las traje de Perú. ¿Quieres?

—Yo es que nunca me he drogado.

—Esto lo mascan los nativos peruanos en los momentos previos al trabajo.

Escupe las hojas ya mascadas dentro del táper y se mete un par más en la boca. Si antes esto lo usaban para que las subidas al Machu Picchu se hicieran más llevaderas, ahora las consume Estela, del departamento de contenidos, antes de enfrentarse a la ardua faena de publicar unos vídeos en una cuenta de Facebook corporativa.

Suena el timbre. Abro la puerta y me encuentro al fumigador, un señor de bigote amarillento dentro de un traje de nailon que le cubre todo el cuerpo. Cuando ya ha examinado todos los rincones de los cuarenta metros cuadrados, me invita a salir.

—Voy a necesitar unos cincuenta minutos y luego te recomiendo no entrar hasta pasadas tres o cuatro horas.

Agustina me ha invitado a pasar este rato con ella y su casi novia; entiendo que lo ha hecho desde la pena de ver que yo no tenía planes. Se intuye que están agarradas de la mano por debajo de la

mesa. Entrelazan las conversaciones con miradas de complicidad. Ella saca de su bolso un paquete de tabaco de liar y me ofrece uno.

—No fumo, gracias.

—Pero si este no sabe ni tragarse el humo. Si no me deja ni fumar en el salón.

Agustina roba el cigarro que iba para mí y me guiña el ojo.

—Yo solo voy a decir que en nuestro piso fumamos todos y no tenemos ni una cucaracha.

—O sea, que por el bien de mi salud mental, tienes que empezar a fumar.

—Bueno, por el bien de la mía, tú tienes que dejar de gritar con las películas.

Se ríen juntas de una manera tal que siento que mi comentario ha forjado un poco más el vínculo que están construyendo.

—Pero ¿qué vicios tienes? ¿Tienes vicios?

—¿Este? Ninguno. Si para sacarlo a tomar algo ha hecho falta que se nos coman las cucarachas. En tres o cuatro años esta es la primera vez que lo veo en una terraza.

Abro mi riñonera y pongo sobre la mesa las hojas que me regaló Estela el otro día.

—¿Qué es eso?

—Hojas de coca.

—¿Y esto de dónde lo has sacado?

—Uno, que tiene sus vicios.

Se lleva un par de hojas a la boca sin miedo alguno, escandalizando a Agustina, que cuando ve que son inofensivas hace lo mismo. Les regalo el resto porque sé que les van a dar más juego que a mí.

Durante mucho tiempo me sentí culpable porque a los siete u ocho años, por el día del Padre, yo al mío le regalé un cenicero hecho de barro. En clase, la profesora nos preguntó que qué era lo que más le gustaba a nuestro padre, y mientras había niños diciendo que si el fútbol, la Fórmula 1 o la morcilla, yo dije que lo que más le gustaba al mío era fumar.

Le hizo mucha ilusión el regalo y lo estuvo usando durante meses. Un día, mi madre decidió convertirlo en un trofeo. Lo lavó y lo colocó en la estantería del salón a modo de elemento decorativo.

Termina agosto, se van las cucarachas y se me olvida llamar a mi padre.

15

Septiembre de 2022

Cuarenta años sin dejar de fumar le han dado a mi padre una voz grave como el arranque de un camión. Habla tan fuerte que cuando me llama tengo que bajarle el volumen para protegerme el tímpano.

—¿Cómo va lo del bar?

—Yo qué sé, la cosa no cambia.

Cuando el dueño de su bar de confianza se jubiló, se juntaron los clientes de siempre y le regalaron flores y una caja de bombones. Mi padre puso dinero de su parte, pero además, junto con los clientes marroquíes, le compraron una tetera y un juego de vasos que trajo uno de ellos desde Rabat.

El bar se traspasó y ahí empezaron los problemas.

Se ve que al nuevo dueño le incomodaba que una de sus mesas estuviera siempre ocupada por marroquíes. Y desde que llegó, el trato que ellos recibían cambió. Ahora les tardan en servir, no les cambian el cenicero o les dejan la cuenta sobre la mesa sin que la hayan pedido. Es su manera de echarlos del bar.

Uno de los días en que mi padre se sentaba con sus amigos mallorquines, les comentó que qué les parecía el nuevo encargado. Ellos respondieron que en general estaban contentos, y que

agradecían que hubiera respetado el precio de los cafés, ya que en ningún bar de la zona los cobran tan baratos.

Esta información chocaba con lo que el dueño les contó a los magrebíes: ahora los cafés costarían veinte céntimos más para ajustarse a los precios actuales. La realidad es que esos veinte céntimos no eran más que una tasa por llamarse Mohamed, Youssef o Hassan.

Mi padre, resignado, me responde que ya no le importa. Que con el nuevo precio de los cafés, el dueño habrá ganado como mucho seis o siete euros y que eso es lo que vale como persona.

Se ha rendido y seguirá pagando la diferencia para evitar problemas mayores. Yo le insisto en que no puede permitir que lo traten así en su bar de toda la vida.

—Tienes que pedirle los recibos.

No me responde. Escucho un mechero encenderse.

—Papá, conoces a un montón de policías, tienes que hacer algo.

—No sé, yo ya no quiero líos.

El trayecto a la oficina lo hago justo delante de un señor que no se tapa la boca para estornudar y tras tres estornudos furtivos me deja la nuca chorreando.

Para comer traigo un bocadillo de tortilla del que confío sacar toda la energía que necesito para lo que me queda de tarde. Estela llega al comedor y, en su hombro, meneándose, trae una tote bag con el Big

Ben estampado por encima. Se sienta donde siempre. Hoy viene con ojeras.

—Estuve a punto de ir a la capilla ardiente y todo.

Dice que la *tote bag* es en homenaje a la reina de Inglaterra, recién fallecida, porque la admiraba mucho.

—Me da tanta pena. Era una referente.

—¿La seguías mucho?

—Sí, ya sabes que estuve de intercambio en Birmingham, es mi segunda nación.

—Lo siento mucho.

Saca su teléfono y procede a subir a las stories una foto de la última vez que visitó el Reino Unido. Me la muestra.

—«Todo mi corazón con mis hermanos y hermanas…». Bueno, mejor lo pongo en inglés: «All my heart with my brothers and sisters from England». Emoji de corazón negro.

Saca un táper con porridge que ha hecho ella misma esta mañana. Me ofrece un poco y decido probarlo. No está bueno, pero no está malo. Es la comida adecuada para un día de luto.

Picando números en una hoja de Excel, en automático, cuando mi compañero de mesa se quita los cascos y me dice:

—Murió la vieja.

—Sí, que en paz descanse.

—Que en paz descanse no. En paz quiero descansar yo todas las noches. Que estoy harto de irme a dormir con dolores de cabeza y exprimido por el sistema. Esa tía ha vivido toda su vida como ha querido, a cuerpo de rey, y a saber la de gente que se ha llevado por

delante. Y su hijo, más tonto y no nace. Vaya cara de tonto que tiene, madre mía, le falta un Beatle. Voy a poner el himno de Inglaterra, a ver si Estela dice algo.

Estela levanta la cabeza buscando de dónde viene el sonido. Nos encuentra y nos saluda con una inocencia que si algún día la pierde ya no me caería bien.

Agustina y su novia están en el sofá dándose caricias y viendo una serie de televisión surcoreana. Los personajes se juegan la vida en distintas pruebas a cambio de un bote multimillonario que solo puede ganar uno. Hoy se encuentran en una plataforma a decenas de metros de altura y frente a ellos tienen dos caminos de paneles de cristal. Unos son de cristal templado, capaces de soportar el peso de varias personas, mientras que los otros son de cristal normal y se rompen al pisarlo, provocando una caída mortal. Ellas lo viven como si más que una serie de ficción fuera un reality show.

Yo estoy friendo un par de huevos de gallinas criadas en libertad, es decir, gallinas que viven en un espacio amplio para correr, picotear y con todo el bienestar puesto a su disposición. Descubro en mí un sentimiento de envidia hacia esas gallinas, y que ojalá viviera yo en las mismas condiciones que ellas.

No me incomoda compartir el espacio con Agustina y su novia. Aunque no tenemos mucha conversación, el trato es agradable. Y cada varios días que pasan aquí, se van un par a casa de ella y eso me permite sentir que vivo solo en este entresuelo de cuarenta metros cuadrados.

Suena la música de fin de capítulo y acto seguido apagan la tele. Se preparan para salir.

—Oye, vente un día a tomar algo, que te la pasas del trabajo a casa y de casa al trabajo.

—Otro día me apunto, pero hoy estoy muy cansado.

Tras varios días incubando, los estornudos en la nuca del otro día resultan en una gripe que me deja teletrabajando en casa hasta que me recupero.

Una de esas mañanas, mi padre me llama y me informa que, desde que se lo dije, ha estado recogiendo los tíquets del bar.

Le digo a mi madre que me mande una foto.

Y, efectivamente, en uno de los recibos el café cuesta 1,40, y en los otros 1,60.

Mi padre, animado por un sentimiento de justicia, tiene la idea de enviar una carta al periódico local.

—Apunta.

Abro un documento de Word para transcribir las palabras de mi padre.

—«Hace treinta años que voy al mismo bar, y desde que cambiaron de dueño, los que han cogido el negocio quieren sacar a los clientes magrebíes, nos han subido el precio del cortado veinte céntimos más que lo que paga la gente normal».

—Espera, papá.

—Qué pasa.

—No puedes decir «gente normal».

—Por qué no. No es normal que suban el precio. ¿O sí?

—Sí, pero…

Me interrumpe.

—Tú apunta: «Esto es una injusticia que no se puede permitir, están tratando a los moros como si fuéramos…».

—A ver qué vas a decir.

—Qué pasa.

—Nada, nada.

—Pero tú estás conmigo o estás con ellos.

—Contigo, contigo.

—Apunta: «Muchas gracias, señoras y señores, que Dios los guarde muchos años».

—Esto de Dios no sé si hace falta ponerlo.

—Tú ponlo.

—Vale. Bueno, cuando tenga un rato busco el correo electrónico del periódico y se lo mando.

—Vale.

Cuelgo y sigo picando números en Excel.

Agustina y su novia me han invitado a tomar algo con unos amigos suyos. Hacía mucho tiempo que no bebía cerveza. Voy por la segunda y no voy a pedir una tercera porque al contrario que al resto, a mí me está adormeciendo. La conversación es acelerada e interrumpida, no puedo seguirla, así que me quedo de espectador.

—No sé qué deciros, a mí todo lo que tiene que ver con Putin me da bastante miedo.

—Ya, me dan una pena los ucranianos… es que podríamos ser nosotros.

—Putin es la mayor amenaza de Europa.

De pronto uno de ellos irrumpe con más indignación que el resto:

—Qué va. Putin como mucho nos dará un par de sustos cortando el gas. El verdadero problema de Europa son los inmigrantes.

—Qué dices.

—Siempre te comes todos los bulos.

—No queréis verlo, pero los europeos llevamos décadas siendo reemplazados por gente de fuera.

—Pero tú desde cuándo te sientes europeo, si eres de Valladolid.

—Nosotros no tenemos hijos, mientras que todos los que vienen de fuera tienen tres o cuatro. En varias generaciones Europa va a ser musulmana. Es matemática pura.

—Pero qué vas a tener tú hijos, qué dices.

Me caliento y por primera vez en treinta minutos suelto algo más que un «ya», «sí», o «yo pienso igual».

—Pues yo no estoy de acuerdo. Pienso que el problema lo tienes tú, que te asustas si en una cafetería con diez mesas ves que hay dos con marroquíes.

—¿Y te parece poco un veinte por ciento?

Lo que era una conversación grupal se convierte en un diálogo entre él y yo con varios espectadores.

—Lo que pasa es que muchos blancos creéis que tener una pareja blanca, unos amigos blancos y ver series de blancos es la única manera de estar bien y tener una vida segura.

—Ya. ¿Y de la tasa de criminalidad en los inmigrantes? ¿De eso no te interesa hablar?

—¿Puedes dejar de hacer matemáticas racistas?

—Yo no soy racista, si a mí los que vienen a trabajar no me molestan. Si mi mejor amigo desde los ocho años es de los vuestros.

—Ah, que resulta que tienes un amigo moro del que te aprovechas para tus argumentos.

—Yo no he dicho que sea moro. Es latino.

Otro de la mesa, tratando de fomentar la armonía, interviene en la conversación.

—A ver, hay que llevarse bien con todo el mundo y ya está. La gente emigra y no pasa nada. En mi pueblo, por ejemplo, cada año celebramos los Moros y Cristianos.

Me enfrento a él con una rabia que iba para el anterior.

—¿Y tú no te das cuenta de que moros es un insulto y cristianos no? Que eso es como si la fiesta se llamara «putas y caballeros».

Se rompe la vibra del grupo, he sembrado la incomodidad.

Llego a casa enfadado, molesto. La mitad no me han caído bien y el orgullo me ha obligado a quedarme hasta el final para que nadie creyera que estaba enfadado y molesto. No tengo sueño. Abro mi ordenador portátil que llevo sin apagar desde que lo compré. Sigue encendido, sin descansar, solo reposa cuando bajo la tapa, y justo cuando parece que puede apagarse en paz, le enchufo el cargador de nuevo. Si fuera una persona, esto sería lo más parecido a un castigo del infierno.

> Estimado director:
>
> Le escribo con indignación para denunciar una situación de discriminación racial en el que es mi bar de confianza. Durante treinta años, este lugar

ha sido mi punto de encuentro con amigos y familiares, pero desde el cambio de dueños, la situación ha cambiado.

Ahora, a los clientes de origen marroquí, como yo, se nos cobra veinte céntimos más por el café que al resto. Esta práctica, sistemática y confirmada por los tíquets que le adjunto, no se trata de un error; es una estrategia para expulsarnos del lugar que tanto hemos frecuentado.

Esta discriminación es inaceptable en nuestra sociedad. Haciendo pública esta situación, no espero más que generar conciencia y garantizar un trato justo para todos.

Muchas gracias por su atención.

Adjunto los tíquets y firmo con el nombre y el DNI de mi padre. Programo el correo para que se envíe a las ocho y veintiún minutos de la mañana y así transmitir seriedad. Cierro la tapa de mi ordenador y me echo a dormir.

Al rato me despierto para editar el correo.

Muchas gracias por su atención, que Dios le guarde muchos años.

16

Octubre de 2022

Cuando compartes tendedero en un bloque de edificios, a veces no te queda otra que interactuar con el vecino de al lado. Desde nuestra ventana de la cocina se ve la cocina de Esteban, un señor presuntamente divorciado que todas las noches cena una lata de sardinas, o de mejillones, o de caballa, o de pimientos.

Mientras cuelgo mi ropa, Esteban hace como que se asoma a ver qué tiempo hace y así aprovecha para darme conversación.

—Ya llega el fresquito.

Se apoya en la ventana y se enciende un cigarro.

—El fresquito en Madrid ahora dura tres semanas. Cuando yo era joven duraba tres meses.

—Sí, el otoño cada vez es más corto, dicen.

—Ya te digo yo que sí. Que lo he vivido.

Por su voz gruesa diría que es la primera vez que habla en todo el día.

—Oye, qué te iba a decir. Hace tiempo que no veo por aquí a tu compañera, ¿no?

—Sí, ahora pasa más tiempo en casa de su novia.

—¿Novia?

Omito la pregunta y sigo tendiendo. Esteban, que, con tal de seguir hablando, está preparado para llevar la conversación por dos caminos muy diferentes, me dice:

—Pues me alegro. Con naturalidad, coño. En mis tiempos estaba mal visto eso. Ya ves tú, si no le hacen daño a nadie. Mira, yo tenía una novia que con los años se volvió gay, bueno, lesbiana. Yo pensé, claro, a ver si va a ser por mi culpa.

Esteban se ríe buscando aceptación y me río de vuelta. En cada tirón que doy al tendedero, la cuerda roza con la polea oxidada y emite un chirrido áspero.

—Tienes que echarle aceite a eso. Este edificio está para tirarlo a la basura.

Sin querer, se me cae una pinza que rebota en las paredes y termina en el patio interior.

—Uf, qué pena. Y esa era de las gordas. Pues nada, una más para Francisco.

Esteban da unos golpecitos a su cigarro echando las cenizas al patio interior de Francisco y desaparece en la oscuridad de su hogar.

Son ya varias semanas sin hablar con mis padres, así que llamo a casa más por culpabilidad que por interés, lo cual me hace sentir peor todavía. Mi madre está cortando berenjenas, patatas, pimientos y tomates y diría que tiene el teléfono apoyado en el microondas.

—Hoy cenamos tumbet.

—Aquí en la península lo llaman pisto.

—¿Ya has cenado?

—Ahora me comeré un yogur, es que no tengo mucha hambre.

—Pues si vinieras por el puente, cenarías tumbet.

—Es que aquí no tenemos puente. Como el festivo cae en miércoles no tenemos puente.

—Bueno, pues nada. Aquí te echamos de menos, que lo sepas.

Mi madre gira la pantalla de su móvil y me muestra a mi padre, que está con el codo apoyado en el mueble del salón y hablando con alguien por teléfono.

—Y yo a vosotros, pero es que tengo mucho trabajo.

—Bueno, pues a la próxima. ¿Y te han dicho algo los del periódico? Tu padre me pregunta mucho.

—Todavía no.

Se lava las manos, se las seca y echa aceite en una sartén.

—El otro día se murió Josefa.

—¿Esa quién es?

—Una a la que le limpio la casa.

—¿Y qué tal?

—Me da pena, claro. Era una señora muy buena conmigo.

No me da tiempo a darle el pésame porque enseguida cambia de tema. Sujeta una patata enorme a diez centímetros de la cámara, está completamente desenfocada.

—Mira esta patata, tiene forma de cabeza. ¿A que sí?

Hay que echarle algo de imaginación, pero es verdad que se intuyen unos bultos que parecen dos orejas. Le digo que sí y despido la llamada diciendo que a ver si nos llamamos pronto.

A estas alturas del año la ropa tarda tres o cuatro días en secarse. Compruebo si la sudadera ya está lista para recoger. Me la llevo a la

nariz para ver si huele a humedad, y sin querer hago contacto visual con Esteban, que se asoma a saludarme.

—Cuánta bandera colgada, ¿no?

Me tantea para llevar la conversación por el lado más amable. Siempre evita el conflicto conmigo porque, para él, lo importante es hablar.

—Ya ves, yo es que no lo celebro. Pero al menos es festivo y no se trabaja.

—Ni yo tampoco; si es que el día de la Hispanidad es para los fachas.

—Te tiene que gustar mucho España, sí.

—Mi abuelo era republicano y mi abuela era fascista. ¿Y yo? Antifascista. Pero de los de verdad, de los de antes. Los que se metían en peleas, que ahora están todos hechos unos…

Él mismo se regula.

—A ver, yo ningún problema con los gais, tú me conoces. Es solo una expresión.

—Sí, hombre, no pasa nada.

—Pero es que los antifascistas de ahora parece que van con miedo por la vida. Cómprate un bate, coño.

Una de las sudaderas sigue húmeda, así que vuelvo a tenderla.

—Y nada en contra de mi abuela, eh, que mi abuela era una santa. Que hay fachas con buen fondo, tampoco vamos a volvernos locos. Que mi abuela hacía un cocido que se te caen los cojones.

Se abre una lata de cerveza y brinda conmigo desde su ventana.

—Que viva España, chavalín.

Vuelve a su casa mientras silba el himno de España.

Mi compañero de mesa y yo estamos en mi ordenador jugando a un juego en el que hay que adivinar una palabra de cinco letras en cinco intentos. Tras cada intento, el juego te indica con colores si las letras están en el sitio correcto, si van en otra posición o si no pertenecen a la palabra.

—Yo pondría «perro».

La escribo y la «E» se vuelve amarilla. Es la única letra que hemos acertado, pero no está en su lugar.

—Pon «Echar».

—¿Con hache o sin hache?

—Sin hache.

La «E» se mantiene amarilla, y aparece una «A» también amarilla.

—Bueno, ahí vamos, poco a poco. Pon «Arena».

Todas las letras, salvo la R, están en verde.

—Soy buenísimo, pon «Avena».

—Sí, tiene que ser «Avena».

Seguimos fallando.

—Cómo no va a ser «Avena».

—Si no hay más palabras.

A estas alturas nos quedan dos intentos.

—¿«Atena»? No sé si existe. ¡Ah! «Ajena». Ponla.

—Claro tío, seguro que es «Ajena».

Volvemos a fallar y nos queda un último intento.

—Será una palabra rara, prueba «Acena».

—¿Existe?

—Sí.

Lo intento, pero el juego no la da por válida porque la palabra no existe y, por tanto, seguimos teniendo el último intento.

—Pues prueba «Atena».

—¿Existe?

—Tú métela.

Vuelve a fallar.

—Pero qué palabra es.

—Alguna se nos está pasando.

—Prueba todas las combinaciones: Anena, Ayena, Azena.

Ninguna de las tres funciona, así que probamos con todas las letras del teclado en orden, y no las acepta hasta que llegamos a la última, la M, entonces la da como correcta y acertamos en el último intento.

—Ah, Amena.

—Claro, si es que estaba ahí todo el rato.

La pestaña del correo se me actualiza y le digo a mi compañero de mesa que tengo que seguir cotizando. El correo no es por trabajo, en el asunto pone: «INFO: Cartas al director». Cierro la pestaña y la abro desde el móvil para evitar cotilleos.

> Estimado Sr. El Berkali:
>
> Gracias por su carta. Entendemos su frustración, pero para publicar una denuncia tan seria como la discriminación racial, necesitamos pruebas más consistentes.
>
> Le aconsejamos denunciar estos hechos directamente a la policía o a las autoridades de igualdad. Ellos tienen los medios para investigar y actuar legalmente.
>
> Lamentamos no poder publicar su carta ahora.
>
> Atentamente,
>
> La Dirección.

En casa llamo a mi padre para darle la mala noticia y me dice que ya no hace falta porque sus amigos marroquíes hace semanas que cambiaron de bar, y como él se sienta con mallorquines, el dueño le cobra lo mismo que a todos.

Está cansado. Un espacio que hasta ahora era pacífico se ha vuelto hostil, se ha convertido en una trinchera en la que solo queda él. Los demás se rindieron. Pero él ahí sigue luchando contra la utopía (o distopía) del nuevo dueño en la que todos los clientes son de los suyos.

Se trata de mi padre contra el entorno. Muy a pesar de mi padre, el nuevo dueño le ha recordado que en este mundo (o en este país (o en esta ciudad (o en este bar))) o eres de un lado o eres del otro. Reduciendo y simplificando cualquier lucha a «o eres de los míos o no eres de los míos». Obligándolo a pelear en una cruzada traída al presente de siglos atrás. O eres cristiano o eres moro. Nada más importa, porque así funciona el mundo.

Esteban está apoyado en su barandilla con una lata de mejillones en el alféizar. Los va pinchando con el mismo palillo con el que luego se quita los restos que se le quedan entre los dientes.

—Yo, esto del Halloween, qué quieres que te diga, no lo entiendo. Siempre copiando a los americanos. Parece que no tenemos personalidad.

—¿Tienes chucherías en tu casa? Piensa que van a venir los niños a tocarte el timbre.

—Yo no les doy ni un cigarro.

Cuelgo un edredón en las cuerdas de Esteban, ya que en las mías no cabe y me ha dado permiso para usar las suyas.

—Antes aquí celebrábamos el día de Todos los Santos; íbamos al cementerio a honrar a nuestros muertos. Ahora vamos por ahí disfrazados del Pato Lucas.

Me hace gracia que use una referencia tan concreta.

—Tú puedes ir al cementerio igualmente a honrar a los muertos, nadie te obliga a disfrazarte del Pato Lucas.

—Qué va, ya nadie hace eso. Se pierden las costumbres.

Entra a su casa y vuelve a aparecer con una cerveza en la mano.

—De pequeño yo iba siempre. Mi viejo se murió cuando yo tenía doce años.

—Vaya.

—Le reventó el corazón de un momento a otro.

Esteban echa un chorro de cerveza al patio interior.

—Por los que ya no están.

—Francisco tendrá que fregar.

—Qué va, si esto es natural. Además, seguro que llueve.

Se queda pensativo mirando al horizonte, es decir, al muro de cemento seco y sucio que tenemos a la vista, lleno de mierdas de paloma y manchado por la contaminación, porque ese es todo el horizonte que podemos permitirnos aquí desde nuestros entresuelos.

17

5 de enero de 2006

Llevo horas discutiendo con mi madre dentro de mi cabeza. Cuando los pensamientos no salen afuera, me acaban pesando mucho más. Lo que significa que, mentalmente, es como si llevara días discutiendo con ella.

El motivo: no me ha despertado para que la acompañara al supermercado. Me ha privado del paseo y, ahora, mi día será más aburrido que de costumbre.

La única libertad que me queda es bajar al portal y chutar la pelota cuesta arriba. No rueda tanto ni se va tan lejos porque tiene una fuga de aire. Me he encargado de tapar el agujero con cinta aislante y por ahora aguanta. Pero calculo que en un par de semanas el balón estará inoperativo. No sé qué será de mí en cuanto se haya desinflado del todo.

Darle patadas a una pelota que no rebota convierte un juego divertido en un ejercicio de reflexión.

Me cuesta asimilar que estemos en 2006. Hasta hace poco, esto era el futuro. Y aquí estamos, igual que siempre o incluso peor. Estuvo bien celebrar Nochevieja, solo que no me esperaba que la felicidad fuera a durarme tan poco.

Mi padre se apoya en la pared mientras habla con un señor marroquí que se encorva hacia él, escuchándolo atentamente.

El año pasado, uno de mi clase, en una conversación de lo más formal con otros compañeros, dijo que para él todos los moros eran iguales. Entre los demás había quien asentía reforzando su afirmación, y otros que no dijeron nada. Yo no participaba en la charla, y, aunque no estaba de acuerdo, creo que no hubiera sabido resumir en palabras todo lo que pienso.

La frase no me parece cierta porque a poco que te fijes en dos caras encontrarás más de siete diferencias. Luego, hay veces que yo mismo he pensado que todos los chinos se parecen, y sería hipócrita salir a defenderme a mí sin antes repasar esos pensamientos.

En favor de los chinos, he de decir que «chino» no es un insulto, a no ser que por delante haya un «puto». En cambio, «moro» es un insulto en sí mismo y suena peor cuando se usa en una frase que no pretende insultar. Es todavía más ofensivo porque te dan a entender que no conocen una manera respetuosa de dirigirse a ti.

Si a un chino le dices «vete a tu país», al menos tienes la decencia de saber de dónde viene. Pero no existe un Morolandia al que irse cuando te lo dicen a ti. No sé cómo de posible es que todos los moros se monten un país oficial y así puedan ir a Eurovisión, al Mundial y a esos eventos al que solo van los países guais. Me pregunto si con Mongolia pasó esto mismo.

La pelota sale volando por los aires y cuando cae hace un ruido seco, no rebota. Mi padre y el otro señor se giran por un instante y luego siguen su conversación.

Creo que soy la única persona en esta ciudad que se referiría a este hombre como «un señor». Lleva un pantalón de chándal y una

chaqueta gastada, los bolsillos llenos de papeles que en algún momento tendré que leérselos a mi padre para traducírselo y que el señor sepa qué es lo que quieren de él.

Es alto y delgado y tiene la mirada que tendría un guepardo criado en cautividad. Nada que ver con mi padre, que aunque yo siempre lo haya visto alto, reconozco que cuando lo veo cerca de los demás nunca es el alto. Mi padre es el bajito al que escuchan. No tiene visión, pero sí que tiene mirada. Su mirada es meditativa, impone. Lo que más me gusta de que mi padre sea ciego es que puedo mirarlo a los ojos sin miedo a que se sienta desafiado.

Hay veces que el tipo que viene a hablar con mi padre concierta cita la noche anterior. Lo llaman por teléfono y mi padre les dice que se pasen por la mañana. Entonces, antes de ir a dormir, se organiza una especie de reunión en casa en la que hablamos del tipo. Me gusta ese momento.

Por lo visto, este señor llegó hace poco menos de un año aquí, con su hijo. Su mujer murió de una enfermedad y aunque él en su país era jefe de obra, ahora está buscando trabajo de lo que sea.

—Abdu, ven aquí un momento.

Piso la pelota para que pierda su forma esférica y así no se vaya rodando.

—A ver, dime qué pone en esta carta.

Empiezo a leer y mi padre sonríe orgulloso ante mi despliegue de habilidades. Hacemos muy buen equipo; yo sé hasta dónde tengo que leer para que mi padre vaya traduciendo. El señor me mira mientras leo, luego lo mira a él, que se lo dice en su idioma, y entonces asiente. Qué faena lo de este señor, pobre hombre. Le doy la carta y me voy corriendo.

Mis padres hablan de fondo sobre el señor. Ella cena un bocadillo de tortilla francesa y él juega con un mechero en las manos.

—¿Qué quería el chico ese?

—Está buscando habitación para compartir con su hijo mientras le sale un trabajo.

Yo tengo la cabeza apoyada en la ventana. Me gusta sentir el cristal frío. La cabalgata de Reyes está ya cruzando la calle del fondo, y los cinco metros que hay entre las dos fachadas me permiten ver todo el espectáculo. Ahí llegan los elfos.

—¿Dónde viven ahora?

—En el salón de uno que les está haciendo el favor.

Llega la primera carroza, ahí va Melchor tirándole caramelos a los niños cristianos. Se nota desde aquí que la barba es postiza, pero los niños gritan ilusionados, les da igual. Percibo a una señora mayor recogiendo caramelos con un paraguas al revés.

—¿Y no tienen a nadie más aquí?

—Están ellos solos.

—Pobre niño.

Mientras pasaba la carroza de Gaspar tirada por un tractor, unos padres han afeado el comportamiento de la vieja de los caramelos, que ha abandonado la primera fila y ahora se está yendo con el paraguas bien cargado.

—Su mujer se murió en un accidente de coche que tuvieron. Ellos dos sobrevivieron.

—Madre mía, qué pena.

Un grupo de niños disfrazados de elfos bailan una coreografía. No están para nada acompasados. Esta es la parte más floja de la cabalgata.

—Diles que se pasen a comer el día de la Pascua.

—Mañana le llamo y se lo digo.

Y ahí viene la estrella de la cabalgata. Un Baltasar con la cara pintadísima de negro. Se ha pintado unos labios rosas muy exagerados. No sé si es real o es que la distancia es traicionera, pero parece que también lleva unos guantes de látex negros. Los niños lo reciben con la alegría y la tranquilidad de saber que realmente no es negro, que solo es un vecino disfrazado.

—Mamá, ¿cuándo es la Pascua?

—En unas semanas.

—¿Vamos a matar un cordero?

—¡Sí! Qué ilusión.

La vieja del paraguas vuelve a estar en primera fila saludando muy animada a Baltasar. Está adorando más al señor que se pinta la cara de Baltasar, que lo que adoró el propio Baltasar al Niño Jesús.

18

9 de enero de 2006

Este es el método que estoy perfeccionando para poder almorzar antes de que me roben el bocadillo. Todo empieza cuando mi madre me entrega la bolsa con el almuerzo. Ahí, en lugar de meterla en la mochila, saco el bocadillo, abro las rebanadas y reordeno las lonchas de queso de forma que queden acumuladas en la parte superior, dejando vacía la parte inferior del bocadillo. Lo envuelvo de nuevo en el papel de aluminio.

Cuando suena el timbre para ir al patio, empiezo a comer desde el mismo pasillo. Los primeros bocados no son fáciles, hay mucho queso por gestionar. Me paso masticando el primer bocado el mismo tiempo que tardo en bajar las escaleras.

Antes iba directo a mi lugar de costumbre, pero ahora doy un pequeño rodeo por el patio para seguir comiendo. Eso sí, no puedo tardar mucho en llegar a donde siempre, porque ahí me estarán esperando los malhechores. Y para que nuestra relación de maltrato no empeore, han de seguir creyendo que ganan ellos.

Hemos llegado a ese punto del año en el que los grupos de amigos ya están definidos. En mi clase hay cuatro: el de las niñas, el de los frikis, el de los futboleros y el mío. En mi grupo estamos yo y

mi sombra, aunque los días nublados, como hoy, estoy solo. Con el segundo bocado me he terminado el 70 por ciento del queso.

Los días como hoy, que no tenemos luz en casa, en el patio hace casi el mismo frío que en mi habitación, así que no lo llevo mal.

Cuando he llegado a mi lugar habitual, ya no queda queso en el bocadillo. Solo tengo dos cachos de pan que no me importa que me los roben porque mi estómago ya está lleno. Eso sí, he de fingir impotencia para que no sospechen.

Ahí vienen. Los secuaces se paran a dos metros de mí, y a partir de ahí, el líder se acerca solo. No entiendo lo que dice, pero siempre me dice lo mismo. Se refieren a mí con una palabra que no debe significar nada agradable. La impotencia de sentir que tengo un mote en un idioma que no conozco. No sé si significará «payaso», «retrasado» o es que hay un vocablo en árabe para decir «pedazo de mierda seca de pájaro». No me he atrevido a preguntarles a mis padres qué significa.

Me agarra el bocadillo y hago como que no quiero soltarlo. Forcejeo dos veces y enseguida cedo. Se gira y camina para irse con los otros, pero hoy se queda parado a medio camino. Percibo que lo está mirando, que abre las rebanadas. Leo un terror puro en las caras de los secuaces. El líder se ha dado cuenta de mi trampa, se siente humillado y un líder humillado puede ser muy peligroso.

Se da la vuelta y, clavándome una mirada de furia, me estampa el bocadillo abierto en la cara. Me llevo la mano al ojo, creo que se me han metido migas de pan. La otra mejilla, que hasta ahora estaba intacta, recibe el escupitajo de un secuaz. El otro controla que los profesores no estén mirando.

Hay tanto bullicio en el patio que nadie se ha enterado. Ningún profesor lo ha visto. Ha sido sutil, no ha sido una pelea como la de los dibujos animados en la que se levanta un círculo de polvo. Ha sido rápido, inesperado. Se van.

La saliva en mi cara huele a como te huele la saliva cuando llevas mucho sin comer y no te has lavado los dientes. Me siento extraño, como si me estuviera viendo desde fuera; siento que no estoy y que mi mirada no es capaz de fijarse en ningún punto concreto. No sé si eso que suena es el timbre o que me pita el oído.

Llevo un buen rato frente a mi plato de macarrones con nata y con la mirada puesta en el televisor apagado. La casa permanece en silencio, todavía no ha vuelto la luz. Lo único que funciona es el reloj de mi padre, que está en el sofá tumbado: son las tres y doce minutos de la tarde.

Se habían reído de mí, me habían insultado, me habían puesto motes, pero nunca me habían pegado. Cuando te pegan, ¿le duele también a la otra persona? ¿O todo el dolor que se genera en un golpe se lo lleva el que lo recibe? El dolor en mi cara casi se ha ido del todo, pero se me ha quedado un dolor que no localizo en mi rostro ni tampoco en ningún otro sitio de mi piel. Me ha nacido dentro un dolor que no está en ninguna parte. También he visto que, sin darme cuenta, cierro el puño con fuerza y lo mantengo tenso hasta que mis propias uñas me hacen daño.

Estoy comiendo los macarrones tan de uno en uno que creo que cuando haya terminado de comer volveré a tener hambre.

—Papá, una cosa.

—Qué.

—¿Qué quiere decir *Ja-in*?

—Traidor.

Levanta la mirada, se pone en alerta y me dice que por qué le pregunto eso. Le digo que para saber palabras, nada más.

—Y *tinifin*, ¿qué significa?

—Guisante.

—Vale, gracias.

Creo que he desactivado su alarma. Me pregunta que si tengo frío y le digo que no, pero igualmente me dice que me ponga una manta por encima. Noto algo en la garganta, como si me hubiera tragado una canica.

Estoy tardando tanto en terminarme la comida que pronto se convertirá en merienda.

La casa está completamente a oscuras; se escucha a mi padre en el portal hablando con un marroquí. Mi única distracción es mirar por la ventana. Llevo un rato largo apoyando la cara en el cristal. Está frío y me alivia el dolor.

Mi madre entra por la puerta con dos garrafas de agua en cada mano y echa una mirada general al salón. Suelta las garrafas y va directa a abrir un cajón del mueble.

—Pero qué oscuro está aquí.

Saca varias velas, las coloca estratégicamente por toda la casa y las va encendiendo. Las paredes adquieren un tono naranja, y la luz de las llamas hace que el salón sea más acogedor. Al rato vuelve y se sienta en el sofá.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada, viendo a la gente.

—¿Tienes tarea?

—Sí.

—¿La has hecho?

—Ahora voy.

Me siento a su lado en el sofá con el libro de lengua castellana y un lápiz. Se va haciendo de noche y el naranja de las paredes se intensifica. Hace más frío. Nos tapamos con la misma manta. Mi padre sube. Ellos hablan. No escucho palabras, solo el sonido agradable de sus voces solapándose. Mi madre me rasca el pelo mientras yo hago unos ejercicios que no sé si son los que hay que hacer.

—¿Qué tienes aquí?

Sus dedos pasan sobre un arañazo en la mejilla que me dejó el papel de aluminio del bocadillo.

—Me he rascado fuerte.

Hablan en su idioma y no entiendo nada. Me acerco a mi madre todo lo que puedo.

19

10 de enero de 2006

Un charco de baba seca que empieza en mi comisura termina en el cojín. Me levanto de un sobresalto. A estas alturas de la mañana ya debería estar saliendo de la ducha.

No puedo permitirme llegar tarde. Me envuelvo en una manta y salgo corriendo para reprocharle a mi madre que no me haya despertado. Es impresionante cómo a veces a una madre se le olvida que tiene que despertar a su hijo.

Como mi cuerpo sigue dormido y mis piernas no están todavía activadas, en mi carrera al salón me voy chocando con las paredes como si fuera una mosca en una ventana.

Cuando llego al salón, comprendo que hoy es festivo. Hoy no hay clase. Bueno, sí que hay clase, pero yo no voy a ir. Es la fiesta del cordero.

Me envuelve un olor a té de hierbabuena y música árabe a todo volumen. En la mesa hay varios platos con galletas, dátiles y fruta cortada. Una jarrita de aceite de oliva, mantequilla, queso y pavo en lonchas; a su lado, un montón de tostadas. Y también una tetera y al menos doce vasos sobre una bandeja plateada. Eso quiere decir que hoy, como mínimo, se pasarán doce personas por casa.

Mis padres están hablando cada uno por su teléfono con distintos familiares. Cuando ya se han felicitado y puesto al día con uno, se intercambian los móviles y se saludan enérgicamente con otro familiar.

Mi madre, sin soltar el teléfono, me ve y se me acerca con alegría. Recibo un abrazo materno de esos que avergüenzan en la calle, pero se disfrutan en privado.

—Ya se ha despertado el rey de la casa. *Mbruk Eid*, hijo, feliz día.

—Igualmente.

Señala a mi padre como ordenándome a que me acerque a él. Me pego a mi padre, que me levanta del suelo con un solo brazo, y sin soltar el teléfono, me dice:

—¡*Mbruk Eid*, Abdu! Madre mía, estás hecho un corderito.

Mi padre me coge en brazos una vez al año, siempre el día de la Pascua. De este levantamiento saca la información necesaria sobre mi peso y mi tamaño y, entonces, si ha de preocuparse, se preocupa.

—Toma, habla con tu tía Sora.

Me pone el teléfono en el oído y finjo que entiendo lo que dice.

—Hola, tita.

—Mbruk Eid, *niño*.

—Igualmente.

—¿Qué tal el instituto? ¿Te portas bien?

—Ya.

Mi madre me planta su teléfono en la otra oreja, y por cada oído me llegan voces diferentes. En el izquierdo percibo la voz de mi tío Hakim.

—Abde, tu tío Hakim al habla, *Mbruk Eid*, campeón.

A su vez, mis tíos les pasan los teléfonos a la gente que está con ellos y eso crea un barullo de felicitaciones disparejas. En un momento dado, pego un teléfono al otro y se genera una conversación de teléfono a teléfono.

Tocan el timbre y mi madre va a abrir. Aparece mi prima Fadua con su marido, cada uno hablando también por su teléfono con sus respectivas madres.

—Ya hemos llegado, mamá. Aquí te los paso.

Mi prima Fadua le ofrece el teléfono a mi madre, que se engancha en otro nudo de felicitaciones, y su marido me ofrece el suyo. Tengo que atenderlo obligatoriamente.

—Abderrahim, Mbruk Eid!

—Igualmente.

—¿Qué tal va todo? Cuánto tiempo sin escucharte.

—Bien, te paso con mi madre.

No sé con quién estoy hablando, así que le paso el teléfono a mi madre para que resuelva ella la conversación.

Mi prima y su marido se abrazan con mis padres, y mi madre les sirve un té a cada uno. Ahora mismo hay cuatro teléfonos con llamadas activas. Dos de ellos los gestiona mi padre con más o menos destreza, otro lo está agarrando mi madre con el hombro pegado a la cabeza y el último está sobre la mesa. Hay una señora al otro lado de la línea hablando sola.

Por lo que he ido aprendiendo a base de vivir en esta casa, el día de la Pascua hay dos normas no escritas: si suena un teléfono hay que cogerlo, y no se puede colgar hasta que todo el mundo haya felicitado a todo el mundo.

El marido de mi prima, cuyo nombre no recordaba hasta que mi madre llama su atención para ofrecerle unos dátiles, me choca la mano creyéndose joven. Tiene una cara de treinta años que no puede con ella.

—Qué pasa, chaval, *Mbruk Eid.*

—Igualmente.

Mi madre me agarra del cuello y me lleva a la cocina. Creo que se viene una pequeña intervención.

—¿Cómo que «igualmente»? Tienes que decir *Mbruk Eid*. La gente cuando se dice «feliz Navidad», no se responde «igualmente».

Se saca un billete de cincuenta euros y, mostrándomelo, me dice:

—¿Qué tienes que decir?

—Mbruk Eid.

Se conforma con mi mala pronunciación y me guarda el billete en el bolsillo del pijama.

—Y ve a ducharte y a vestirte. Hoy es fiesta, hay que ponerse guapos.

Suena el timbre de nuevo.

—Y abre la puerta también.

Voy corriendo, y al abrir me encuentro de pleno con la cara de un cordero zarandeándose. Viene sujetado por dos señores bigotudos que apenas hablan castellano. Me sonríen y dirigen la mirada tras de mí. Le pegan un grito a mi padre, que con tres teléfonos activos en sus manos, les dice que lo suban a la azotea.

Los señores se llevan al cordero, que gira el cuello manteniéndome la mirada. Me voy corriendo a ducharme para quitarme esa sensación.

A estas alturas del mediodía, la fiesta del cordero se está celebrando en tres espacios: el salón, la cocina y el portal.

El salón es el lugar más ruidoso y el más concurrido. La música está al volumen máximo, y aun así las voces suenan por encima. Aquí hay siete u ocho personas, la mayoría familia lejana y amigos de la familia. También hay un vecino que pasa a saludar todos los años, y al que mi padre todos los años invita a que suba a tomarse algo. Está contándole al resto la historia de cómo llegó hasta aquí.

—Yo llegué a Europa dentro de un camión de berenjenas, escondido entre cientos y cientos de berenjenas. No os podéis ni hacer a la idea de lo mala idea que fue eso. Estuve doce horas enterrado en berenjenas. Encima le pagué nueve mil dírhams al conductor con la condición de que no fuera nadie más en el camión y…

El marido de mi prima, en bajito, me dice que eso son casi mil euros.

—… el hijo de la gran puta del conductor no cumplió su palabra. En el último momento, antes del viaje, me dijo que vendría con nosotros un argelino. El puto argelino a partir de la cuarta hora empezó a quejarse del calor y le dije que se callara, que nos iban a escuchar. Cuando le vino el hambre empezó a morder berenjenas y el gilipollas hasta ese momento no sabía que era alérgico. Se le hincharon los labios que parecía una estrella de Hollywood.

En ese momento, al señor le cae del cielo una berenjena. El salón entero estalla de risa y el tipo, en uno de los enfados más graciosos que he visto en mi vida, empieza a buscar al culpable, amenazando al aire con la berenjena.

—¿Quién ha sido? Que salga, quién ha sido el cobarde. Estás hecho un cobarde acomodado. Los que habéis venido en avión sois unos pijos. Tfú!

Alguien de entre la multitud le dice que por qué no le da un bocado a la berenjena y, el tipo, de los nervios, se termina el té de un sorbo y se marcha a fumar al portal.

Hoy tengo un trabajo asignado: recoger los vasos de té que ya estén usados, lavarlos y ponerlos de nuevo en la bandeja de plata. Cojo el vaso y lo llevo a la cocina.

Mi madre está cortando unas manzanas en cuadraditos. Apoyada en la pared está Warda. Warda es una prima de mi padre de unos cuarenta y cinco años que, mientras se fuma un cigarro y echa el humo al balcón, le está contando a mi prima Fadua la historia de cuando abandonó a su marido.

—Yo me divorcié en los noventa en un pueblo *muy chiquitito del norte de Marruecos*. *Bueno*, entonces el divorcio no se podía, *pero* me escapé igualmente. Tienes que entender que *los noventa en Marruecos eran como los setenta en España*. Yo quería casarme *porque* todas mis primas se habían casado ya *y me decían* que me estaba poniendo vieja. Así que acepté la mano de uno que parecía bueno y me comí una mierda. Vosotras me conocéis, *yo siempre he llevado el cabello suelto*. Este al principio no dijo nada y con los meses se fue destapando. Empezó con eso y sin darme cuenta, a los dos años *yo ya era la esclava de un acomplejado.*

Mi prima interrumpe su relato.

—¿Acomplejado de qué?

—Fadua, una vale más por lo que calla que por lo que cuenta. Pero te lo voy a contar: llevaba peluquín, zapato con tacón por

dentro y cuando sudaba *olía a sobaco de burro.*

Mi madre estalla de risa. Warda sigue con su historia.

—*Encima* no me dejaba contarle nada a nadie. Todos los problemas que teníamos me los tenía que comer con patatas. *Pero* yo empecé a llamar al padre de este.

Esto último lo dice señalándome a mí.

—Y se lo contaba todo. *Era el único que lo sabía*. Con la última que me hizo, fui corriendo al locutorio y le llamé para contárselo. No se lo pensó dos veces y me compró un billete de avión para esa misma noche. Llegué de madrugada aquí. Estuve dos días llorando y al tercero ya estaba limpiando escaleras.

—Uau.

—Así que tú, Fadua, si algún día quieres irte de tu marido, *llámame*.

—Estamos muy bien.

—Eso es al principio, luego ya me contarás.

—Llevamos siete años.

Mientras lavo vasos, los adultos cuentan cosas fuertes como pensando que no voy a entenderlas.

—Y antes de escaparme le prendí fuego a sus pelucas y le robé todo el tabaco. Ese día empecé a fumar. Toma, Abde, devuélvele este mechero a tu padre.

Bajo las escaleras corriendo y le doy el mechero a mi padre. Están él y Bartolomé echando el rato. De vez en cuando, viene gente a saludar y mi padre les dice que suban. Es el relaciones públicas de la Pascua.

—Mohamed, ¿cómo era que se decía?

—*Mbruk Eid.*

Bartolomé se lo escribe en la mano.

—Y tú, Bartolomé, ¿no has pensado en casarte?

—Alguna vez, Mohamed, pero yo tengo la vida hecha ya. Y además a mi edad está difícil porque para hacerse novios hay que juntar dos vidas en una y no quiero perder mis cosas.

—Ya.

—No te creas, alguna vez lo pienso, ¿eh? Que tendría que haberme puesto de novio en la época en la que no tenía la vida hecha. Pero luego pienso: ¿y lo tranquilo que estoy yo el sábado por la mañana?

—Yo también estoy tranquilo el sábado por la mañana.

—Pero me cago en Dios, Mohamed, tú estás hecho de otra pasta.

Son las once y veinticinco minutos de la mañana. Ahora mismo faltan treinta minutos para que termine la clase de lengua castellana. Hoy el instituto está sin musulmanes, el sueño de muchos.

Me avergüenza imaginarme lo que se estarán pensando mis compañeros que estoy haciendo hoy. Pero entonces me veo reflejado en el cristal de la puerta y me veo guapo, con ropa nueva. También me veo el arañazo en la mejilla de la pelea de ayer, sí. Pero también me veo el billete de cincuenta euros, y hoy estoy más contento que triste porque hay tanta gente en casa hablando tan fuerte que se me olvidan mis problemas.

Llega entonces el marroquí amigo de mi padre al que hace unas semanas le traduje una carta. El señor se ha vestido todo lo bien que podía: unos vaqueros y una americana un poco gastada. Lleva una bolsa de plástico con un par de zumos. Lo bueno de esta fiesta es que hasta el que menos tiene aporta lo que puede. Acerca su

mano a la de mi padre y se dan la mano. Lo mira con un respeto. Aunque mi padre no lo vea, el señor baja la mirada y sigo pensando que este hombre tiene mirada de guepardo criado en cautividad.

Empiezan a hablar en su idioma y mi padre, en su espíritu de relaciones públicas, le presenta a Bartolomé.

—Bartolomé, este es Mokhtar.

El señor saluda a Bartolomé y este aprovecha para mirarse la mano y de forma más o menos apañada, decirle:

—Mbruk Eid.

Mokhtar le saluda agachando la cabeza.

—Estamos buscándole trabajo, por si te enteras de algo. Y este que viene con él es su hijo. ¿Cómo te llamas?

Entonces, una voz que me resulta muy familiar, en un castellano más o menos chapurreado, dice:

—Me llamo Soufian.

Me giro y sí, es él. El niño que lleva meses robándome el bocadillo, el que ayer me estampó el pan en la cara y me dejó un arañazo, el que me hace bajar con miedo al patio, ahí está, presentándose a mi padre con una timidez que no le había visto antes.

En esos momentos nos miramos y veo que está mucho más sorprendido que yo. Intenta esconder la sorpresa de su cara. Tiene miedo. Por primera vez veo a un niño. Su padre le dice que se acerque a saludarme. Viene y nos damos la mano. Cada uno dice su nombre haciendo como que no nos conocemos.

—Soufian.

—Abde.

Sin hablarlo, parece que los dos estamos de acuerdo en que hay que mantener silencio. Yo por vergüenza de que sepan lo que me hizo y él por miedo a ser descubierto. Mi padre los invita a subir y ahí van.

Además del salón, la cocina y el portal, hay un cuarto lugar de encuentro: la azotea. Ahí no he querido subir todavía. Mi estrategia de este año para no sufrir cuando maten al cordero consiste en no hacerme su amigo, y ya está. Se acabó lo de acariciarlo toda la mañana, se acabó lo de darle agua. Este año no me pienso hacer íntimo de alguien que lleva encima la pena de muerte.

El imán y sus compañeros lo tienen todo listo para el sacrificio. Me han preguntado si quiero participar, pero les he dicho que tengo que lavar vasos. Todos los mayores están en la azotea.

En el salón estamos Soufian y yo. Debería estar enfadado con él, pero lo veo ahí y siento tristeza. Mi madre me dijo que no tiene madre y que comparte habitación con su padre. Además, hoy lleva ropa que no es nueva, ya se la había visto antes en el instituto.

Se ha quedado con los ojos fijos en una foto mía de pequeño. Estoy con mi madre en un columpio. Agacha la cabeza y muerde un bocadillo no muy diferente al que ayer me estampó en la cara.

Hacemos contacto visual. Su mirada violenta ha desaparecido, ahora es de guepardo en cautividad.

Un grito desgarrador del cordero nos hace girar la cabeza.

20

11 de enero de 2006

Son las seis y cuarenta y cinco minutos de la mañana. Mi madre me despierta. Me levanto con resaca de la Pascua. Me quedé hasta las doce bebiendo zumo de melocotón y uva y disfrutando de ver a Warda bailar. Ayer se contaron tantas historias divertidas, no quiero que se me olvide ninguna. La casa está cargada de energía. Me gusta que el desorden en el salón vaya a quedarse varios días.

Mientras desayuno, mi madre me pregunta que qué tal con mi nuevo amigo. Le digo que me sonaba de algo, que creía haberlo visto alguna vez en el patio.

Cuando salgo de la ducha y voy a la cocina a por mi almuerzo, veo que mi madre me ha preparado dos bocadillos. No importa que me diga para quién es el otro.

21

7 de febrero de 2006

Ya solo vienen a por el bocadillo que les prepara mi madre y se van a su esquina. Soufian, a veces, me choca el puño. Tampoco somos amigos, pero todo está en orden aquí en el patio. El alivio se ha ido acumulando día a día, patio a patio. Ya no tengo miedo, ahora solo me aburro.

En los cuentos, cuando se terminan los problemas, los protagonistas viven felices y comen perdices. Antes me creía eso de que comer perdices era una manera de celebrar la felicidad, pero ya hace años que pienso que simplemente lo dicen porque rima.

Y me alegra que no sea verdad, porque el otro día vi en la tele que las perdices ponen sus nidos en el suelo y me dio pena que no se puedan permitir uno en los árboles como los demás pájaros.

Me alivia que la felicidad humana no se manifieste comiéndonos a esos pájaros tan débiles.

No estoy feliz, tampoco estoy triste. Supongo que no hay tanta diferencia entre yo y una perdiz que ha encontrado un buen rincón.

Ha vuelto a pasar lo de siempre. Alguien ha dejado invitaciones de cumpleaños en todas las mesas menos en la mía. Por lo que comentan, caerá el día de carnavales y será una fiesta de disfraces. Al contrario que otras veces, no hago el esfuerzo por descubrir de quién es el cumpleaños, no me importa.

Llega la profesora Aina Campaner, cuelga su chaqueta en la silla y se pasa unos veinte minutos explicando la diferencia entre el diptongo y el hiato. Lo bueno de no estar presente es que el tiempo en clase se me pasa volando. Lo malo de no estar presente es que me doy cuenta de que no lo estoy viviendo todo. Es como si mi espíritu fuera saltándose cachos de vida. Voy en un tren a toda velocidad y la vida pasa rápido por las ventanas; yo a veces miro y a veces no.

El chasquido de unos dedos me arrastra al presente. Toda la clase está mirándome, incluida la profesora Aina Campaner.

—Abde, que estás en la parra. ¿Es diptongo o es hiato?

—¿El qué?

—En «anciano», ¿es diptongo o es hiato?

—Ah, diptongo.

—¿Por qué?

No sé qué responder a eso, así que la profesora me apunta un negativo más. No sé cuántos llevaré a estas alturas del curso, pero los suficientes como para que la profesora se rinda conmigo y continúe la clase sin apretarme.

Llevo toda la tarde solo en casa. Desde que mi padre empezó a trabajar en los juzgados, esto es más que habitual.

Varios días a la semana vienen dos policías a buscarlo y se lo llevan unas horas. Mi padre ahora se dedica a traducir a los delincuentes que no hablan castellano. Luego me dice que no puede contarme nada, ya que eso sería un delito. Pero si le insisto un poco, termina por hacerlo.

Normalmente son chavales a los que han pillado vendiendo droga en la calle, o robándole los higos a un señor que tenía las higueras descuidadas.

«El presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, inaugura la cuarta terminal del aeropuerto de Barajas…».

Los días que me quedo solo, mi padre deja la radio encendida para que me haga compañía. Además de la radio, también enciendo la tele. Esto genera un ambiente en el que las voces suenan más fuerte que mis pensamientos.

Hay algunos pensamientos que me da miedo tenerlos. A veces se me agarran a la cabeza: el de repetir curso, el de que mis padres se mueren o el de que me quedo solo en la vida. Sé que estoy creciendo porque la soledad es un miedo que tienen los mayores.

«Confirman el primer caso de "vaca loca" en Suecia…».

Me acuerdo de lo de las vacas locas como si fuera ayer. Mi padre se asustó y estuvimos casi un año sin comer ternera. Durante meses soñaba que estábamos cenando y de pronto mis padres se convertían en dos toros y me perseguían por el pasillo.

Hace años que el tema está controlado, solo que, de vez en cuando, una vaca se vuelve loca. No me parece mal. Mientras no se vuelvan locas todas de una, no hay problema.

Aquí, en el barrio, hay un señor al que llaman Pitucas. Se volvió loco hace tiempo. Empezó a drogarse de muy joven y el tema fue

escalando escalando, hasta que nunca más volvió a la realidad.

No tiene familia ni casa, aunque, de algún modo, el pueblo entero es su familia y su casa. Pitucas entra a los bares y le sirven lo de costumbre, saluda a todo el mundo y siempre pasea con entre uno y tres perros callejeros. No es peligroso, tan solo tiene sus cosas como por ejemplo atar botellas llenas de su pis a los limoneros del centro. Si todos fuéramos Pitucas, el sistema colapsaría. Pero que haya un Pitucas aporta su punto de diversión. Los chavales juegan a darle balonazos a las botellas de pis, y el que la revienta gana.

La idea del Pitucas se me desvanece de la mente cuando oigo la llave rotando en la puerta. Entra mi madre cargando tres garrafas de agua y suelta veintiocho euros en la mesa del trabajo de hoy.

—Abde, ¿todavía no ha vuelto tu padre?

—No.

—Se estará alargando el juicio.

—Sí.

Lleva las garrafas a la cocina, se quita los zapatos y vuelve al sofá con dos mandarinas. De camino, apaga la radio.

—¿Has hecho la tarea?

—Me queda una parte.

—Ponte a ello.

—Vale.

Voy a la mesa y hago como que llevaba toda la tarde haciendo la tarea. Leo de arriba abajo los ejercicios. No tengo mucha idea de cómo resolverlos. Ella cambia de canal y pone una telenovela.

«Mi padre se murió de pena y yo no voy a permitir que eso me pase a mí también…».

Mi madre se emociona al instante, entrando de un zambullido a la historia venezolana.

—Oye, mamá.

—Dime.

—¿Has visto que han encontrado una vaca loca en Suecia?

—Uf, no se lo digas a tu padre.

22

20 de febrero de 2006

El aire de febrero es el más fresco del año. Hace unos años escuché por la radio que el frío es bueno para la piel. Desde entonces, me siento menos culpable por salir a fumar en estas fechas.

Las voces del vecindario rebotan en las fachadas hasta apagarse; a mis oídos solo llegan murmullos, palabras sueltas. Se acerca el motor de un coche que me resulta familiar. Aparca justo delante de mí. Aprieto el botón y la voz robótica me indica que son las nueve y treinta y ocho minutos de la mañana.

—Llegas ocho minutos tarde, Ferrer.

—Ese reloj es un chivato.

Tiro el cigarro al suelo y me sacudo la chaqueta. No me gusta llevar ceniza encima.

—Pero cómo echas la colilla al suelo delante de la policía.

—Perdona, me he despistado.

Me abre la puerta del copiloto y entro agachando la cabeza para no darme un golpe en la frente, como otras veces. Me pongo el cinturón, hoy lo he metido a la primera. «Escúchame, compréndelo, es imposible nuestro amor…».

—Qué música es esta.

—Camela, ¿es que no los conoces?

—No.

—Mi mujer me regaló este disco el otro día por San Valentín.

Bajo la ventanilla. Intuyo por qué calles vamos girando según el ruido que me llega desde fuera. El mercado habla fuerte y a muchas voces: métele un par más de tomates; mira qué fresones, pruébate uno, anda.

—¿Qué tenemos hoy?

—Un chavalín que hace unos meses que merodea por aquí, parece menor de edad. Lo han pillado tres veces robando en el supermercado.

—¿Merodea?

—Sí, o sea que va de un lado a otro sin rumbo.

—Ah, quieres decir que sale a pasear.

—Ya, bueno.

—Los españoles pasean, los extranjeros merodean.

—Moha, bájate de ese burro. No lo hemos pillado por pasear, ha sido por delinquir en varias ocasiones.

—Ya lo sé, estoy chinchándote, nada más.

El viento me levanta los pelos del brazo, que chocan entre ellos. «Nunca debí enamorarme, vivir sin ti, cariño, lo que me está costando».

—¿Por qué no pones la música más alta? Casi ni se escucha.

—Imagínate que te para la policía y descubres que va escuchando Camela. Le pierdes el respeto.

—Ya me imagino.

—Vosotros no hacéis San Valentín, ¿no?

—¿Lo del día de los enamorados?

—Sí.

—Qué va, nosotros nos queremos todo el año.

Desde varios metros de distancia me saluda una voz nasal, metálica, a unos decibelios tan altos que retumban en toda la comisaría, y que advierte a todos de mi llegada. Es la secretaria.

—Pero buenos días. Mira quién viene por ahí.

—Aquí estamos.

—Tú como en tu casa, rey.

—Gracias, cada día suenas más joven.

Emite un ruido que mezcla agradecimiento y vergüenza. Ferrer me sigue guiando camino a su despacho.

—Atento, Moha, que vienen dos escalones.

Abre la puerta y saluda al detenido. Ferrer me sienta a su lado.

—Hola.

—Hola.

—Me llamo Mohamed, ¿cómo te llamas tú?

—Monir.

—Dicen que te han pillado robando.

—Sí.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

Hacía tiempo que no escuchaba un árabe argelino tan marcado. Me suena lejano, a más allá de Constantina, de Annaba incluso. Por el timbre de su voz no diría que sea mayor de edad. Ferrer me pone la mano en el hombro.

—Hazme el favor de preguntarle si tiene familia aquí, a ver qué te dice.

Se dirige a mí con discreción, como si el niño pudiera entenderle.

—¿Tienes familia aquí?

—Unos primos mayores que venden marihuana, yo no quiero meterme en eso.

—¿Qué te ha dicho?

—Que sí, que tiene algo de familia lejana, pero que no se hablan.

El bolígrafo de Ferrer apunta mi traducción en la libreta.

—Pregúntale a ver si ha estado robando en otros establecimientos.

—¿Has robado en otras tiendas?

—No. Solo he robado comida.

—¿Y cuántas veces has robado comida?

—Seis o siete veces. Cuando tengo hambre.

—¿Y por qué no trabajas?

—No encuentro.

Me giro hacia Ferrer.

—Dice que no, que solo ha robado comida, por necesidad. Tres o cuatro veces.

—Así que cuatro, ¿eh? Se está delatando, porque aquí teníamos notificadas tres veces solamente.

Sigue apuntando todo en su libreta.

—Dile que si volvemos a pillarle robando las cosas se pondrán muy complicadas para él.

—Vale.

Le hablo en un tono más contundente.

—Te dejan marchar, pero no robes más.

—Dile que hay un policía que es un hijo de la gran puta, que siempre que me ve me persigue, me tiene controlado.

—¿Qué ha dicho?

—El chaval dice que algunos policías están muy encima de él. Eso le asusta, se siente vigilado.

—Dile que solo hacemos nuestro trabajo.

Ferrer me da dos toques en la espalda. Eso significa que tengo que ponerme de pie; ya hemos terminado.

—Vamos. Descartamos que este chaval sea peligroso. Te llevo a casa.

Ferrer llama a uno de sus compañeros para que acompañen a Monir hasta la puerta. Antes de salir del despacho, me giro hacia donde creo que sigue estando.

—Monir, escucha.

—¿Sí?

—Pásate la semana que viene por la puerta de mi casa.

—¿Dónde vives?

—Pregúntalo por ahí.

Subimos los dos escalones y nos vamos.

—¿Qué le has dicho?

—Que se busque un trabajo.

Son las trece horas y treinta y cuatro minutos de la tarde. Ella me pasa un trapo por la muñeca limpiando el reloj.

—Otra vez lo has manchado de aceite.

La ceguera me ha complicado comer con tenedor, cuchara y cuchillo. Yo he comido toda la vida con las manos. Nunca como arroz

ni espaguetis, se me escapan. No los necesito; todo lo que me cocina ella me llena, me satisface. Sus platos me parecen adictivos. Ya no sé si es porque los hace ella o por la nicotina que hay en mis dedos, que se mezcla con las patatas guisadas y el cordero, las almendras, el calabacín, el pan mojado en caldo, el comino, la sal. Todo acaba triturado, ardiendo, llenándome la barriga.

—No comas tan rápido.

—Y tú no comas de pie.

Nunca se sienta a comer, siempre hay tareas pendientes. El golpe de su mandíbula masticando se mezcla con utensilios de cocina golpeándose entre sí, grifos que se abren y se cierran, cajones en movimiento.

—Te ha salido muy buena la marmita.

—Está buena, sí. ¿Cómo ha ido lo de comisaría?

—Un niño que ha robado comida. Dice que tiene dieciocho años. No sé yo. Parece más cerca de Abdu que de los dieciocho.

—Me dan pena estos niños, no tienen ningún futuro.

—Le he dicho que venga a verme. Lo voy a colocar en algún sitio como peón de obra.

Le cuento que el niño es de Argelia y que hoy escuché algunas palabras que hacía años que no escuchaba. El gas de la botella al abrirse me salpica y rellena mi vaso.

—No deberías beber tanta Coca-Cola.

—Pues para qué me la sirves.

Rebusco en el plato, creo que ya no queda nada sólido.

—¿Y el nuestro qué?

—No sé. No parece que estudie mucho.

—La profesora no ha vuelto a llamar, ¿no?

—No.

Arranco un trozo de pan y lo paso por todo el plato hasta dejarlo seco.

—¿Sabes que el otro día fue el día de los enamorados?

—Y no me has hecho ningún regalo.

—Te he dado un hijo europeo.

—No, eso te lo he regalado yo, que para algo estuve ocho horas pariendo.

Se ríe de su propia frase como si antes de decirla no la hubiera pensado ni un segundo. Su risa fuerte y aguda se me guarda en una parte de la cabeza que es solo para ella.

Son las nueve y dieciséis minutos de la noche. Ella medio dormida en el sofá, una telenovela en la televisión. Creo que el niño está en la mesa, aunque hace un rato que no le oigo moverse, así que podría haberse ido ya a dormir. Voy a lanzar una pregunta al vacío, por si acaso está por aquí.

—¿Qué tal el instituto?

—Bien.

—¿Estás estudiando?

—No.

—Hoy he ido a la comisaría.

—Ah, ¿sí?

—Sí, pero no puedo contarte nada. Es secreto.

—Ya.

Otros días me pregunta más, me insiste. Pero hoy no tiene ganas de hablar. Le salen pocas palabras, pero siento que hay tantas

palabras rebotando en su cabeza, como en una olla a presión.

—Me voy a dormir.

Choca su cuerpo entero sobre el mío. Más que un abrazo parece que alguien me haya tirado un muñeco.

—Venga, lávate los dientes primero.

Salgo a la terraza a fumar antes de irme a la cama, y una y otra vez algo no para de repetirse en mi cabeza: «Dime que sientes lo mismo que yo… Dime que me quieres, dímelo».

23

13 de marzo de 2006

Después de muchos desayunos he descubierto cuál es la cantidad perfecta de galletas que pueden mojarse juntas en leche: tres.

«… estos días se cumplen dos años del mayor atentado de la historia de España y el segundo mayor atentado cometido en Europa…».

Si mojas solo dos galletas, el bocado queda demasiado líquido y no termina de saciar. Por otro lado, cuatro galletas es demasiado ambicioso pues la estructura se rompe con facilidad. Más de cuatro galletas ya estaríamos hablando de verdaderos ladrillos: el bocado es seco y el gasto de leche aumenta, no es eficiente.

«… pese a que judicialmente y policialmente la investigación está prácticamente cerrada, la mayoría de los encuestados…».

Es muy importante el factor tiempo, no hay que sumergirlas más de cuatro segundos. Si lo haces, olvídate de sacar las galletas enteras. Hay que renunciar a ellas y seguir, que, si todo va bien, se irán acumulando en el fondo del vaso creando un sedimento que podría apañarte el final del desayuno.

«… un 66 por ciento de los españoles cree que aún "no se sabe lo que en realidad pasó el 11-M"…».

Estoy ante una tragedia. He calculado mal y ahora me queda una sola galleta para terminar el desayuno. Una galleta triste y sola. Este no parece el inicio de un buen día. Me la como y salgo corriendo a ducharme. Por el camino me choco con mi padre, que está toqueteando la radio y un poco de mal humor.

—No corras, que te vas a caer.

Aflojo el paso, hay que obedecer al líder. Me cruzo con mi madre, que, detrás de un montón de sábanas que van a ir a la lavadora, da unos golpes en el suelo con el pie para meterme prisa.

—¡Corre a ducharte!

Las leyes han cambiado. Salgo corriendo.

Bajando al patio por la escalera abarrotada de niños. La conversación de los tres que van justo delante de mí se cuela en mis oídos:

«No se sabe si fueron los moros o los etarras. Yo creo que fueron los dos a la vez. En plan, ¿quieres decir como cuando se juntan dos cantantes? Sí, como Shakira con Alejandro Sanz en la canción esa. Podría ser, porque Shakira es mora, ¿no? Qué dices, si está buena. Hay que ir con cuidado con los etarras también. ¿Cómo son los etarras? Porque yo veo a un moro y digo vale, lo reconozco. ¿Pero un etarra? Me dan más miedo los etarras porque no sé qué cara tienen. A mí los moros antes solamente me daban asco, pero ahora me dan miedo también. Los etarras son vascos, pero creo que los vascos no tienen una cara común. Realmente los moros tampoco, hay algunos con pelo rizado, otros con pelo liso. ¿Te gustan o qué?

Qué dices. Pues yo tengo familia en el País Vasco. Ah, ¿sí? ¿Y no pensabas decirlo hasta ahora? Tío, estas cosas se avisan».

Uno de ellos se gira, me ve y obliga a los demás a hablar bajito y a acelerar el paso. Huyen avergonzados entre la multitud. No sabía que tenía ese poder.

Antes de llegar al escalón donde me siento todos los días, doy un rodeo por la esquina de los marroquíes y les entrego el bocadillo. Su líder me invita a quedarme, pero prefiero estar solo. En días como estos no puedo permitirme juntarme con ellos. Chocamos los puños y marcho a mi territorio.

Con cada bocado dirijo la mirada a una zona distinta del patio. A unos diez metros a la izquierda hay un grupo de niñas de mi clase. Han dibujado un camino de cuadrados en el suelo. En algunos cuadrados saltan sobre una pierna y en otros sobre dos.

En el centro, y ocupando casi todo el patio, hay un grupo grande en el que juegan al fútbol los niños de 2.º A contra los niños de 2.º B.

Debajo de la escalera hay un grupo de frikis de 3.º; desde aquí parece que están intercambiando cromos.

Al fondo hay unos chavales que se nota que son de 4.º porque ya se peinan para ligar. La cresta es el peinado estrella. Todos los pelos de la parte lateral de su cráneo se juntan en una hilera que aguanta fija arriba, a base de litros y litros de gomina.

A unos veinte metros a mi derecha están mis compañeros jugando a la lata. Por primera vez en todo el día hago contacto visual con alguien. Es Miquel Aguirre. Me está haciendo señales. Me anima a acercarme. Señala la lata. Es una invitación. Nunca antes había ocurrido esto. Me pienso si ir o no, pero ¿qué clase de niño no iría a

jugar a la lata? Toni Delgado también insiste. Me termino el bocadillo y salgo corriendo para allá.

—Hola.

—Sabes jugar, ¿no?

—Sí.

—Vale, yo empiezo.

Arranca el juego. Toni le da una patada a la lata y salimos todos corriendo en direcciones distintas.

El ruido del aluminio chocando contra su zapato me da un subidón de adrenalina. Corre detrás de ella, la controla con el pie y apunta a David Bustamante. Le pega una patada y la lata choca fulminantemente contra él. Los demás nos alejamos y David me pone en su punto de mira.

La esquivo y justo impacta contra Miquel, que pasaba corriendo por detrás. Me da un brote de energía. Estoy siendo parte de la diversión.

—¡Quedan cuatro minutos!

La cosa se pone seria. Todo se acelera. En un despiste, me golpea contra el gemelo. Tengo menos de cuatro minutos para darle a alguien si no quiero perder. Necesito demostrarles que soy bueno en esto para que me inviten más veces. Doy un par de chutes fallidos. Se empieza a notar en el ambiente que se acaba el patio. Toni se mira el reloj.

—¡Tres minutos!

Por un momento pienso en lo útil que sería ahora el reloj de mi padre. No haría falta pararse a mirarlo; con darle a un botón y que te dijera la hora, ya estaría. Me imagino a mis compañeros flipando y fantaseo con lo popular que podría hacerme ese reloj. No me puedo

creer que esté jugando en el patio, se acabaron los días de sentarse. Le meto un patadón que Toni no puede esquivar. Percibo admiración por parte de David.

—Dos minutos.

Esta vez, en lugar de alejarnos todos, los demás se colocan en una formación un poco extraña. Toni la chuta hacia mí, que consigo esquivarla, pero de pronto alguien me la ha chutado por detrás.

—¡Un minuto!

Me la quito de encima dándole a David y enseguida se alían todos contra mí. Se la pasan unos a otros intentando darme. Es una encerrona. No paro de correr de la desesperación. Estoy chorreando en sudor y no me queda energía. Me golpea de nuevo. Intento con todas mis fuerzas darle a alguien, pero están demasiado lejos. No me queda tiempo, voy a perder. Me imagino en algún lugar de la ciudad al reloj de mi padre diciendo que son las once en punto de la mañana. Suena el timbre y me quedo bloqueado. Todos los niños salen corriendo de vuelta a sus clases, y, en medio de ese barullo, Miquel Aguirre, Toni Delgado y David Bustamante vienen hacia mí. Me tapo la cabeza con las manos.

Me cae la primera, la segunda. Tres collejas. Me empieza a picar la nuca y echo la cabeza atrás para protegerme. Error fatal; he abierto la veda de los tortazos en la frente. El timbre sigue timbrando y los niños siguen corriendo y yo sigo bajo una lluvia de tortas que desde fuera, normalmente, no parece que dure tanto.

Un tortazo nuevo me gira la cara, este ya es anticonstitucional. Me veo de rodillas en el suelo. Me parece oír algún insulto también.

Pierdo la cuenta en quince hostias cuando, de repente, una mano nueva entra en escena. Lleva otra trayectoria; no va a por mí,

impacta directamente en la cara de Miquel Aguirre. Levanto la mirada del suelo y veo a Soufian metiéndole un tortazo a Miquel que suena como un filete cayendo en una encimera. Uno de los secuaces me arrastra sacándome de la pelea y, entre Soufian y el otro, empiezan a dar tortazos a Miquel, David y Toni. Miquel y Toni intentan defenderse, pero los tortazos marroquíes son simplemente superiores y enseguida se ven acorralados. Los tortazos marroquíes van de ida y vuelta, van con la palma y vuelven con el revés de la mano. David se rinde y sale corriendo, pero una zancadilla le hace impactar brutalmente contra el suelo.

El conflicto escala tan rápido, pero tan rápido, que de pronto un niño de otro curso se para, señala a la pelea y grita con miedo:

—¡Un atentado!

El grito altera a todos los que se encuentran en un círculo de treinta metros a la redonda. Y mientras que ellos siguen envueltos en la mayor pelea de la historia del patio, todos los demás entran en pánico.

—¡Terrorismo!

Esto lo grita no irónicamente y con mucho miedo una niña que huye al baño a protegerse. La pelea ha llegado a armar tanto jaleo que ha llamado la atención de los profesores, que se meten rápidamente a separarlos.

Cuando termina la batalla campal, yo estoy con el cuello y la frente roja, sujetándome la cara con las manos. Miquel sigue con rabia y se zarandea intentando escapar de los brazos de un profesor. Toni, con la mirada de las mil yardas. Los marroquíes prácticamente ilesos.

David habla llorando con la profesora Aina Campaner. Tiene una herida en la rodilla que le ha ido goteando sangre hasta el tobillo. Él me señala desde lejos y ella clava su mirada en la mía.

Y, mientras se lo lleva un profesor como si fuera un paramilitar capturado por el régimen, Soufian se gira hacia mí y, justo cuando termina de sonar el timbre, me guiña el ojo y sonríe.

—¿Tú te crees que esto es normal? ¿De dónde has aprendido tú todo esto?

Mi padre me reprende a gritos. Mi madre todavía sigue en shock. Desde que he llegado a casa, ninguno de los dos me ha podido mirar a los ojos.

—Dos veces nos ha llamado ya la profesora este año. Si no te gusta estudiar vale, pero meterte en peleas eso de dónde ha salido.

Intento defenderme.

—Papá, han empezado ellos.

—Qué me importa eso a mí. Tú si ves peleas te vas, no te quedas. No has aprendido nada o qué.

—Además que yo no he pegado a nadie.

Maldice en su idioma y se lleva una mano a la frente. Entiendo que no tengo derecho a hablar.

—Y si no has pegado a nadie por qué te han expulsado tres días sin clases. ¿Tú crees que somos tontos? Que tu madre se destroza a trabajar cada día limpiando escaleras, rompiéndose la espalda para darte un futuro, y tú se lo devuelves así. ¿Te parece normal?

Mi padre, por primera vez en su vida, enciende un cigarro dentro de casa. Mi madre le dice que salga a fumar al balcón. La inercia de

mi bronca hace que ella se lleve un grito.

—¡Ya voy!

Mi padre se va. Mi madre me mira con decepción. Luego me esquiva la mirada y con los ojos cerrados mueve la cabeza como diciendo que no. Suspira, se levanta y se va.

24

24 de marzo de 2006

Mis brazos están duros como una roca y nunca he pisado un gimnasio. He ganado músculo limpiando barandillas, fregando escaleras, pintando paredes, llevando garrafas, cargando bombonas y taladrando con cuidado azulejos muy antiguos.

—Con cuidado, los azulejos son muy antiguos.

Encarni ha bajado la tapa del váter y se ha sentado ahí para ver desde primera fila cómo agujereo la pared. Me dijo que necesitaba una repisa en su cuarto de baño y en esas estoy.

—Se los regaló a mi madre uno que estaba enamorado de ella.

—Ah, ¿sí?

—El hijo de un político importante.

Se pone a narrarme una historia de amor que nunca se resolvió y que queda por debajo del ruido del taladro. Cuando lo apago, Encarni arranca con un nuevo tema de conversación para el que solo me exige que asienta de vez en cuando.

—¿Sabes que fui la primera universitaria del pueblo?

—¿De verdad?

Me ha contado tantas veces esta parte de su vida que puedo seguir trabajando sin perder el hilo de la historia. A pesar del ruido

de la broca, la voz de Encarni se cuela en mis oídos y se mezcla con mis pensamientos. Entraba a clase y todos los hombres me miraban, algunos con desprecio, otros con curiosidad y yo aprieto el taladro para que el agujero sea más profundo, pero debo tener cuidado, ya que los azulejos son muy antiguos y llegó el día de la graduación, que hasta vinieron del periódico y me sacaron fotos y yo sonreía. Me esfuerzo por mantenerme concentrada en esta nube de polvo, ruido y recuerdos de Encarni. Apago el taladro y me giro hacia ella.

—¿Y qué más?

—¿Qué más de qué?

—¿Te sacaron fotos para el periódico?

—¿Fotos?

Busca con la mirada a su alrededor, confundida. Se entristece al pensar que le ha vuelto a fallar la memoria. Entonces me doy cuenta de que ella no me estaba contando nada, que dejó de hablar cuando encendí el taladro y todo lo siguiente lo estaba recordando yo de otras veces que me había contado la historia.

Hoy tengo tantas cosas rebotando dentro de mi cabeza y tantas tareas por hacer que a ratos me cuesta saber si algo lo estoy pensando o lo estoy escuchando de fuera. Es algo que me pasa desde que era niña. En momentos de estrés, la barrera que hay entre el ruido exterior y mi voz interior es muy fina.

—Perdona, Encarni, que hoy tengo la cabeza en otro sitio.

—¿Va todo bien?

—Sí. Solo que más tarde tengo una reunión con la profesora de mi hijo.

—¿Cómo está el pequeño?

—Bueno. Este año un poco revolucionado.

—Tú tranquila. Les pasa a todos a su edad. Mi Guillermo fue cumplir los trece años y dejar el instituto por la caza. Cada domingo aparecía con media docena de perdices colgando del cinturón. Yo le decía «estudia, haz algo de provecho», porque no me hacía gracia que fuera por ahí paseando con una escopeta. Pero después había días que llegaba con dos o tres conejos que, la verdad, nos apañaban la semana.

Guardo el taladro en su caja. Encarni sigue contando las aventuras de su hijo en la adolescencia hasta que se fija en los agujeros en la pared.

—Han quedado muy bien, qué limpios.

—Gracias.

Se queda un rato mirando a la pared y soy capaz de ver en su mirada cómo se van escapando los recuerdos de su hijo y la escopeta. Entonces se gira hacia mí con una sonrisa.

—¿Tú te acuerdas de Dolores?

—Creo que no, ¿quién es?

—Una que se murió hace mucho.

—Ah. ¿Y qué?

—Nada, no sé por qué me he acordado de ella ahora.

Su único legado: haberse muerto.

Después de un rato esperando en la sala de reuniones, escucho los tacones de la profesora de Abde cada vez más cerca. Cuando la veo entrar por la puerta, me pongo de pie para recibirla.

—Buenos días, Samira. Gracias por venir. Toma asiento, por favor, no tengo mucho tiempo.

Vuelvo a la silla un instante después de haberme levantado, lo que me hace sentirme ridícula. Su traje de americana marrón recién planchado choca con mi ropa de trabajo gastada y polvorienta.

—Vamos al grano. Hace unos días que Abde volvió a clase después de su semana de expulsión. Después de hablar con todos los involucrados, todo apunta a que tu hijo fue uno de los que empezó la pelea. Pero para tranquilizarte, he de decir que su comportamiento estos días está siendo sin más. Es verdad que los sucesos fueron graves, pero pensamos que se trató de un acto puntual. Al fin y al cabo, en el fondo, es un chico tranquilo. De todas formas, le pondremos un ojo encima por si notamos deslices en su conducta.

Asiento a todo lo que me va diciendo sin terminar de entender por qué habla de mi hijo como si fuera el líder de una pandilla. Lucho porque no me distraigan los gestos exagerados que hace con las manos, como si estuviera hablando con una persona con problemas de comprensión. Sus manos lisas, sin callos y las uñas enteras me ponen de los nervios. Doy un trago a mi botella de agua sin dejar de prestarle atención.

—Pero eso no es lo más importante ahora. Como sabrás, la semana que viene entregamos los informes de evaluación trimestral, es decir, las notas. Y Abde… no progresa. Todo apunta a que suspenderá siete asignaturas. Eso significa que si no hace un cambio fuerte de actitud y disciplina, terminará repitiendo curso. Creo que es necesario que los padres toméis conciencia de lo que eso podría significar para vuestro hijo. ¿Tienes alguna duda? ¿Alguna pregunta?

Me quedo un instante digiriendo la información. Me limpio disimuladamente una mancha de polvo que me encuentro en la

manga.

—¿Y qué podemos hacer?

—Normalmente, cuando a un alumno le cuesta seguir el ritmo del temario, recomendamos apuntarlo a clases de refuerzo. Pero en casos como el de Abde en el que el niño tiene la capacidad, y lo que le falta es motivación, las clases de refuerzo no suelen ser muy útiles.

—Ya.

Suena el timbre y se pone en pie. Lo hago yo también. Me acompaña hasta la puerta.

—Prometedle un viaje a Disneyland París si pasa de curso, adoptadle un perro, una videoconsola… Seguro que hay algo que puede motivarlo. Al final, vosotros lo conocéis más que nosotros.

Me ofrece su mano y la memoria muscular de aguantar el taladro durante toda la mañana me lleva a apretársela más de lo que esperaba.

Warda sujeta la taza del café y el cigarro con la misma mano. Tiene las manos arrugadas y secas, con manchas de pintura blanca de las paredes que ha estado pintando por la mañana. Siempre se pide un café americano con hielo porque dice que así lo toman las estrellas de Hollywood.

—¿Un viaje a Disneylandia? ¿*Pero* tu niño se llama Abderrahim o Jose Miguel?

—No seas mala. A todos los niños les gustan los dibujos.

—Sí, *pero* a Disneylandia nada más que se van de viaje los niños blancos con dinero.

Da unos pequeños toques con el cigarro en el cenicero para que se caiga la parte ya fumada.

—¿Cuántos viajes has hecho tú? ¿Qué países conoces?

Sin pensármelo mucho, le respondo que solo he estado en Marruecos y en España.

—O sea, de donde vienes y en donde estás. ¿Ves?, los inmigrantes solo viajamos *para* ver a la familia, no para ver la torre Eiffel.

—Eso sí.

—A mí me encantaría viajar por todo el mundo, ir a Notre-Dame, a Perú, a Italia. *Pero* qué pensaría *mi madre* en Marruecos si le digo que este año no nos vemos *porque* estoy sacándome fotos *con pingüinos.*

—¿En Italia hay pingüinos?

—Yo, hasta que no se muera *mi madre*, no voy a viajar por el mundo.

Apaga su cigarro en el cenicero y del bolso saca un sobre. Me lo da.

—Dentro hay ciento ochenta euros, hazme el favor de dárselos *a mi madre* cuando vayas.

—Vale.

Por Semana Santa vamos a ir a Marruecos para ver a mi madre. Nos vemos una vez al año y, cada año, le digo que está como siempre. Pero lo que pienso es que los años pesan sobre ella. Que me doy cuenta del paso del tiempo por las nuevas arrugas de su frente y por los nuevos achaques en su espalda. Que podría contar los años en sus arrugas como en los anillos de un tronco viejo.

En los últimos diez años nos hemos visto treinta días. Aquí hay familias que se ven treinta días al mes, es decir, todos los días. Yo no

tengo esa suerte.

Siempre que viajamos a Marruecos, Warda aprovecha para darme un sobre con dinero para que se lo lleve a su madre.

—¿Quieres que te traigamos algo?

—Una caja de *sh'bakias*.

Warda coge la galleta que viene de cortesía con el café, la hace pedazos y se la tira a las palomas de la acera. Aparecen seis o siete picando ansiosas.

Noto que cada vez que se me cierran los párpados pasa más tiempo hasta que puedo abrirlos de nuevo. Abrazo la almohada con la poca energía que me queda. Él está sentado a los pies de la cama, secándose el cuerpo con una toalla. Hoy es la primera vez que hablamos en todo el día.

—¿Tenemos todo listo para el viaje?

Me repite la pregunta porque la primera vez que la hizo me debió de pillar dormida.

—No, pero todavía quedan dos semanas.

—¿Y qué tal ha ido la reunión?

Cambio el idioma porque creo que Abde podría estar escuchando.

—Le van a quedar siete asignaturas.

—¿Otra vez?

—Sí.

—Dice la profesora que hay que comprarle un perro.

—¿Por qué?

—No lo sé. Casi le rompo la mano.

—¿A quién?

—A la profesora. Le he apretado la mano fuerte sin querer. He notado sus huesos chocando.

Su risa es lo último que escucho antes de quedarme dormida.

25

Otro día

Aquí no hay nada, solo montañas, rocas y casas de viejos. Mi abuela es la segunda persona más vieja del pueblo. Bueno, no sé si a este lugar se le puede considerar pueblo. Son un conjunto de cuatro o cinco casas de piedra, todas de planta baja y como a cien metros unas de las otras. No hay farolas, no hay carreteras, no hay árboles ni ayuntamiento. Solo hay tierra seca y chumberas.

Una vez intenté coger un chumbo y se me clavaron más de treinta espinas en los dedos. Pasaron días hasta que dejé de notar pinchazos. Los chumbos tienen espinas, igual que los erizos, que también los hay por aquí. Todos los seres que viven aquí han terminado por desarrollar púas.

Evolucionar hasta llegar a tener agujas en tu cuerpo es uno de los mayores logros de la naturaleza. Si las personas hubiéramos tirado por ese camino genético y tuviéramos púas en nuestra piel, seguramente se terminasen la mayoría de nuestros problemas. También empezarían otros nuevos, como por ejemplo que mi abuela ya no podría rascarme la espalda ni la cabeza.

—Tienes el cabello rizado y suave, como tu abuelo.

Si consigues coger chumbos sin pincharte y los pelas y te comes unos cuantos, corres el riesgo de sufrir estreñimiento. Se ve que el chumbo agarra fuerte en el estómago y no quiere salir, se niega a convertirse en mierda. El chumbo va gritando: «No me comas, soy peligroso, voy a hacerte daño».

Aun así, todas las tardes, mi abuela llega con un cubo lleno de ellos. Tantos como para bloquear los intestinos de una familia entera.

Es una señora fuerte para su edad. No sabemos cuántos años tiene porque cuando nació aquí no se registraba a la gente. Se puede decir que mi abuela es una verdadera ciudadana del mundo.

Se conserva mucho mejor que las abuelas de mis amigos. La de Miquel Aguirre necesita ir en coche a todos lados; la mía camina dando unos saltitos por la montaña que, si la vieran por mi barrio, pensarían que está loca. Lo único que tiene es mucha vida acumulada.

Nuestros idiomas son incompatibles. Yo no entiendo qué dice ella y ella no entiende qué digo yo. Nos comunicamos con miradas y sonrisas. Yo a veces le llevo un ramo de tomillo y a cambio ella me rasca la espalda. En otros momentos me coge la cara con sus manos secas y me planta un beso en la frente. Me la deja llena de babas y yo aguanto hasta que ya no me está mirando para limpiarme.

Hay una señora más vieja que mi abuela. Tampoco se sabe cuándo nació. Mi madre dice que lleva viva más de cien años. Yo pienso que técnicamente ya dejó de vivir y que ahora está disfrutando de la inercia.

La visitamos una vez al día porque es una prima mayor de mi abuela. Mi madre dice que tenemos que ir a verla, ya que sería algo

así como mi tía abuela. Creo que el parentesco está cogido con pinzas, pero bueno. Igualmente, yo voy porque disfruto de ver una cara tan llena de pliegues. Su piel parece hecha de pana.

Se pasa los días tumbada en la única cama que he visto por aquí. Todos los demás dormimos sobre varias mantas estiradas en el suelo. Cada día me levanto con una contractura nueva. A veces pienso que la anciana realmente tiene fuerzas para levantarse, pero no lo hace para que no le roben el colchón.

26

Otro día

No tengo nada que hacer. El aburrimiento aquí es mucho más profundo que en cualquier otro lado. No hay tele, no hay pelota, no hay Game Boy. Mis padres no me dejan traérmela porque el año que lo hice pasé más rato con mis Pokémon que con mi abuela.

En total tuvo ocho hijos con mi abuelo, al que yo nunca conocí. Cuatro de sus hijos murieron: dos al nacer, uno de fiebre y otro de la picadura de un escorpión. De los cuatro que no murieron, dos viven en Francia, una es mi madre y la otra es mi tía Nora, la única que vive aquí con mi abuela.

Nora nunca pudo alzar el vuelo porque nació con muchas enfermedades y siempre necesitó de cuidados. Dejó de crecer muy rápido y tiene la estatura de un niño de segundo o tercero. De pequeño yo creía que mi tía Nora era un gnomo. Ahora sé que no lo es, pero de pequeño lo pensaba. Tiene la cabeza de menor tamaño que la media. A veces tiene un comportamiento extraño para su edad, que no sé cuál es, pero seguro rondará los cuarenta.

Podría ser una alumna que ha repetido una y otra y otra vez porque no acaba de aprenderse la tabla del siete, que es de las jodidas. Porque las tres primeras son intuición pura. La del cuatro

empieza fácil, pero no hay que confiarse porque a partir del cuatro por seis se va torciendo la cosa. La del cinco es la que quieres que te salga en el examen. En la del seis solo aguanto tres rondas, luego se va a la putísima mierda y no hay cerebro que lo calcule. La del siete es la que acabaría con mi tía. La del ocho y el nueve quedan fuera de mi entendimiento y la del diez es el premio en la meta. La del diez está ahí para que al final del día sientas que ha valido la pena.

Si estoy dándole vueltas a esto es porque ya he agotado todos los pensamientos que tenía.

27

Otro día

Los dedos de mi abuela rascan fuerte y áspero. Prefiero quedarme con ella antes que salir a pasear por si me encuentro a alguno de los aldeanos que viven por aquí. Una vez, hace años, una de ellas me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Y como no entendí qué me estaba diciendo, me la jugué y le respondí:

—De España.

Me estuvo llamando así toda la semana, para ella esa fue mi única identidad. Esa misma señora acaba de entrar aquí, a la cocina de mi abuela. La cocina es un habitáculo en el que hay un horno antiguo, un sofá de cojines muy duros y una mesa a la altura del sofá.

La aldeana viene con un cubo lleno de higos. Mi abuela se levanta del sofá y va a por unos chumbos. Luego hacen un intercambio y se dan la mano. Antes de irse, la aldeana me reconoce con la mirada y me sonríe con complicidad. Reconozco que me ha hecho ilusión.

Abro un higo y encuentro un gusano viviendo ahí dentro. Se lo enseño a mi abuela en señal de desaprobación, para que vea la

mierda con la que nos está proveyendo su amiga. Mi abuela coge el higo, se lo mete en la boca y me asiente. No le tiene miedo a nada.

Aquí cada día parecen cuatro. Tampoco sabemos qué hora es porque al reloj de mi padre se le gastó la pila. Solo sé que a las seis de la mañana canta un gallo que nos despierta a todos y un gallo no es como el despertador, no puedes posponerlo ni pedirle que cante a los cinco minutos. No se le puede bajar el volumen a la naturaleza.

Cada madrugada, a las cuatro, un imán desde la mezquita reza en alto a través de unos altavoces. No hay vez que no me despierte de un infarto. Mi padre también se asusta, pero luego se siente mal por haberse asustado y reza con el imán. Mi madre duerme profundamente; no le llega el mensaje de Dios.

28

Otro día

Es una hora indeterminada del mediodía y el sol quema con intensidad. Llevo un rato impactada frente a un girasol que me supera en estatura y que tiene el tallo casi tan grueso como mis muñecas. Los pétalos son de un amarillo gastado y salen feroces del centro. No queda ni una sola pipa. Es el único en toda la montaña, el último superviviente de todos los que fueron. Él solo absorbe con fuerza todos los rayos del sol, incansable. Su presencia es tan exigente que, a veces, el sol necesita esconderse detrás de las nubes.

Cada día salgo a caminar con mi hermana Nora después de comer. El resto duerme, nosotras caminamos. Nos contamos una y otra vez las mismas historias que vivíamos durante los pocos años que estuvimos juntas. Se me olvidan algunas palabras del amazigh, nuestro idioma, y las digo en castellano. Ella se ríe de mí. No me importa.

Ya no vivimos nada nuevo. Cada vez que nos vemos afianzamos y forjamos nuestros recuerdos.

29

Otro día

—Mon frère!

Imposible saber cuántos días han pasado desde que llegamos, aunque llevo el tiempo suficiente como para haber hecho un amigo.

—Barça o Madrid?

Es un primo mío, se llama Yassir; es de Francia y nos comunicamos en un punto intermedio que hemos encontrado entre el francés y el español. Guardo unos segundos de silencio antes de responderle que el Barça. Opto por este equipo porque el otro día vi que llevaba una camiseta de Ronaldinho. Noto que me he ganado unos metros más de amistad. Se alegra por mi respuesta y salimos a caminar por la montaña, a ver qué encontramos hoy.

Intento seguirle el ritmo y caminar a su lado, pero él tiene las piernas más largas y cada varios pasos suyos he de pegar una carrerilla para ponerme a su altura. Tiene diecisiete años y es de esas personas con las que da gusto ir a los sitios. Además, como habla el idioma de aquí con soltura, ya no me da miedo encontrarme con aldeanos.

A las casi dos horas de caminar bajo el sol, entre rocas, chumberas y el canto de los grillos, hemos llegado a una casa

abandonada de la cual solo quedan en pie tres paredes y parte del techo.

Mira a nuestro alrededor para comprobar que no haya nadie por la zona. Igual que un gato salvaje, Yassir sale corriendo hacia una de las paredes y, con gran agilidad, apoya un pie entre dos rocas, se agarra al techo con las manos y se sube en un movimiento impecable.

—*Parkour!*

Esto es a lo que se dedican los chavales en Francia. Lo intento imitar y salgo corriendo yo también y apoyo el pie entre las dos rocas y cuando me voy a agarrar del techo, el pie se me resbala y me raspo los antebrazos.

Un segundo después me empiezan a arder las heridas. No me sangran, pero tengo los antebrazos en carne viva y no puedo pegarlos al cuerpo, así que los agito de una forma ridícula que a Yassir le resulta graciosa.

Intento hacerme el fuerte y busco inútilmente otras maneras de subir hasta que él me ofrece su mano desde arriba y me ayuda a impulsarme.

Inspiro y suspiro profundamente en señal de disfrute; él me imita y nos quedamos en silencio observando el paisaje marrón y seco del país de la abuela que compartimos.

Saca un rotulador de su riñonera, escoge un rincón del tejado y dibuja un corazón con una «y griega» y una «b» en su interior. Hasta donde yo sé, a nuestros padres no les parece buena idea que salgamos con alguien que no tenga el mismo origen que nosotros.

—¿Es tu novia?

—*Oui*.

—¿Cómo se llama?

—Brigitte.

—¿Tus padres lo saben?

—No.

Me ofrece el puño y se lo choco en un pacto entre caballeros. Su secreto está a salvo conmigo. Le pido el rotulador y escribo mi nombre en el tejado de unas ruinas que probablemente algún día sean patrimonio de la humanidad.

30

Otro día

—Allaaaaaahu akbar, Allaaaaaahu akbar.

La voz del almuédano retumba a través de los altavoces y me despierto de golpe con la mano agarrándome el corazón. A estas horas, cuando es oscuro para todos, es cuando me entra el miedo.

Me viene un recuerdo con mi padre. Voy corriendo por la orilla brava de Al Hoceïma, el cielo azul está manchado con nubes blancas. Él me persigue primero, yo lo persigo después. Su cara fue la última cara que vi antes de que todo se apagara. Solo me quedan de él dos idiomas y el nombre de mi hijo.

31

Otro día

Yo he visto a las higueras crecer, a los pueblos levantarse y a la lluvia llegar antes de hora.

Yo he visto a un hombre construir cien paredes y cien caminos. Me casé con él en una boda que duró trece días, de eso hace ya muchas vidas.

Yo he visto a la mitad de mis hijos morirse antes de tiempo y a la otra mitad marcharse y volver con nietos que ya no me entendían, que habían perdido la parte de mí que les tocaba.

Yo he visto relojes de arena y relojes que hablaban, carros tirados por burros y carros con motor.

El tiempo ha pasado tan rápido que ya no pasa. No sé cuándo nací, no sé cuándo me iré.

Respiro en paz, me alimento de frutas y animales que yo misma acaricio.

Mis ojos dejan caer seis lágrimas al año, dos por cada vez que uno de mis hijos vuelve a irse.

32

Otro día

Siempre que nos vamos a despedir, mi madre se pone triste y mi padre le dice que no llore delante de mi abuela. Creo que a mi madre le cuesta no llorar porque piensa que mi abuela se morirá pronto. Pero hay que confiar en la esperanza de vida que hay aquí. Mientras la vieja con la cara de pana siga calentando el colchón, podemos estar tranquilos.

Mi abuela me aprieta fuerte contra su pecho y me da un beso muy sonoro. Me deja sus babas en la mejilla, pero esta vez no me las limpio para que sepa que la quiero.

Mi padre se despide de ella dándole un beso en la mano. Mi madre con un abrazo largo.

—Volveremos el año que viene.

—Si Dios quiere.

El padre de Yassir nos lleva en coche hasta el aeropuerto. Mi padre le da conversación todo el camino. Mi madre se pasa el viaje mirando por la ventana, oliendo una ramita de tomillo y secándose las lágrimas.

33

24 de abril de 2006

En el campo de mi abuela todo estaba a ras del suelo, no había primeros pisos ni escalones que te llevasen más arriba. Después de una semana en planta baja, los sesenta y siete escalones que hay desde el patio hasta el aula se me hacen agotadores.

El sol de África me ha tostado la piel, y aunque en el campo me gustaba verme así, aquí remarca un poco más la diferencia con los demás.

Allí donde pongas la oreja, ya se escuchan planes de verano.

«Mi madre dijo que si las apruebo todas iremos a la Selva Negra a ver las cascadas más altas de Alemania; qué guay, yo me quedaré el mes de agosto en casa de mis abuelos, que viven delante de la playa; pues nosotros iremos a Wimbledon porque mi padre está obsesionado con Roger Federer y yo también un poco; qué guay; qué bien».

Mis padres me dijeron que si apruebo me comprarán un ordenador, y aunque desde que me lo dijeron se convirtió en mi sueño, me duele aceptar que lo tengo muy difícil. Desde que empezó el tercer trimestre, el miedo a repetir curso me paraliza y me bloquea a unos niveles que me impiden estudiar.

Mi comportamiento tampoco ha sido ejemplar. El incidente del patio dividió la clase en tres bandos: los enemigos, los neutrales y yo. En mi bando, como de costumbre, estoy yo solo. Lo sorprendente es que en el bando enemigo también está solo Miquel Aguirre. Desde que uno de los marroquíes le calentó la cara delante de todo el patio, Toni Delgado no ha vuelto a confrontarme.

El tercer bando es el resto de la clase, y los llamo neutrales porque en público nunca se han posicionado, pero también es verdad que siguen invitando al bando enemigo a los cumpleaños, así que muy neutrales no son.

Entro a clase y ahí está Miquel Aguirre, observándome desde una esquina. Ya no le retiro la mirada cuando busca intimidarme. Los demás sostienen un silencio extraño, es como si estuviera a punto de suceder un evento canónico.

Comprendo el silencio cuando llego a mi pupitre y veo un escrito en grande que pone «vete a tu país». Siento un ardor en todo el cuerpo que se termina focalizando en mi cabeza y en mis puños. Cierro los ojos y cuento mentalmente hasta cinco. Aunque me duele, cojo la goma y empiezo a borrarlo porque no puedo permitirme más problemas.

El bando enemigo sabe que estoy vulnerable. Me golpea en la nuca una bola de papel y saliva que me han disparado con el tubo de un bolígrafo. Me giro de golpe.

—¿Quién coño ha sido?

Esta es la primera vez en toda mi vida que digo «coño» en voz alta. Los demás guardan silencio y Miquel Aguirre, sin esconder el arma, me responde.

—Que os vayáis por donde habéis venido, basura.

Empiezan entonces unos murmullos de «lo que le ha dicho». Caldean todavía más el ambiente.

—Dímelo a la puta cara.

Es también la primera vez que digo «puta» en voz alta. Es incluso de las primeras veces que pienso en esta palabra.

—Que te pires con tu puta madre a tu país.

La reacción de los demás y todas las miradas encienden algo dentro de mí. En un golpe de instinto salgo corriendo hacia él, apoyo el pie en una silla y pego un salto. En el aire me sale gritar «¡Parkour!», y, con la fuerza de la caída, lo empujo contra el suelo. Se cae y en la caída vuelca una mesa.

Mi acrobacia genera un grito de sorpresa masivo. Los hay asombrados y otros que disfrutan del momento. Se forma un corro que ya no murmura, ahora son gritos cortos y unánimes animando a una pelea.

Miquel se pone de pie y me empuja fuerte; caigo sobre dos mochilas que me amortiguan. De entre el barullo, una voz sobresale por encima de todas las demás.

—¡¿Qué está pasando aquí?!

Es la profesora Aina Campaner. Nadie responde, el corro se deshace y Miquel Aguirre y yo nos diluimos entre la muchedumbre. El mobiliario de la clase está patas arriba, se nos escuchaba desde el fondo del pasillo.

—Decidme ahora mismo qué está pasando.

El silencio es insoportable. Miquel no dice nada porque su mensaje sigue escrito a medias en mi pupitre y eso le delataría. Los demás supongo que me tendrán miedo ahora que han descubierto mis

nuevas habilidades de defensa. Yo no digo nada por no verme envuelto en otra pelea.

—Se acabó, estáis todos castigados. Nos quedamos veinte minutos más toda la semana.

Se oyen lamentos imperceptibles para la profesora: «Joder», «vaya mierda», «tengo fútbol».

Desde la esquina puedo ver los nervios de mi padre, que se materializan en un perímetro de colillas a su alrededor.

—¿Dónde estabas?

—En el instituto.

—¿Tan tarde?

—Sí.

Los macarrones ya están fríos y como no tenemos microondas me los como fríos.

34

25 de abril de 2006

El timbre suena y cientos de niños salen corriendo a sus casas. El ruido de una muchedumbre alegre va haciéndose cada vez más pequeño. A los cinco minutos ya no se escucha nada más que el taconeo de alguna profesora y alguna llave cerrando otras clases.

Nosotros seguimos aquí. La profesora está corrigiendo exámenes. Hay compañeros que hacen los deberes, otros que suspiran frustrados y otros con la cabeza rendida sobre el pupitre.

Se oyen rugidos de estómago; los veinte minutos pesan.

Mi padre se aprieta el reloj y este le indica que son las dos y treinta y cuatro minutos de la tarde.

—¿De dónde vienes?

—Del instituto.

—¿Y hoy por qué llegas tarde también?

—Nos han castigado.

Le cuento que no es solo a mí, que es algo de toda la clase. Parece estar más mosqueado con la situación que conmigo. Subo a

casa y me como unas lentejas frías que a estas horas ya son casi merienda.

35

27 de abril de 2006

Hace rato ya que sonó el timbre, hoy se está haciendo más largo que nunca. Es el cuarto día de castigo y ahí fuera solo están la señora de la limpieza barriendo los pasillos y unos cuantos padres que esperan a que liberen a sus hijos.

Donde hasta hace una semana había tres bandos, ahora solo hay uno: los castigados. Es decir, cuatro días después, los veinte minutos extra nos han puesto a todos en el mismo lugar.

A las dos y veinte la profesora nos libera y salimos ya con el ánimo por los suelos. Parecemos elefantes yendo a morir.

Miquel Aguirre va hacia el que debe de ser su padre.

—Toda la semana igual. Qué cojones has hecho esta vez, me cago en Dios.

Levanta la mano y Miquel hace un acto reflejo de agachar la cabeza y taparse la nuca. Otros padres se llevan a sus hijos en silencio.

Son las dos y treinta y ocho minutos de la tarde.

—A ver, el castigo este cuándo termina.

—Creo que mañana.

—¿Toda la semana saliendo tarde?

—Sí.

Mi padre echa el humo hacia un lado y aunque yo estoy subiendo ya las escaleras, él suelta una frase al aire.

—Esto no está bien.

Mi madre ha tenido el detalle de prepararme una ensaladilla rusa para no hacer un plato caliente y que se eche a perder, pero la ensaladilla se ha templado igualmente.

36

Viernes, 28 de abril de 2006

Son las siete y veinticinco minutos de la mañana. Cuando escucho el reloj de mi padre y me doy cuenta de que sigo dormido, me levanto de un salto. Enciendo el interruptor y hoy es otro de esos días en los que no tenemos luz en casa.

—No vamos a hacer eso.

—¿Y entonces qué? Digo yo que habrá que hacer algo, ¿o no?

Una discusión en voz baja me llega desde la cocina y me acerco a cotillear. Sospecho que mi padre me ha escuchado porque enseguida ha cambiado de idioma.

—¿Pero a ti esto te parece normal?

—Que no, pero tampoco podemos presentarnos así con esas.

No tengo tiempo para descifrarlos. Voy corriendo a desayunar y a pasarme por agua. Lo bueno de que se vaya la luz en primavera es que las duchas de agua fría no duelen tanto.

No sé cómo puede ser que los veinte minutos de patio y los veinte minutos de castigo no pasen a la misma velocidad.

Hace días que a mis compañeros se les nota el cansancio del castigo. Ya no juegan a nada; se pasan el patio sentados en bordillos, aburriéndose. En realidad me da pena porque verlos jugar era parte de mi entretenimiento.

El resto de los estudiantes, a veces, nos miran con lástima. Hacía muchos años que no se daba una sanción de este calibre en el instituto.

Hace ya un rato que sonó el timbre y los niños libres de las otras clases se fueron a sus casas. Muchos de ellos ahora estarán comiendo. Por otro lado, aquí ya han empezado los rugidos de estómago. El bocadillo me ha sabido a poco y no sé si tendré suficiente energía para volver caminando a casa. Apoyo la cabeza en el pupitre y me dejo consumir por el hambre.

Aunque hay algunos padres esperando para llevarse a sus hijos, el silencio que nos llega del pasillo es criminal.

De pronto, no sé si estoy delirando o qué, pero percibo unos cuchicheos que me resultan familiares. Al rato reconozco las voces de mis padres interrumpiéndose el uno al otro.

No entiendo por qué tendrían que venir, pero si de verdad han venido a buscarme, esto será lo que me faltaba para terminar socialmente enterrado. Porque los padres de mis compañeros vienen a buscarlos para irse en coche y tiene sentido. ¿Pero los míos? ¿Nos vamos a ir los tres andando como unos tontos? ¿De verdad necesito que vengan dos personas a por mí? ¿Puede ser que mi padre no me creyera cuando le dije que estamos castigados y han venido a comprobarlo? Empiezo a sudar.

Rezo para que sean alucinaciones por el hambre. De repente suena la voz robótica:

—Son las catorce horas y catorce minutos de la tarde.

Mi padre abre la puerta de una embestida y entra con mi madre por detrás agarrándolo del brazo. Se dirige hacia donde él cree que está la profesora, que se encuentra descolocada por el asalto.

Mi padre, absorbiendo las miradas de toda el aula y siendo incapaz de devolverlas, con los ojos en el infinito y el ceño muy fruncido, rompe el silencio.

—A ver, qué está pasando aquí.

La profesora, emocionalmente arrollada ante la situación, intenta mantener la compostura.

—Señor Berkali, los alumnos están cumpliendo una corrección disciplinaria.

Ella, haciendo un esfuerzo sobrehumano por pronunciar correctamente un apellido que no había dicho bien hasta ahora.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Usted no puede interrumpir la clase. Los alumnos están castigados, ¿lo entiende?

—¿Toda la semana? Es que han matado a alguien, ¿o qué pasa?

—Los invito a que esperen fuera. En horario lectivo, permítame decirle que la madre soy yo.

Entonces mi padre, que nunca entendió las metáforas, monta en cólera.

—¿Cómo? Su madre es ella.

Acompaña la frase con un zarandeo a mi madre que la pilla desprevenida.

—¡Abderrahim! Coge tus cosas, nos vamos. Todo el mundo a su casa, hombre ya.

La profesora se queda procesando el golpe de Estado. De manera automática, empiezo a recoger mis cosas muy poco a poco. Los bolígrafos al escuche, cierro el estuche. El estuche a la mochila, cierro la mochila. Me pongo de pie, levanto la silla para que no haga ruido.

Camino tímido y mirando al suelo intentando ser todo lo invisible que pueda. De pronto escucho cerrarse otro estuche muy poco a poco, lo que desata que más cremalleras se cierren lentamente.

Sigo caminando. Varias sillas se colocan ahora con menos cuidado. Las cremalleras se van cerrando cada vez más rápido. No sé en qué momento he acelerado el paso. La profesora intenta pararnos, pero su poder ha sido neutralizado.

Mi padre me agarra del antebrazo y salimos por la puerta a un ritmo acelerado. En su reloj veo que son las 14.18 y no sé si ha valido la pena iniciar esta guerra por dos minutos de libertad, pero ya no se puede cambiar la historia.

No sé qué está ocurriendo detrás de nosotros porque no me atrevo a girarme, pero creo que mi padre, mi madre y yo estamos encabezando una huida en masa.

Los que tienen a sus padres en el pasillo van corriendo hacia ellos, y los demás, a medida que nos adelantan, se giran hacia mi padre y lo observan como si fuera un líder revolucionario.

Él aprieta su reloj, y cuando este dice con voz robótica que son las dos y diecinueve minutos de la tarde, Toni Delgado no puede evitar girarse y gritar:

—¿¿El reloj habla??

Este acontecimiento acaba de cambiarme el día, el curso, el año y todo apunta a que seguramente todos y cada uno de los días que me quedan por delante.

37

Noviembre de 2022

Tres llamadas perdidas de mi madre. Me extraña porque nunca insiste más de dos veces. Antes de que me dé tiempo a buscar su contacto en la agenda, me entra otra llamada suya. Lo cojo y de su voz temblorosa escucho: «Tu padre no respira».

Sé que la persona que tengo pegada a mí ha oído esas palabras porque le he visto tragar saliva. Desde este lado de la línea puedo contar la presencia de al menos dos o tres sanitarios.

Me bajo una parada antes; no quiero tener esta conversación en el metro. Me ronda como un buitre la idea de que mi padre se está muriendo. Reconozco al buitre porque, aunque nunca lo enfrento directamente, hace años que me sobrevuela desde lo alto.

A mi madre le pueden los nervios y le pido que me cuente qué está pasando.

Mientras los sanitarios están haciéndole una reanimación cardiopulmonar, mi madre me dice que hace treinta minutos que se fueron a dormir y que mi padre fue al baño y que al volver se tumbó como siempre, pero empezó a hacer ruidos raros que no eran sus ronquidos normales. Y que no paraba de hacer ruidos cada vez más raros y ella encendió la luz y él parecía que no podía respirar y

parecía como que le pedía ayuda con los ojos y ella intentó golpearle en el pecho como hacen los médicos pero que no servía de nada y llamó a la ambulancia y que llevan un rato ya dándole golpes en el cuarto y que le han pedido que no entre todavía.

Llego a casa a media explicación de mi madre, que ha dejado el teléfono en algún sitio del salón y ahora lo que oigo es su caminar descalzo alejándose y acercándose.

Creo que los sanitarios la han llamado. Se hace un silencio que dura unos segundos y de pronto un grito fuerte.

Me empiezo a repetir una y otra vez que mi padre se ha muerto. Entiendo que es un mecanismo oculto que tenía el cerebro para encajar noticias de este calibre.

Gritos de mi madre pidiendo que la dejen entrar a la habitación y parece que no se lo permiten. Algún motivo sanitario habrá para impedirle el paso, pero ella sigue gritando desesperada y finalmente parece que la dejan. A pesar de encontrarse más lejos del teléfono, sigo escuchándola igual de alto porque ahora los llantos son más fuertes.

Asisto a la muerte de mi padre desde la lejanía de una llamada.

La ambulancia se lleva a mi padre. Mi madre vuelve al teléfono e intenta marcar mi número porque no sabe que está en llamada conmigo. Se va repitiendo que no puede ser y que qué va a hacer ahora. Cuando se da cuenta de que estoy aquí, me dice que por favor tengo que ir con ellos.

En las siguientes dos horas no ha parado de llorar. Una vez consigue dormirse, compro el primer vuelo del día, que sale en más o menos dos horas. Me duermo cuarenta minutos en los que la

llamada sigue activa. Cuando escucho sus ronquidos, cuelgo y voy a ducharme.

Me miro al espejo y no diría que tengo cara de que se haya muerto mi padre. No sé por qué, pero todavía no he llorado ni una lágrima. Lo que sí tengo es un dolor de cabeza nuevo, palpitante, ardiente, como si en lugar de cerebro tuviera un núcleo magmático girando igual que la Tierra.

Voy en taxi al aeropuerto porque a estas horas de la mañana el metro todavía está cerrado.

El taxista me recibe con la canción de Avicii más famosa sonando a un volumen muy alto.

Me ha tocado asiento de pasillo en una de las primeras filas del avión, y la chica a mi lado me pide si puedo cambiarme con su novio, ya que les ha tocado separados. Antes de que diga yo que sí, su novio ya está en el pasillo esperando con una sonrisa. Nos cambiamos el sitio y ahora estoy sentado en medio de dos personas en una de las últimas filas.

Aterrizo y decido que voy en taxi hasta casa, lo que me cuesta unos setenta euros. Supongo que, si hay un día que pueda permitirme un taxi de setenta euros, ese día es hoy.

En mi calle reconozco impecablemente aparcado el coche de Warda.

Entro a casa a las siete y media de la mañana. Mi madre me abraza y se deja caer tirando todo su peso sobre mí; debo sujetarla. Me dice que mi padre se ha muerto y yo no me atrevo a responderle.

Warda está llorando de manera contenida, intentando no quitarle el protagonismo a mi madre.

Me doy cuenta de que es la primera vez en mi vida que noto la fragilidad de mi madre. Sus brazos ya no están fibrados, la piel le resbala sobre los músculos y su tristeza es inconsolable.

No dejan de venir visitas a lo largo del día. Señores serios que me dicen que tengo que cuidar de mi madre. Señoras tristes que se abrazan a ella para que pueda llorar más. Y, aunque yo no sé por qué todavía no he llorado, sí que noto que ese dolor de cabeza persistente, brutal, magmático, ha ido creciendo poco a poco y que está a punto de partirme el cráneo en dos.

Un señor me dice que tengo que ir con él al tanatorio a elegir de entre todas las opciones que ofrecen. Pese a que no tengo ni idea de qué es lo que tengo que hacer, le digo a mi madre que yo me encargo. Ella me dice que mi padre quiere ser enterrado junto a sus padres en Melilla. Me molesta que hable de él en presente y a la vez me da miedo hacerlo en pasado.

Por lo visto, mi padre no tenía seguro de decesos así que el traslado del féretro a Melilla, sumado a todo el ritual, cuesta unos seis mil quinientos euros. Enterrarlo en Mallorca es una opción muchísimo más barata, pero que no contemplamos.

Sé que tengo casi siete mil euros y que ya es mucho más de lo que jamás han tenido mis padres en el banco. Después de meter la tarjeta en el datáfono, todos los ahorros que he acumulado en ocho años de trabajo y de vida precaria se van desde mi cuenta a la del tanatorio.

Vuelvo a casa y las marroquíes de enfrente se han encargado de hacer la comida. Han llegado tíos míos desde Melilla. Lloran de manera muy escandalosa. Una hermana de mi padre, en pleno ataque de pánico, empieza a gritar que dónde está mi padre y a mi madre le genera tanta aversión que sale corriendo escaleras arriba sujetándose la cabeza.

He visto en ella un terror, un querer huir, a una niña escapando. Voy detrás y le enseño unas técnicas de respiración para relajarse que aprendí en TikTok.

En el salón se han acumulado casi veinte personas. Se cuentan historias de mi padre. Algunas en castellano, para que las entienda yo. El ambiente tiene un punto de ceremonioso.

—Me acuerdo de una vez que le metí sal en el café, quería hacerle una broma, y cuando dio el primer trago, lo escupió sobre mis pantalones vaqueros.

—Un día estábamos en la cafetería y me pidió que le marcara un número, que buscara en su agenda a «El serio». *Entonces* vi que en sus contactos no tenía a nadie por su nombre, todos teníamos motes: «el chico joven», «el policía secreta», «el conductor». Y digo *¿cómo me tendrá a mí?,* así que desde mi teléfono llamo al suyo, y entonces veo que le llega una llamada de «el cojo». Y le dije: Moha, *¿por qué me tienes guardado como «el cojo»?* Y me responde: «No lo sé, mi mujer me ha dicho que no caminas recto». A cada uno nos tenía a su manera.

Siempre me ha sorprendido que en funerales y tanatorios hubiera espacio para la risa, pero ahora comprendo que es algo natural. La risa abre un camino que atraviesa el bosque de emociones espesas y facilita el drenaje.

El más anciano golpea con su bastón fuerte y seco en el suelo y se hace el silencio. Algunas miradas van a él; otras, que saben lo que viene, van al suelo. Se apoya y se alza de su silla como puede, sin la ayuda de nadie, temblando en la subida. Con un respirar cansado y la voz agrietada, se aclara la voz y dice:

—Esta va dedicada a nuestro querido Mohamed y a todos los que ya no están.

El viejo coge aire y las venas del cuello se le hinchan. Empieza a cantar de una forma que no se aprende en los conservatorios ni en las escuelas de canto. Una especie de cante religioso, ancestral, heredado, que no había oído antes. Los demás guardamos silencio. Ha manipulado el clima del salón.

Es una experiencia que me comprime el tiempo y siento que han pasado días, semanas, meses desde que empezó a cantar.

Antes de irse viene hacia mí y en un castellano que ha aprendido a base de años y años luchando por conseguir palabras nuevas, me dice:

—A todo musulmán que muera en el día o la noche del viernes, Al-lah le protegerá de la prueba de la tumba.

Mi madre y yo nos vestimos de blanco para ir al tanatorio. Esta es una de las muchas cosas que estoy descubriendo estos días: los musulmanes van de blanco a las ceremonias fúnebres.

—Hoy es un día importante.

Más de cien hombres forman cuatro filas ante el cuerpo de mi padre, tapado con una sábana blanca, que reposa en una especie de ataúd descubierto. Yo estoy en primera fila, justo enfrente de mi padre. Percibo su silueta.

Los hombres empiezan a cantar, o a rezar, o a pronunciar en árabe frases que yo no termino de entender.

El rezo suena alto y contundente. Las cien voces suenan tan alto y tan contundente que las siento dentro de mis pulmones.

Intento conectar con mi padre, no solo pensar en él, sino dirigirme a él en mis pensamientos, pero no consigo hacerlo. Seguro que si supiera seguir el canto podría entrar en catarsis. Me siento fuera del ritual, la culpabilidad cae fuerte sobre mí.

Me giro para ver cuál es el ambiente y los más de cien hombres están todos con los ojos cerrados y conectando mucho con lo que cantan al unísono. No soy capaz de reconocer casi ni a la mitad.

Encuentro a Bartolomé en la última fila con la cabeza agachada. Parece que murmura algo, pero el movimiento de sus labios no coincide con el rezo coral.

Se llevan el cuerpo al interior del tanatorio, a una habitación pequeña y fría separada del salón principal. Aquí ya le han descubierto la cara y los más de cien hombres van pasando junto al cuerpo y dedicándole una última mirada.

Mi madre y yo somos los últimos. Ella se aproxima para tocarlo y el imán dice que no se debe hacer, pero ella no le hace caso y le da un beso en la frente. Se acerca a su pecho y le dice algo que solo queda entre ellos dos.

Pienso que estos días estoy viviendo momentos tan intensos que podrían atraparme y quedarme siempre aquí.

Le acaricio la mejilla.

Salimos al salón. Distingo a mis amigos de entre la multitud. Me abrazo con cada uno de ellos. Unos lo hacen fuerte, otros con miedo, y yo no termino de quedarme mucho tiempo en ningún abrazo. Me sorprende la frialdad con la que hablo. En medio de un abrazo oigo a alguien decir que «parecía dormido». No sé por qué, pero ese comentario me incomoda.

Me alejo para tomar aire y desde aquí el contraste es evidente: los musulmanes van de blanco y los cristianos van de negro. Un barrendero del tanatorio me dice que nunca se había visto a tantos mallorquines en una ceremonia musulmana. Tengo un impulso de querer decírselo a mi padre, un orgullo extraño que nunca le llegará.

El mejor amigo de mi padre, Bartolomé, se me acerca con media sonrisa. Nunca lo había visto tan elegante. Lleva un traje negro que lo convierte en otra persona.

—Lo siento mucho, es una pena.

—Gracias. Gracias por venir.

Se queda parado y se prepara para decir algo que se nota que ha estado ensayando en su cabeza.

—Abderrahim, yo te he visto crecer. Quería decirte que, aunque tu padre era ciego, es la persona con más visión que yo he conocido.

Logra decirlo sin soltar una lágrima y se va.

Volvemos a casa mi madre y yo solos. A pesar de haber acogido a casi treinta personas en dos días, la casa está impoluta. Las vecinas de enfrente se han dedicado a limpiar, hacer la comida y a dejarlo todo recogido.

El día ha sido agotador. Me quedo dormido en el sofá y a las seis de la mañana me levanto con una pulsión: tengo que cuidar de mi madre. Voy a su habitación y la encuentro sentada en la cama mirando fotos. No sabría decir si está recién levantada o si todavía no se ha acostado.

Durante todo el día van acercándose familiares, vecinos y amigos. Cada uno cuenta anécdotas y dan el pésame a su manera.

Cuando ya parecía que no recibiríamos a nadie más, a las once de la noche nos tocan el timbre. Un señor magrebí que rondará los cuarenta años, trajeado y con un maletín. Mi madre lo reconoce.

—Monir, cuánto tiempo. ¿Qué haces en España?

Se disculpa por no venir al tanatorio, el trabajo se lo impidió. Nos da la mano. Mi madre le ofrece una taza de té y yo le pregunto que cuándo conoció a mi padre. Yo no lo conozco, pero él a mí sí. Monir entiende que no me acuerde de él porque yo entonces era muy pequeño.

Mi madre me cuenta que es un viejo amigo de la familia y que se fue a vivir a Bélgica hace muchos años. Que muy de vez en cuando se llamaban con mi padre.

—¿Vienes desde Bélgica?

—Sí.

No entiendo por qué ha decidido venir desde tan lejos, cosa que él lee en mi cara y procede a contarme.

—Lo siento mucho, tu padre era como un padre para mí. Hace más de veinte años yo llegué a España y no tenía nada. Me dedicaba a robar lo que había: frutas, bicicletas, sacos de patatas. Llegué solo desde Annaba, Argelia. No tenía nada ni a nadie, me junté con la peor gente.

»Me metía en peleas, en líos y empecé a tener problemas con la policía. Qué suerte de tu padre, que trabajaba con ellos. Él tradujo por mí a la policía y me ayudó. Me buscó trabajo, me dio comida, me sacó de esa vida y me metió en la empresa constructora de un amigo suyo, me encontró alquiler. Me fue bien en la obra y con los años fui subiendo, de peón a ayudante de oficial, luego a oficial de tercera, de segunda y de primera. Me salió un trabajo de encargado de obra en una constructora que trabaja en Bélgica y con los años me enviaron ahí. Me casé, tuve dos hijos: uno se llama como tu padre y otro como tú. Yo era un miserable y tu padre me cambió la vida, siento mucho que ya no esté.

Se termina el té de un sorbo, se pone de pie disculpándose por tener que marcharse, pero llega tarde a su vuelo. Nos da la mano y se va.

Una llamada del tanatorio para informarme de que el cuerpo ha llegado a Melilla. No hacía falta que me avisaran porque he llevado el seguimiento del vuelo a través de una aplicación.

Hoy será el entierro allí. Mi madre y yo decidimos no ir. Con el tanatorio y estos días ya hemos tenido suficiente.

—Tu padre siempre dice que hay que descansar. Él quiere que descansemos. Ya iremos más adelante.

Me sonríe con una luz distinta en la mirada. Lo agradezco porque, económicamente, en estos momentos, tampoco nos lo podemos permitir.

Al día siguiente vuelvo a Madrid sentado entre dos personas y pienso en si en este avión habrá también un cuerpo en bodega.

38

Diciembre, enero, febrero

Los árboles llevan semanas decorados con luces que parpadean, mientras que la gente pasea enterrada en abrigos, bufandas y gorros de lana y espíritu navideño.

Voy y vuelvo del trabajo caminando. El trayecto suele durar una hora y cuarto, aunque los días de lluvia tardo quince minutos más.

Siempre hago la misma ruta y me encuentro con las mismas escenas:

– La señora tostando castañas en su puesto ambulante.
– Los judokas de la mano de sus padres entrando a un dojo.
– Un bar de barrio peleando por no ser absorbido por una gran cadena y en el que cada día ponen la misma playlist de villancicos.

Cuando paso por delante del bar se me quedan los peces en el río pegados al pensamiento, en bucle. Es el único momento del camino en el que estoy presente.

A las dos manzanas, el dueño de una frutería, con un golpe seco, baja la puerta enrollable de la tienda y, del estruendo del hierro

oxidado, se me despegan los peces en el río y retorno a mi paseo automatizado. Tengo el camino de ida y el camino de vuelta automatizados.

Termina de amanecer cuando ya estoy en la oficina y se hace oscuro antes de que salga, así que apenas veo el sol.

Cada día me desvelo a las 5 y 30 de la mañana y me quedo tumbado no más de cuarenta minutos en la cama. Me incorporo, me ducho y salgo de casa. Llego el primero a la oficina, ocupo mi sitio y abro en una pantalla el correo y en otra las hojas de cálculo. Cuando tengo recopilados todos los datos de las campañas, redacto un informe que envío a mi superior. En palabras suyas, mi rendimiento laboral ha aumentado en un veinte por ciento, y, gracias a mis funciones, se han agilizado algunas dinámicas. Por tanto, me han concedido un aumento de sueldo.

«Disfruta de la vida», consigo leer en una tote bag de Estela. No recuerdo nada de lo que me dice ni de lo que le respondo. Son interacciones que olvido al instante y a veces me pregunto si se habrá dado cuenta del estado emocional en el que me encuentro. Sé que no porque las variaciones emocionales en mi interior apenas asoman a la superficie.

Cuando llego a casa tengo tan poca energía que lo único que hago es tragar horas y horas de vídeos deslizando mi dedo hacia arriba en la pantalla del móvil. Salto de uno a otro sin retener ninguna información hasta que, más que quedarme dormido, siento que me desmayo o que pierdo el conocimiento por unas horas y lo recupero mucho antes de que suene la alarma. No sueño nada.

Mientras el semáforo me obliga a esperar, la conversación de dos judokas, ambos cinturón marrón, me rescata de mi estado disociativo.

—Y me ha bloqueado y todo.

—Vaya mierda.

—Dice que no quiere nada conmigo.

—Puta mierda.

—Es lo peor que me ha pasado en la vida.

Uno no está preparado para que los momentos difíciles lo rompan a martillazos, esculpiendo bruscamente su personalidad, convirtiéndolo en una persona o bien cerrada o bien abierta o bien callada o bien que comparte sin control todos sus traumas con cualquiera.

Todo aquello que te hace daño te deja una marca que se traduce en una sonrisa torcida, unas ojeras persistentes o una respiración tan poco eficiente que te lleva a bostezar más de la cuenta.

Lo peor que te ha ocurrido en la vida nunca es lo peor que te va a ocurrir en la vida. Siempre hay algo más profundo que llega y te obliga a escarbar hacia abajo en la oscuridad quebrándote las falanges y partiéndote las uñas y obligándote a tragar tierra seca.

Yo sé qué es lo peor que me ha pasado y también sé que no es lo peor que me va a pasar, que hay algo peor que la muerte de un padre. Una nueva idea insoportable se me manifiesta muy lejana, otro buitre arranca sus aleteos, me da miedo pensarlo.

Lo que no te mata te hace más débil porque lo que no te mata te acerca a miedos que no habías tenido antes y convierte situaciones cotidianas en situaciones que evitas para no exponerte al trauma, como podría ser moverse en metro.

Las bocinas de los coches que preceden al primero empiezan a sonar fuerte, queriendo advertirle que el semáforo se ha puesto en verde hace rato. El conductor del primer coche arranca ya en ámbar, obligando al resto a quedarse atrás, mientras se le oye gritar con descaro:

—Qué pitáis, gilipollas.

El comentario genera tal explosión de risa en los judokas que obliga a uno a apoyarse con las manos en las rodillas, mientras el otro se deja caer encima de la espalda del primero y le golpea en el hombro desatado.

Sé que la muerte de mi padre me ha convertido en otra persona a la que todavía estoy conociendo. Recuerdo quién era antes, pero ya no puedo volver a ser quien era. Mi personalidad se ha visto extirpada y expandida hacia otro lado; son semanas en las que estoy siendo demasiado consciente de mí mismo y percibo en tiempo real los cambios repentinos de mi identidad.

No sé cuántos días o semanas llevo ya obsesionado con la idea de que desconozco cómo era mi padre antes de que se muriera su padre, porque cuando yo nací mi abuelo ya no estaba.

Me asusta no haberle conocido a fondo, no haberle preguntado todo lo que quería saber de él, todo lo que opinaba acerca de lo importante y de lo no importante. Noto que no tengo la suficiente información como para reconstruir en mi interior una versión suya a la que dirigirme cuando necesite sus palabras.

La Virgen se está peinando entre cortina y cortina, sus cabellos son de oro y el peine de plata fina. El camarero, apoyando una pierna en la pared y con la otra estirada, me dirige una mirada que

no termina de ser un saludo, que se acerca más a un reconocimiento.

En una de las mesas hay un grupo de viejos jugando a las cartas. De repente, uno de ellos suelta las suyas enérgicamente sobre la mesa y se pone en pie para celebrar. Para molestar a los demás, les dedica un baile tímido al ritmo de los peces que beben en el río, que beben y beben y vuelven a beber. Los otros sueltan sus cartas, algunos con rabia y otros con desgana. El ganador le da un trago a su carajillo.

Me angustia no saber qué hacía mi padre cuando se sentaba con los viejos en el bar; si jugaban a algo, o rajaban de gente, o comentaban las noticias, o beben y beben y vuelven a beber, los peces en el río por ver a Dios nacer.

Un golpe seco, el estruendo de una puerta enrollable bajando fuerte, me resetea los pensamientos y sigo caminando hasta casa, convertido en un actor de relleno en la vida de todas las personas con las que me cruzo y en la mía también.

Hace unos días que cambió el año, la celebración se nos hizo mustia. Mi madre y yo solos en el salón frente a la tele. Cada una de las campanadas era una vuelta más al cerrojo del último año en el que fuimos tres.

Ella me regaló unos guantes para proteger mis dedos de los sabañones que tengo desde que voy caminando al trabajo y me expongo al frío invernal. Yo le regalé una foto enmarcada que les hice un día de la Pascua hace muchos años: mi padre sentado en el portal de casa y ella de pie, apoyándole su mano en el hombro.

Las pocas veces que me he cruzado con Agustina he dejado que nuestras conversaciones murieran después de un par de frases y preguntas genéricas.

Durante meses ha estado recomendándome una psicóloga especializada en duelos, aunque mi falta de iniciativa le ha hecho asumir que no estoy interesado o que todavía no estoy listo.

El tema de mi padre sigue bloqueado. Se ha petrificado a base de no enfrentarme a ello. Es una estatua a la que le doy la espalda. Su presencia me impone. Sé que está ahí, la sombra me cubre, pero no tengo energías para darme la vuelta.

Hace meses que lancé una piedra a un pozo tan hondo que todavía no me ha llegado el eco del golpe.

No puedo hacerme el café americano porque debido a un fallo en la red eléctrica han cortado la luz en toda la manzana.

Tengo que ducharme con agua fría, que es algo a lo que nunca te acostumbras, ni siquiera mientras te estás duchando. Porque cuando dejas de mojar con agua fría una parte de tu cuerpo, esta tiende a calentarse y, para cuando la mojas de nuevo, vuelves a sentir las cuchillas.

Hoy es el cumpleaños de Estela y ha traído galletas para toda la oficina. Las compró en una tienda de galletas caseras de Ámsterdam, donde estuvo el fin de semana. Dice que son las mejores del país y que la cola para comprarlas es de más de una hora. Cojo media galleta y la verdad es que la crema de chocolate blanco en el interior es tan intensa que me resulta imposible no disfrutarla.

—El viernes vamos a ir unos cuantos a tomar algo después del trabajo. Apúntate.

Aunque tengamos nuestras diferencias, siento algo de ternura cada vez que me invita a un plan o me propone una conversación. Empiezo a pensar que quizá soy demasiado arisco con alguien que realmente nunca me ha hecho nada malo.

—A lo mejor me apunto.

—¡Claro, hombre! Hay que celebrar la vida.

Vuelvo a mi puesto de trabajo. Mi compañero de mesa está disfrutando de una de las galletas y dice que si el viernes yo me apunto a tomar algo con los demás, que él también. Está escuchando un disco entero de Camela que me deja una sensación extraña en el cuerpo para toda la tarde.

Otra jornada más que soy el último en irme de la oficina. Me pongo la chaqueta y los guantes. Estoy dispuesto a caminar un día más bajo la lluvia, pero al salir descubro que esta vez está diluviando a unos niveles que me impiden hacer la ruta habitual. Aun así, lo intento. Pero a los pocos minutos estoy tan empapado que veo imposible seguir. Llego a una boca de metro y tras pensármelo unos instantes decido que lo mejor será entrar.

Necesito cargar mi tarjeta, ya que hacía meses que no la usaba. Me escurro un poco la ropa mientras espero frente a las vías.

Nos apretamos en los vagones hasta parecer un rebaño amontonado y húmedo. Esta situación antes me generaba asco y repulsión, pero de algún modo hoy agradezco el calor de la gente, me resulta humano.

A medida que el metro se aleja del centro voy entrando en calor y en un momento dado me quito los guantes. A tres paradas de la

mía, descubro que a una distancia de dos o tres personas hay un señor invidente que no tiene espacio y que lucha por mantener la cabeza en alto para respirar. Se coge a una de las barras superiores, y en la otra mano sostiene su bastón. En una de las paradas, se suelta de la barra superior y lleva su mano a la otra muñeca. Acto seguido, percibo una voz robótica que le indica la hora.

—Son las seis y veinticinco minutos de la tarde.

Nadie le hace caso al reloj del ciego porque hoy en día toda la tecnología habla, pero la vocecita robótica me cruje en las profundidades y algo dentro de mí se activa y me obliga a bajarme una parada antes de la mía. Deambulo como puedo y un par de calles más abajo empiezo a ver borroso, como cuando abres los ojos por debajo del agua. Aprieto los ojos y me doy cuenta de que ya no está lloviendo y que el agua sale de mí. Son lágrimas y aunque no sé cuándo empecé a llorar, ahora comprendo algunas miradas de camino a casa.

Giro la llave y al entrar intento sentarme en la alfombra, pero no me quedan fuerzas y me dejo caer de costado. Dejo un charco de llanto y no sé cuánto tiempo me paso llorando, pero el dolor por la muerte de mi padre se empieza a hacer cada vez más grande e insostenible.

Un goteo constante de lágrimas me arrastra a los momentos en los que debieron salir y que no dejé que salieran.

Empiezan a sacudirme y vuelvo al tanatorio en el que un señor, al ver a mi padre por última vez, dijo que parecía dormido. Lloro de rabia porque mi padre no parecía dormido, parecía muerto que es lo que estaba porque mi padre no dormía así, mi padre roncaba fuerte; el aire entraba en él atravesando tantos obstáculos que sus

ronquidos tronaban y muchas noches no me dejaban dormir. Ahora me doy cuenta de que lo que no me deja dormir es la ausencia de ellos porque sé que sus ronquidos anularían todos los pensamientos que no me dejan dormir y resetearían mi mente igual que una puerta enrollable oxidada bajándose bruscamente.

También lloro por mi madre y por la soledad que tiene que estar viviendo y a la que he contribuido en cada llamada que no cogí; lloro de culpa por todas las veces que ella buscó mi cariño y decidí ignorar el teléfono.

No sé cuándo empecé a llorar, puede que lleve segundos, minutos e incluso horas, porque desde que no están en mi vida ni mi padre ni su reloj hace tiempo que no sé en qué hora estoy, porque cada vez que saco el móvil para ver la hora, antes de guardarlo en el bolsillo se me ha olvidado la hora que es. Nada se me queda, solo tengo memoria a corto plazo.

Lloro por mi abuela que lleva ocho años muerta y a la que no vi más de treinta días en toda mi vida porque vivíamos a ochocientos kilómetros, a un país, a una cultura y un lenguaje entero de distancia, y la impotencia se me hace inaguantable.

Mientras tanto se ha hecho de noche y trato de incorporarme para encender la luz, pero no se enciende porque por lo visto todavía no se ha resuelto el fallo en la red eléctrica, así que me quedo sentado a oscuras.

La piedra que lancé al pozo más hondo terminó por chocar con las profundidades y causó un estallido abismal que volvió a toda velocidad al exterior en un eco ahora imposible de ignorar.

Me di cuenta de que no era una sola piedra, que durante meses fui lanzando piedras y piedras al interior de un pozo que no era

eterno y ahora me devolvía una tormenta de lágrimas frías y lentas.

Lloré en silencio porque nunca tuve un arranque de valor lo suficientemente furtivo como para decirle a mi padre que le quería.

Y cuando me había hecho toda la ronda de llantos pendientes, volví al presente y solo entonces me atreví a girarme y a mirar de frente a la estatua que tenía detrás de mí.

La miré a los ojos y no me devolvía la mirada, y me sorprendí llorando de pena porque él nunca supo qué cara tenía yo.

Las manos se me fueron al estómago y sentí que estaba abierto, que tenía una herida que me iba desde la parte baja del ombligo hasta la garganta. Me sangraba y no sé cuánto tiempo pude tener esa herida ahí, pero al fin me estaba doliendo y al fin podía abrazarla.

39

23 de junio de 2006

Hace dos calles que me falta el aire, pero sigo corriendo porque quiero llegar a mi casa lo antes posible.

Cuando giro la esquina veo de lejos a mi padre, que rota la cabeza para analizar mis pasos con el oído. Bartolomé le confirma que soy yo.

—Por ahí viene tu hijo trotando como un caballo.

Antes de que llegue, Bartolomé empieza a caminar cuesta abajo y se despide sobre la marcha.

—Bueno, Mohamed, ¡me marcho a cotizar!

Me pego a mi padre para darle un abrazo con todo el cuerpo, y en su muñeca el reloj nos informa de que son las catorce horas y doce minutos de la tarde.

—Respira un poco, que vienes embalado.

—Me han dado las notas.

—¿Y qué tal?

—Me han quedado dos. No repito curso.

Salto pegado a él para que le llegue mi felicidad. Mi padre recibe con orgullo la buena noticia y me dice que está muy bien. Lo celebra discretamente, aunque me gusta sentir que está satisfecho y noto

una alegría en mi interior que no me cabe y me hace decirle que le quiero, a lo que él se ríe y yo siento calma y vergüenza. En otras familias suspender dos asignaturas es motivo de castigo, pero viniendo de las siete que me quedaron anteriormente, consideramos esto una victoria. Bartolomé, ya girando la esquina, me dice que felicidades, chaval.

—Tu madre se va a poner contenta. Sube a decírselo, pero sin correr.

Subo los primeros escalones caminando, pero no me aguanto y enseguida rompo las normas y empiezo a correr. Me abrazo a mi madre, que me levanta y comienza a dar vueltas sobre sí. Pierdo todo el control de mi cuerpo, me convierto en un muñeco giratorio agarrado a sus hombros fuertes.

Cuando mi padre sube, dejo de comer porque tengo otra cosa que decirles. Les obligo a sentarse en el sofá y saco la postal de mi mochila.

—Tengo que deciros otra cosa: Sebas me ha invitado a su cumpleaños.

Se la enseño a mi madre y luego la pongo en manos de mi padre para que sienta que es real.

—¿Quién es Sebas?

—Uno de mi clase que me ha invitado a su cumpleaños. Vamos a ir todos.

Mi madre me mira sonriente. En mi padre veo algo de seriedad.

—¿Y qué pone aquí?

Me tiende la postal y se la leo.

> Te invito a mi fiesta de cumpleaños.
> De: Sebas

Para: Abde

Día: Sábado 1 de julio a las 11.00 de la mañana.

En: La casa de campo de mi abuelo. Importante: traer bañador para la piscina y crema solar.

—Bueno, ya veremos, todavía falta.

Sin terminar de comer, saco mi cuaderno y empiezo a estudiar para demostrar que voy a aprobarlas todas en septiembre y que se puede confiar en mí.

Al rato saltan los plomos y cuando mi madre lo comprueba, en realidad no han saltado los plomos: es que han cortado la luz. Mi padre llama y le dicen que el pago de los últimos dos meses ha sido devuelto por el banco. Le pasan un número de cuenta, que me pide que apunte, y les dice que mañana lo ingresaremos.

Comienza a oscurecer, así que mi madre saca velas y coloca una cerca de mi cuaderno. Me dice que descanse, que tengo todo el verano para estudiar, pero yo no puedo parar porque ahora que las cosas me empiezan a ir bien no debo bajar la guardia.

La vela se va haciendo pequeña. He comido, merendado y cenado a la vez que pasaba apuntes a limpio.

La noche empieza a refrescar y mi padre se da cuenta antes que yo que me está crujiendo la mandíbula.

—¿Has cogido frío o qué?

Mi madre se acerca a mí. Me quita el lápiz de la mano y cierra el cuaderno.

—Ya está bien por hoy.

Me lleva al sofá con ella.

Me empiezo a quedar dormido mientras ellos se cuentan el día. No hay televisión ni radio, solo mis padres hablando de fondo y las

paredes anaranjadas por las velas. Mi padre me introduce en la conversación.

—Entonces habrá que hacerle un regalo al Sebas.

—Sí.

—¿Le compramos un cordero?

—No. Una pelota, o un juego de la Game Boy.

—Vale.

—Y yo necesito un bañador.

Me va ganando el sueño y ellos siguen conversando. Me quedo dormido, pero me despierto cuando mi padre está cogiéndome en brazos. No digo nada porque no me cogía en brazos desde la Pascua y, en vista de cómo estoy creciendo, puede que esta sea la última vez que lo haga.

—Cómo pesa, está hecho un cordero ya.

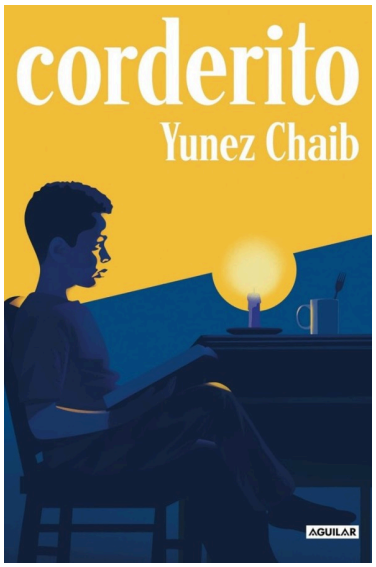
Me llevan hasta la cama, mi madre me arropa y mi padre cambia de idioma.

—¿Está dormido?

Mi madre me pilla sonriendo y me guiña un ojo.

—Sí.

Yunes Chaib —cómico y colaborador de *La revuelta*— transforma sus recuerdos en una autoficción tierna, afilada y ambiciosa.



Abde, hijo de inmigrantes marroquíes, crece en la España de los años 2000. En primero de la ESO descubre algunas cosas importantes como que su nombre sigue siendo un obstáculo para algunos, que las velas iluminan los deberes cuando no se llega a fi n de mes, que en casa los problemas se hablan en otro idioma, y que sus raíces nunca van a poder alcanzar aquellas que sus padres echaron en otra tierra.

En ese filo, Abde aprende a mirar el mundo con una mezcla de inocencia y lucidez que solo tienen los niños que escuchan más de lo que dicen. Intenta entender quién es cuando todos parecen tener

respuestas… menos él. Y descubre que crecer es una aventura rara, a veces injusta, pero casi siempre emocionante (sobre todo cuando sobrevives).

Una historia íntima sobre identidad, familia y supervivencia cotidiana que pone palabras a una realidad cada vez más visible en nuestro país: la inmigración de segunda generación.

Yunes Chaib nació hace 31 años en Melilla, pero creció en Mallorca. De esos 31 años, ha dedicado los últimos 11 a expresarse a través de la comedia en distintos medios como la radio o la televisión y, en especial, en shows en directo donde ofrece uno de los discursos más potentes y originales de la escena actual.

Corderito es su primera novela.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Yunez Chaib Hassan
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Idoia Vallverdú
Ilustración de portada: © Alberto Aragón

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-03-52667-9

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @aguilarlibros
Instagram: @aguilarlibros_
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Corderito
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Sobre este libro
Sobre Yunez Chaib
Créditos